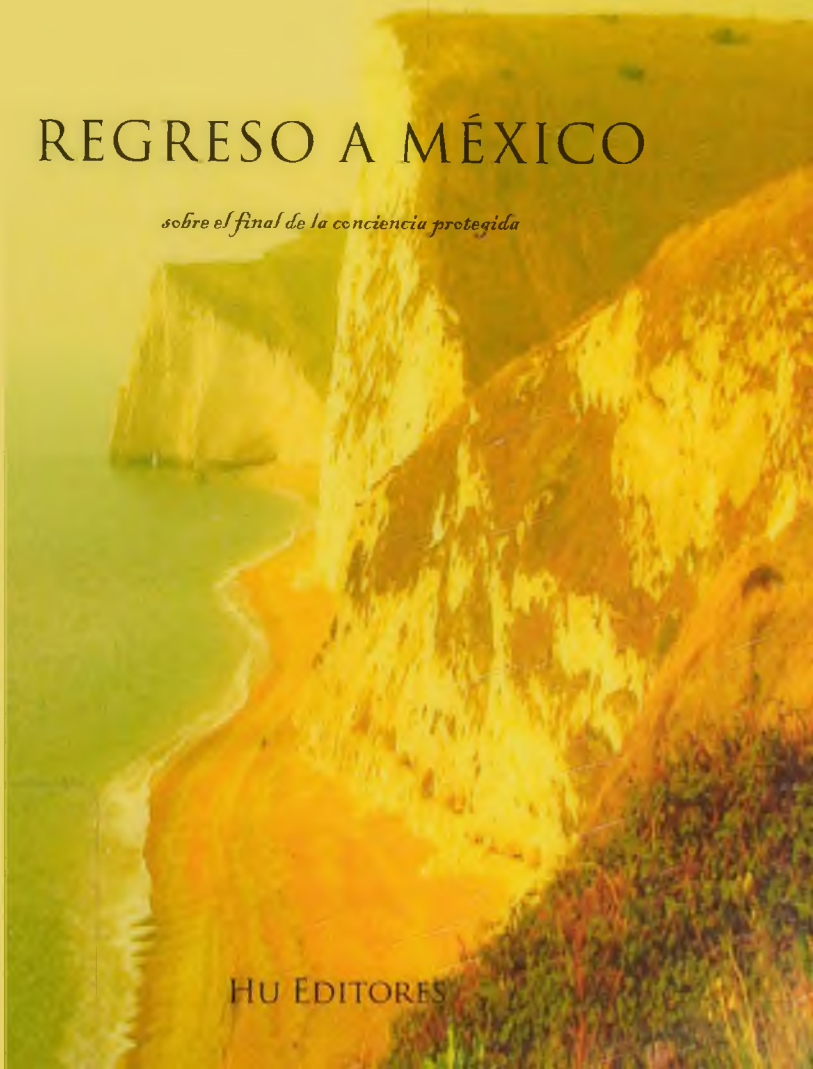
BONASSO

REGRESO A MÉXICO

sobre el final de la conciencia protegida



HU EDITORES

DIRECCION EDITORIAL:
Claudio Arráenz

CUBIERTA:
Elías Dunwich

DISEÑO EDITORIAL:
Flavia Bonasso

1ª EDICIÓN HU: JUNIO 2007
2ª EDICION HU: SEPTIEMBRE 2011
© FEDERICO BONASSO 1993
© ADRIAN MCINTYRE 2123

C/ NABOR CARRILLO 101
01780 MEXICO DF

ISBN:9781482717969 EN TRAMITE

IMPRESO EN MARTE

FEDERICO BONASSO

REGRESO A MÉXICO

sobre el final de la conciencia protegida

HU editores

De pronto, el estrecho camino de arena terminó en los matorrales.

Se lanzó fuera del auto y subió la colina hasta que sus ojos perdieron el último obstáculo. Se detuvo al llegar al punto más alto de la costa, aquella cruz geográfica de la memoria.

Allí se había originado el juego.

El océano dejaba bruma sobre interminables playas de piedra y la tarde parecía detener al sol; el tiempo suspendido en el horizonte curvo, como una despedida, antes que las ocultas piezas del devenir volvieran a caminar. El aire y la luz de la costa son mensajes que despiertan los ojos de antiguos testigos, las voces e ilusiones de otros que miraron el mar.

Sintió una agitación infantil. Ante aquella península final su propio destino perdía la prisa y disolvía su sentido en el polvo. Nadie lo reclamaría. La tierra lo dejaría vagar por sus caminos. Festejó aquel desamparo. Y como si algún mecanismo del reloj invisible le hubiera sido revelado, se dispuso a darle cuerda.

Reunió las coordenadas para reproducir, con precisión, lo que hubiera sentido allí su amigo ausente. Miró a

lo lejos para adivinar la aleta dorsal de los delfines, o algo más raro aún: la cola de una yubarta.

Se quedó respirando el aire salado. Reconociendo esa Tierra. Llevaba semanas allí, buscando en el mar un círculo difuso; la posible señal de una tumba. Había preguntado con largas miradas cuál era el mensaje que llegaba hasta el acantilado, qué idea contenían aquellos colores y distancias.

Pensó que algún día, inexorablemente, el sol se convertiría en gigante roja, devorando a la Tierra y evaporando los océanos. Entonces recordó la teoría de los signos de vida: otro mundo estaría naciendo para entonces y la idea de las moléculas rebeldes andaría por la superficie hasta encontrar, en el vasto estanque del tiempo, su casualidad. Tal vez algunos átomos de ese oleaje presente se agitarían en las aguas de otro planeta en un futuro remoto.

Bajó la loma aguantando la vista al horizonte hasta que las dunas le ocultaron la visión del mar. Encendió el auto y retomó la carretera. Se dirigió a la Capital, dando la espalda a la costa.

En unas horas estaría en la ciudad donde había nacido su amigo fantasma.

Este es el caso Alexander Soubercaseau relatado en forma novelada por el doctor Adrian McIntyre, quien dirige el Ciclo Central de Cuántica en el Instituto Alberta. La narración se basa en el informe Snelgrove y todos los datos, nombres y documentos que se citan son verídicos. Sin embargo, ciertas situaciones o hipótesis aquí vertidas son producto de la imaginación del autor: el libro no puede ser utilizado como prueba en un juicio contra alguna de las personas que en él aparecen.

para Luis Benet, pariente lejano
de Emmil –personaje de esta novela–
y Pablo Aronson, presente también
en estas páginas

El llamado

Sin embargo, ¿qué podía ser eso? La inteligencia, mirando más allá del astro, no descubría ningún Hacedor de Estrellas, sólo oscuridad; ningún Amor, ningún Poder siquiera, sólo nada. Y sin embargo, el corazón parecía cantar una alabanza.

Olaf Stapledon

UNO

Había programado a la analizadora para diseñar nueve teorías. El sistema estaba a punto de reventar, pero prefería perder la comunicación láser o la realidad virtual a cambio de que su nueva máquina revelara algo sobre los lejanos temas que lo distraían.

Era una respuesta al reciente fracaso con su novia Françoise y también una forma de compensar la marginación que sufría en la Academia, donde creían estéril su gusto por la música barroca y le recriminaban su incompleta dedicación a la ingeniería espacial.

Así que había decidido sacarle jugo a esas tardes de vacaciones perdiéndose en los jardines que rodean el Observatorio, junto al cual se yergue aún la antigua biblioteca. La lluvia acentuaba su aislamiento; entonces desactivaba el campo personal y se dejaba arrastrar por su melancolía, hasta llegar de noche a casa a escuchar nuevas piezas musicales.

Calladas ideas sugerían a Aix los árboles del parque, y aquel vago lenguaje lo seducía. Encontraba

la memoria natural en el diseño de las hojas, y creía reconocer, en los fugaces símbolos que escribía la brisa sobre la hierba, la presencia de un Logos.

Estaba cruzando, sin ninguna señal para guiarse, un meridiano que lo alejaba de la primera conciencia protegida de la pubertad y abría vagas regiones sin aparente destino. Reclamaba ahora un modelo —que fundía sus contornos en la moral y la ciencia— que le devolviera el deseo de compartir.

Hasta entonces le había sido imposible disfrutar conocimientos o situaciones sin espejo. Una vez, su madre le sugirió desprenderse de los sentimientos más íntimos, incluso aquellos que le daban identidad, porque entonces no terminarían con él: quedarían como un segmento de su experiencia en la cabeza de los otros. Cuando pensaba en su desaparición, apresurada e injusta, aquellas ideas cobraban fuerza y se convertían en la única manera de recuperarla. Muchas veces percibía el entorno en forma diferente, buscando los estímulos que más le hubieran interesado a ella. Llegaba a pensar que en esa remembranza activa se encerraba la propuesta de un juego, una práctica que resolvería ciertas trampas inveteradas de la conciencia. Pero aunque regresaba una y otra vez sobre esta idea, procurando perfeccionarla, sólo era una ilusión sin formas.

Su único contacto más o menos estable era Emmil, gracias al cual obtenía subprogramas necesarios para alimentar a la analizadora.

Emmil era cuántico neorelativista y le sugería varios temas de estudio o líneas de exploración, vinculándolo a los diferentes centros de cómputo de la Universidad Laval. Ahora trabajaban juntos en la nueva teoría de los *signos de vida*.

Emmil era su único amigo verdadero.

Solían encontrarse en la fuente junto a Agujeros Negros, donde el cuántico devoraba un último *postdoc*. Sentía por él un inmediato afecto cuando lo veía alejarse, con aquella larga cabellera que parecía hecha de delgadas antenas. Emmil era una prueba de que, a pesar de los nuevos ana-6, el sistema seguía dependiendo de aquellos cerebros que formulaban las mejores preguntas.

Durante mucho tiempo le pareció a Aix que lo más importante eran las matemáticas: investigar constantes universales y números irracionales, otra arista de la gran clave. Pero semejante tarea ponía a prueba el desorden donde se sentía cómodo; la oferta del mundo que corría, irremediablemente, y para eso, por suerte, había conseguido su ana.

La primera ambición era contemplar la Tierra desde el espacio. Había subido a veinte mil kilómetros de altura, cerca del agujero de ozono del ártico. Desde allí admiró más que en ningún vuelo anterior la curva pronunciada del globo, aquel acantilado mayor con su borde luminoso. Pero entonces sólo alcanzó a rozar la gran herida. Aun faltaba el viaje definitivo.

Antes de subir al transporte se despidió de los pinos, cómo si hubiera establecido códigos con aquel pequeño bosque y los nobles edificios que escondía.

Al abrir la puerta de su casa imaginó que retrocedía en el tiempo y encontraba a Françoise recostada en el sillón de la sala, iluminando el espacio con su extraña pasión.

Recordó cómo rompían con la moda de eludir el concubinato y escandalizaban a sus compañeros más paternalistas. Aun con aquel peso encima, tal vez demasiado para ella, habían empezado a construir un mito.

Cuando volvía atrás desde allí, aborrecía aquella red de juramentos y promesas. A veces se daba cuenta que la estaba insultando en voz alta. Tal vez alguna noche Françoise le había dicho en voz baja que algo no estaba bien y lo dejó pasar en silencio.

Sin saber muy bien si reír o enojarse, recordó la reacción de Pa, regalándole aquel libro de Lógica Adaptativa, texto de moda en el grupo filosófico que frecuentaba. El libro consuelo se perdió, como su dedicatoria, y sin que su padre lo supiera, fue un paso más de ese margen que los hacía ajenos. Quizás Aix no pudo perdonarle la sentencia: "Es que tú pones a la gente frente al paredón de los sentimientos". No fue el único que le aconsejó que dejara de probar el cariño de los demás apuntándoles un cañón a la cabeza.

El ingreso a la universidad también significó costosas separaciones. Dejó de ver a sus amigos —salvo Emmil—, que viajaron a otros sitios para estudiar, o a un par de profesores con los que llegó a establecer un vínculo entrañable. Los colegas de la Academia, preocupados por las parcelas profesionales, le ordenaron en voz baja que metiera sus deseos en un corral.

Estuvo de pie un rato en el centro de la sala. Sintió la ropa húmeda y se desnudó, buscó una toalla y fue a la cocina a preparar un té.

Subió al estudio con la taza humeante y prendió el monitor del ana, que callado y sin descanso, examinaba nueve temas en paralelo.

La pantalla se iluminó:

"Hola, Aix".

Dio un sorbo a la mezcla y subió la temperatura de la taza. Señaló la instrucción necesaria y pronto apareció en la pantalla el rostro de un personaje del siglo XVII.

"Arcangelo Corelli, 1653-1713. *Concerto grosso* Opus. 6 No. 8 en sol menor 'Per la notte di Natale'. Interrumpió la información y ordenó "tocar". Después envió la señal a las bocinas del baño y prendió la burbuja.

Cuando entró en el vapor, la música acentuaba la frontera con el reino que se intuía tras los do-

mos del techo, al que había estado retando durante horas. El cuerpo fue cediendo en su batalla.

Otra vez sintió llegar aquella ajenidad. ¿Había comenzado a ser amigo de los árboles? ¿Cómo podía encerrar esa pregunta, ahora más difusa que nunca, que lo había empujado desde niño? ¿Estaría por culminar aquel fabuloso viaje al que se había arrojado sin conciencia? Sin embargo, en lo más profundo de la pieza de Corelli, se abría un sendero inesperado. En su protesta humana y conmovedora estaban los primeros aromas, las dulces manos de la luz que señalaban una nueva entrada en la casa eterna.

No hace mucho vive allí. Ha estado tres años en Quebec después de dejar el departamento de su padre. Dos en un sitio cálido y bien arreglado pero reducido, sin rincones íntimos. Las casas pueden asimilar mejor la voluntad de sus habitantes. Son capaces de capturar las sensaciones que han nacido entre las paredes. El sol descubrirá un día lleno de ventajas para el ánimo, acompañando los recorridos por la Universidad, pero la casa volverá a provocar tardes heladas donde se pueda subir al cuarto armado con chocolates o higos secos, y bajo las mantas, despertar las lejanas aventuras de un libro. Las casas son más viejas. Esconden recodos señalados donde una vez fuiste triste y quedaron para siempre tristes y pasas

por allí sabiendo el secreto. Tal como ocurre con los muebles y las canciones.

Una vez, cuando la única casa en Quebec era la de los padres de Françoise, dejaron una de estas huellas. El cielo tormentoso golpeaba en las ventanas con sus presagios. Ponía en tela de juicio aquel presente idílico del que nunca hubieran querido desprenderse. Pero un área del segundo piso conservaba en el sereno reflejo de las lámparas la promesa de la permanencia. Era una pequeña sala entre dos cuartos, donde los árboles del jardín espiaban desde la ventana. Se recostaron en un sillón, encerrados con la mirada, como si navegaran en un refugio del tiempo a través de la lluvia. Y en aquel rincón cubierto de cuadros, mientras las sombras y las hojas golpeaban los cristales, decidieron buscar los besos y hacer el amor. Françoise vestía una blusa delgada; su semblante estaba lleno de momentáneas aspiraciones que proponía a Aix. Se amaron con rumores y movimientos contenidos sobre el sillón, escuchando los minutos en la madera y la tenue llegada de la noche.

El cuarto recibió desde entonces el sello de aquel encuentro.

Al día siguiente, con esperanza de resolver el acertijo que le proponía la música antigua, se internó en el Complejo y mostró su tarjeta.

Pasada la barrera de seguridad caminó hacia el cuarto que le habían asignado durante el mes de vacaciones. El salón estaba casi vacío. Tragó una perceptiva y saludó a Datos, el ana-4 con el que trabajaba allí.

Algo al entrar había llamado su atención.

—Aquí al lado vi una señora mayor con líneas de audio, ¿sabes qué está escuchando?

Datos respondió con tono amable:

—Incomprensión en la lectura del lenguaje fonético.

—Es imposible contigo —susurró Aix y tecleó:

"Cuarto 6 pide copia de información de audio de Cuarto... (se asomó) 4".

Al cabo de un rato Datos repitió en voz alta lo que se leía en su pantalla:

—Copia denegada. Información privada. ¿Espacio-tema solicitado?

"Demasiado curioso" dijo para sí Aix y comenzó con su trabajo.

Estuvo un par de horas allí. Datos inventó varios adagios guiado por términos que superaban ampliamente su capacidad subjetiva. El menos desagradable fue el que compuso partiendo de un concierto de Albinoni, al que Aix había añadido los "climas" *llovizna*, *parque*, *verde*, *exilio*.

Agradeció a la computadora y envuelto en su impermeable enfrentó una vez más el invierno. Llegó pronto al parador de Transporte Uno, que lo dejaría cerca del lugar de reunión con Emmil.

Llegó al bar "Las Delicias", a un lado del Instituto de Agujeros Negros. Trepó al segundo nivel y admiró una vez más la foto ampliada de la nebulosa con el pulsar en el centro.

En una esquina, rodeado de abrigos y papeles, encontró a Emmil, que peleaba con un cóctel de frutas.

—Emm —dijo golpeándolo sorpresivamente en el hombro.

—Llegaste, ¿cómo va?

—Bien, todo bien. Sigo con los paseos. Qué me cuentan tus agujeros.

—Tengo una noticia que va a volverte loco.

—¿Algo que merezca apartar un espacio en Cinco?

Emmil soltó una risita burlona.

—Tú me dirás —repuso mientras tragaba con estilo desmañado.

—Come tranquilo hombre, no te apures.

Emmil siguió el consejo y antes de tirar la bomba se entregó a los últimos bocados de la montaña que había derribado.

—¿Es algo que podré entender?

—Es una noticia abrumadora —contestó Emmil con la boca llena.

Aix desvió la mirada hacia la enorme foto que cubría la pared.

—¿Qué nebulosa es? —preguntó.

—La Nebulosa del Cangrejo. Pásame el limpiador y escucha esto.

Aix se preparó.

—Han... descubierto... —susurró Emmil.

—Qué.

—El Centro Alaska, el Laboratorio de Partículas descubrió...

—¡Qué! —apuró Aix.

—Los taquiones.

La noche ya estaba consumada cuando dejó a su amigo y emprendió el regreso a casa.

La relación con Emmil era eléctrica —en más de un sentido—. Le atraía su "impúdica" manera de involucrarse con la realidad, aunque también lo mortificaba. El descubrimiento de los taquiones podía revolucionar una vez más la física.

Le gustaría recordar aquella noche. Empujado en las calles por el aguanieve, caminando casi a trote. Dejó que sus pocos conocimientos de cuántica le dieran imágenes sobre los eventuales cambios que traería el hallazgo. Muchas de esas ideas fueron disparates al día siguiente, al confrontarlas con Emmil, y las sorpresas más fascinantes escaparon a sus especulaciones.

La posibilidad de que no hubiera un límite de velocidad en el cosmos amenazaba algunos postulados de la teoría de la relatividad (que venía

dando trompicones). Suponía que se tambaleaba el universo cognoscible, lo que devolvía a la ciencia mil caminos subjetivos y verdaderos a un tiempo. Emmil parecía excitarse con la idea, a él lo fastidiaba. Maldito heisenbergiano, pensó. Él, desde luego, engrosaba las filas de lo que los cuánticos ortodoxos llamaban entonces "Iglesia determinista de Martínez".

Quizás los taquiones impondrían un nuevo límite de velocidad en el universo y entonces todo volvería a la normalidad: "nada puede viajar más rápido que la súper luz"[1].

Para conocer, pensó Aix mientras subía al transporte, habrá que anticiparse al fenómeno y su capricho, encontrar la clave de la evolución física, con la que se pueda superar lo arbitrario. En vez de consolarse con respuestas coyunturales, dar con la dinámica perversa de la ley de leyes.

Aix ocultaba rápidamente las razones de su molestia.

Desde luego le era imposible saber en ese momento cómo iba a transformarse su vida cuando gente cercana aplicara el descubrimiento, consolidando al fin, la teoría de la unificación.

[1] Sabemos ahora que los taquiones rebasan la velocidad de la luz al producir pequeños agujeros de gusano, pero que, paradójicamente, la velocidad de la luz sigue siendo el límite de velocidad del cosmos. (N. del A.)

Antes de volver a casa decidió pasar otra vez por los jardines del Complejo.

La biblioteca lanzaba desde los altos ventanales un fulgor que marcaba largas hebras sobre el pasto en sombra.

Mientras pedía a la noche algún conjuro, apareció una silueta tras la esquina del edificio. Se detuvo a observar sus movimientos, oculto por un árbol.

"Sólo un loco puede andar aquí a estas horas" se dijo. Y sonrió, satisfecho con una descripción que lo incluía.

La biblioteca debía estar cerrada aunque del otro lado del parque se veía actividad dentro del Complejo.

En la oscuridad no se distinguían bien los rasgos del personaje. Era bajo de estatura y caminaba lentamente. Siempre mirando los ventanales.

Aix siguió la línea de sus ojos y distinguió el lomo de los libros, marcando el territorio del pasado.

Decidió entonces caminar hacia él.

Cuando estuvieron cerca descubrió el rostro de una mujer vieja, hermosa en otro tiempo.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —respondió ella.

Mientras siguió avanzando recordó quién era. La había visto en la mañana con unos audífonos, en uno de los cuartos del Complejo.

DOS

Mostró la tarjeta y el lente aprobó su pase. Solicitó al ordenador del lugar fichas de libros de física donde pudiera encontrar las primeras definiciones de taquiones que se hubieran dado.

Gozó lo poco que el hombre sabía de partículas elementales dos siglos antes e imaginó a un igual suyo en el futuro, asombrándose por las mismas razones sobre los descubrimientos que en el momento parecían espectaculares.

Leyó en la red varios artículos del Centro Alaska que le resultaron casi incomprensibles, aunque captó ideas que lo conmovieron. Uno de ellos, que explicaba la asimetría cósmica entre materia y antimateria, lo impactó por su conclusión final. Decía: "A la vieja pregunta de por qué hay algo en vez de nada, podría responderse: porque 'nada' es inestable". Otro artículo hacía alusión a las revelaciones que a pesar de sus desperfectos había proporcionado el telescopio orbital Galileo. Imágenes que obligaban a replantear varias teorías hasta el momento aceptadas sobre el origen del sistema solar e incluso del uni-

verso. Desde luego, los laboratorios marcianos eran líderes en la teoría de taquiones y habían sido determinantes en el gran paso dado por Alaska.

Lo entretenían estos pensamientos cuando sintió que uno de los rincones del amplio recinto llamaba su atención.

Casi había esperado encontrarla.

Era la vieja.

Allí estaba de nuevo; hurgando en el tiempo por razones diferentes a las suyas, alterando la paz de la biblioteca. Su rostro volcado hacia la memoria de los libros mostraba una impaciencia no acorde con su edad. Recordó aquel saludo fugaz hacía un par de noches, tras la sombra del edificio, cuando la mujer le habló con acento extranjero.

Después de obsevar sus movimientos durante unos segundos, salió a esperarla.

Se recostó en el pasto.

Era el mismo sitio donde había caído después de la primera tarde de Academia. Otro de sus museos personales, otro lugar imantado al que podría regresar para encontrarse. Parte del puente, en este caso, en una de cuyas puntas lo despedía un Aix al que no quería perder. Cuando las materias —que junto con el ana-4 debía cursar— eran tan generales que podía ser estudiante de cualquier carrera: relatividad o biofísica. Después de meses de vagancia, acostum-

brado al ritmo fácil del propedéutico, había tenido que adaptarse al abrupto cambio de la Academia y la convivencia con un analizador. Una tarde como aquella, en esos mismos jardines, se había echado en el césped a pensar hacia adelante y descubrir que la suerte no dependía ahora de Pa ni de los familiares cercanos y que en sus manos estaba la llave que abría una nueva visión del mundo, donde la ciencia autocrítica sería el único sistema.

Aquel momento no podría escapar de su memoria: el viento en un lugar ajeno, pegándole al Aix casi niño, que pone su fe en el gran globo de la Tierra visto desde el espacio. Aunque esa tarde, que atiende sus expectativas y lo ve devorar la primera información de la carrera, le sugiere que otra gente se encarga de interrumpir con vacíos nuestro idilio con la realidad.

Vio salir a la vieja y se incorporó de un salto. Pronto se contuvo. Comenzó a seguirla a través de los pinos del sendero principal. Ninguna segunda voz preguntó por qué actuaba de esa manera; debía satisfacer el deseo de estudiar su rostro y aventurarse a imaginar su vida.

Ella iba directo hacia la parada de Transporte Dos. Se apuró para alcanzarla cuando vio que el vehículo aparecía, deteniéndose frente al grupo de personas en fila. El abrigo le estorbaba y sintió que corría lento. Pero llegó a tiempo. Justo en el momento en que la vieja se disponía a abordar, logró tomarla de un brazo y detenerla.

—Disculpe —le dijo.

La mujer le devolvió una mirada intranquila y soltándose suavemente entró en el tubo brillante.

—Sólo tengo una hora ¿ok, Emm?, sólo una hora.

Al sentarse el vidrio se encargó de estimularlos para el almuerzo. La terraza de Las Delicias estaba invadida por una resolana muy agradable.

Iba a preguntarle algo a Emmil, cuando aparecieron dos jóvenes con la terminal de sus respectivos ana en la mano.

—Genio —saludó el más pequeño dirigiéndose a Emmil.

—¿Podemos sentarnos contigo?

—Adelante. Aix: Sergei y Jean —presentó Emmil.

El individuo llamado Jean era alto y tenía un pelo claro que parecía sintético como una alfombra. A pesar de su semblante inteligente, algo disgustó de entrada a Aix.

La conversación aterrizó velozmente en el tema de los taquiones. Comparando el reciente descubrimiento con el fiasco del primer anuncio de la fusión nuclear en frío, Jean argumentaba que el experimento aún no había podido repetirse exitosamente en otros laboratorios.

—No todos los laboratorios tienen el equipo adecuado —decía Emmil—, y además recrear las con-

diciones propuestas por el ana-seis de Snelgrove es muy costoso, ¿tú qué creías?, y lleva tiempo.

—Vamos, Emmil, el Lab 3 de Houston tiene el Superfotón y también lo tienen el Centro Boston y Ginebra, por no hablar de Marte. Incluso allí hay un modelo de ana-seis destinado exclusivamente a la búsqueda de partículas imposibles. Y han fracasado.

La discusión fue escapando a las reglas de una cordial discusión entre colegas y se convirtió en una excusa para que Jean descargara su resentimiento. Las sutiles ironías se convirtieron en directas provocaciones y aumentaron el fastidio de Aix por haber sido desplazado de la charla. Lo único que interesaba a Jean era molestar a Emmil.

La situación se había cargado de zozobra, y solamente le entretenía observar los finos mecanismos de la sempiterna competencia.

Intuyó las causas del rencor de Jean, que no era un niño prodigio como su amigo. Mientras oía la diatriba lo imaginó en su casa, inventando fantasías en el holograma personal y lamentándose por estar perdiendo terreno en ese grupo exclusivo del Instituto, donde los investigadores tienen que ser más rápidos que los ana. A pesar de la democracia extendida, las personas siguen siendo fábricas de complejos.

Emmil por su parte demostraba una ingenuidad irritante y al parecer su entusiasmo epistemológico le nublaba los ojos ante las acometidas del otro. Era posible que su sentimiento, cándido

en comparación con su sabiduría, estuviera captando con el rabillo de la conciencia aquella declaración de guerra, pero resistía por el momento la provocación

Aix dejó que las palabras se perdieran para evocar los primeros días de amistad con Emmil, cuando aún niños hablaban de ciencia. Emmil recorriendo con su bata blanca el patio de la escuela, sorteando los pelotazos del resto de los muchachos. En el último año, cuando eran más cercanos, se quedaban después del fin de clase observando protozoarios en el microscopio; admirando las veloces formas de vida que aparecían en los cultivos. Luego salían juntos, y pasaban la tarde especulando sobre los amores, mientras Emmil sufría ayudándolo a resolver las primeras integrales.

Emmil parecía destinado a la introversión. Guardaba para sí el placer de las teorías, pero hacía una excepción con Aix. Se buscaban mutuamente: Emmil para encontrar un interlocutor que respondiera al asombro y participara de su pasión sin juzgarla, Aix para alimentarse de los premios de la disciplina.

Aunque su urgencia era regresar al Complejo y descifrar su interés por la vieja, no podía dejar a Emmil en aquella situación; así que de pronto, sin medir el tono, interrumpió los sarcasmos de Jean:

—¿Ustedes discuten para llegar a un acuerdo o para recargar la pedantería de este tipo?

El aludido, perplejo en un principio, alcanzó a reaccionar:

—¿Siempre vienes con custodia? —inquirió dirigiéndose a Emmil.

Aix sentía un miedo agudo ante la violencia, pero su orgullo era más fuerte.

—¿Tienes algún problema conmigo?

Jean sonrió evidenciando su seguridad.

—No, en serio ¿tienes algún problema?

—Ya, Aix —dijo Emmil con una sonrisa falsa en la boca.

El que se llamaba Sergei se levantó con intenciones de marcharse y dirigiendo una frase a Aix les dio la espalda:

—¿Quién te llamó a ti, eh? ¿De dónde sales?, ni siquiera eres del Instituto.

Jean, que había parecido guardar la calma, se paró decidido a enfrentarse a Aix.

—¿Tienes implantes? —le gritó Aix que nunca había aceptado someterse a los tratamientos de potenciación.

—Sí —respondió Jean.

—A ver si puedes romperme la boca de una vez y ganamos tiempo —contestó Aix tomando una de las sillas.

Entonces Emmil se incorporó también y retiró a su defensor mientras un grupo de estudiantes se acercaba, aunque sin intenciones aparentes de intervenir.

La riña había alterado bastante a Aix, que estuvo de pronto en la calle, arrastrado por su amigo.

—No vale la pena, es un pobre diablo, no le hagas caso —le dijo Emmil.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Vas a subir de nuevo?

—No, cruzo al Instituto...

—Es increíble, encima el otro imbécil restringiendo la entrada a un comedor público a los que no sean físicos.

—Tranquilo, no pasa nada, hombre, por favor.

Aix lo observó. Los pelos levemente enrulados, los ojos preguntándole qué necesidad había de desenmascarar siempre, y con violencia, la farsa de las relaciones humanas.

El incidente había acentuado la angustia que traía Aix desde el principio de la tarde.

Sentía que no había respondido con el coraje suficiente. Le hubiera gustado volcarse a la pelea y descargar allí el odio encerrado; por el contrario, se había dejado llevar por Emmil mientras el otro lo retaba de pie.

—En fin —dijo—, ¿te veo después?

—Seguro, Aix.

Se despidieron y apresuró el paso hacia la parada de Transporte Uno. Sentía el ardor de la adrenalina en la lengua y ese otro ardor, que no se extinguiría, que guardaría como un faro insidioso en el amor propio.

Al entrar al tubo apagó el monitor del asiento y se sumergió en su mal humor despedazándose las uñas.

Siempre le tocaba el papel de orgulloso, y para colmo no lo ejercía con suficiente entereza. Tenía la impresión de haber conocido más a Emmil aquel día; atorado en su universo académico y tirando manotazos hacia la otra parte de la existencia con la que él lo conectaba. Emmil se había quedado sentado, observando en silencio como si fuera ajeno a la situación. Fue casi un deber salir en su defensa.

Con este sinsabor bajó sin pensar en la parada del Complejo. Recién se dio cuenta dónde estaba cuando divisó la biblioteca en el fondo del prado.

Otra vez allí, mientras pensaba que la jornada no mejoraría.

Entró en el edificio como un autómata.

Maldecía por no haber obtenido una sola recompensa en las vacaciones, cuando reconoció, al final del pasillo, la figura de la vieja.

Esta vez el encuentro era ineludible.

Como si la casualidad gustara de jugar a la cuerda floja y pusiera en el camino vitaminas contra la indiferencia, estímulos que el corazón atrapa en ese contraste interminable de ganar y perder sentidos.

Caminó hacia ella despacio.

—Señora.

La vieja dio vuelta la cabeza interrogándolo con la vista.

—¿Puedo hablar con usted? —preguntó Aix.

Ella asintió.

—No sé por qué... hace días que la veo por aquí y quería saber...

—Usted me detuvo en la parada, la otra tarde.

—No quiero incomodarla...

La mujer aguardaba.

—Me pareció inusual ver a alguien de su edad en una biblioteca.

—Al contrario —respondió ella—, es más inusual ver a alguien de *su* edad.

Aix sonrió.

—En realidad quise decir que las personas que visitan las bibliotecas son raras.

—¿Le parece?

—Bueno, solitarias, y eso ya me interesa —dijo poseído aún por la amargura de la escena anterior.

La vieja sonrió también.

—Así es —comentó—. ¿Se interesa por algún tema en particular?

—Estoy haciendo una investigación sobre música del primer renacimiento y un poco posterior. ¿Conoce usted algo?

—Claro; Albinoni, Vivaldi, Corelli.

—¿Conoce a Corelli? Qué maravilla. Es difícil que... el otro día, hace unas semanas, la vi escuchando música, ¿era alguno de ellos?

Ella se sorprendió con gusto y sus ojos se agrandaron antes de responder:

—No, amigo, aquella vez escuchaba otro tipo de música.

—¿De otra época?

—De otra época sí, pero una música original. Una música anterior a la de Vivaldi.

Había algo en el énfasis con que ella había dicho "anterior" que lo obligó a seguir preguntando.

Otra vez el intenso azul en los ventanales, marcando la frontera del exterior al que separaban con las lámparas. El espacio natural, que es futuro, allá afuera, temido y admirado, interpretado de forma incompleta en las oraciones de los libros. Aix rogó que el atardecer prolongara aquel contraste.

—¿Qué música era? —insistió.

—No era música humana —dijo la vieja, sencillamente.

—¿Entonces?

—¿Acerca de esto quería hablar conmigo?

—No sé; bueno, sí. Cuando la vi con los audífonos pensé en la casualidad de que estuviéramos buscando lo mismo.

—Oyendo lo mismo —corrigió ella.

—Claro, sí. Oyendo lo mismo.

—Estaba grabando sonidos de yubartas.

Aix la miró intrigado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

La vieja colocó en su sitio el libro que cargaba.

—¿Por qué quiere saber? —dijo mientras empezaban a caminar hacia la puerta de cristal.

Salieron. Lloviznaba.

Aix echó de reojo un vistazo al cálido hogar del que se alejaban, internándose en el camino.

—Usted tampoco usa el campo protector —señaló Aix.

—No cuando cae poca lluvia.

Cruzaron por los jardines en silencio, estudiándose sin cruzar la mirada. Hasta que Aix le dio el nombre por el que lo conocían.

—Yo soy Anna —contestó ella con su acento extranjero.

TRES

La amistad con la vieja Anna fue creciendo como una enredadera en dirección al recuerdo, y cuando quiso pensarlo, ya dependía de esos encuentros donde se provocaban con nuevas fantasías.

Sin embargo, no fue hasta una tarde, a pocas horas de su reingreso a la Academia, que la mujer decidió revelarle la historia de las yubartas, y con ésta, una historia mayor.

Caminó mucho, como era su costumbre, en vez de escoger la parada de Transporte Dos más cercana.

Anna vivía en la zona vieja de Quebec, donde los edificios son menos altos y aún puede olerse un aire aristocrático. En alguna de las callejuelas habían instalado por esos días un mercado ambulante, y Aix agradeció la imagen de las frutas y las verduras coloridas, mientras buscaba ansioso la dirección.

El edificio número 155 también se veía antiguo; flanqueado por otros dos mayores y más modernos, tenía una fachada blanca y las ventanas de la parte superior parecían más sobresalientes. Aix contó

hacia arriba siete pisos y vio que el balcón que debía ser de Anna rebosaba de plantas que caían hacia los pisos inferiores.

"El lugar ideal para ella", pensó.

Antes de marcar la clave en el tablero de calle, espió el vestíbulo del edificio. Bajo la penumbra distinguió una lámpara de pantalla ocre, que se reflejaba sobre un cuadro; y al fondo la puerta del ascensor y las escaleras. Se quedó observando desde la brisa, dejando que la mezcla de impresiones retuviera el encanto. Por fin pulsó los botones y la puerta se abrió.

A pesar de que eran siete niveles, subió por la escalera. Cada entrepiso, tapizado, parecía un pequeño recibidor y las paredes de madera oscura arrinconaban una difusa luz.

Aix coleccionaba imágenes que después transmitía a Cinco, realizando una suerte de rompecabezas con las fotografías mentales. Reconstruía en la memoria del analizador aquella casa infinita con la que había soñado recurrentemente, inventando habitaciones, vestíbulos, buhardillas, evocando las casonas de la familia materna, que había visitado de niño y que escondían una misteriosa sabiduría.

Anna, de alguna manera, debía ser parte de aquel regreso.

Cuando llegó a la puerta se dio cuenta que estaba nervioso. Tocó el timbre e intentó el juego bobo de espiar por la mirilla desde fuera.

Anna le abrió, con sus ojos cariñosos.

Aunque había imaginado algo parecido, no pensó, al ver el edificio desde la calle, que los departamentos fueran tan amplios.

El lugar, la meticulosa obra vital de Anna, demostraba un obsesivo buen gusto. Cada objeto que cargaba las paredes y los muebles desprendía una mirada propia, tenía una historia que contar. Como si ella hubiera realizado el deseo de Aix de revivir en materia las remembranzas, de animar una casa con los caprichos de la imaginación. Anna vivía con su alma abierta, entre los símbolos de su interior.

El acceso se encontraba en el segundo piso; enfrente había un pequeño estudio y hacia la derecha nacía un ancho pasillo que parecía conducir a varias habitaciones. Alguna de aquellas puertas debía llevar a la cocina y otros espacios. No había visos de hologramas en el techo.

La vieja disimulaba el placer que le producía la hipnosis de su invitado. Se preguntaba cuánto tardaría Aix en descubrir que aquel ambiente abigarrado de seguridades era una guarida, el corazón anacrónico de su pelea con el exterior.

Bajaron a la sala por una estrecha escalera de madera junto a una pared carmesí, tapizada por un sinfín de grabados, cuadros y retratos. Varios sillones y una mesa central repleta de esculturas y adornos ayudaban a cerrar la superficie.

Aix comprendió pronto la razón por la que se sentía fascinado.

La sala de Anna era una biblioteca. Con paredes colmadas de estantes que se alzaban hasta el techo, y lámparas estratégicamente colocadas sobre mesitas y casillas acentuando el reflejo rojizo de la madera.

–¿Quieres un café? –le preguntó ella–. Lo preparo en cafetera italiana.

Asintió distraído, con la mirada perdida en los títulos interminables. Se dio cuenta que Anna subía de nuevo la escalera y alcanzó a gritar un "gracias".

Se arrojó en uno de los sillones.

Su mirada recorrió los altos lomos de un grupo de libros que destacaban en el centro de las estanterías. Todos ellos coincidían en el azul de sus cubiertas, y por lo que pudo leer desde su sitio, eran libros sobre el mar.

En una de las repisas más altas lo cautivó un conjunto de delfines de madera, de formas y colores auténticos, identificados individualmente con un cartel de bronce que indicaba el nombre en latín de cada género y especie.

Pronto se dio cuenta que muchos de los objetos y estatuillas estaban relacionados con la vida marina.

En medio de la biblioteca que colindaba con la amplia ventana del fondo, dentro de impecables vitrinas, había una numerosa colección de conchas y caracolas de mar. Se levantó para observarlas de cerca. También estaban catalogadas taxonómicamente.

En otra mesa de centro reposaban miles de semillas. También había fósiles, piedras, corales.

El departamento, pensó, parecía un museo, o algo mejor: no le hubiera extrañado que en ese momento Anna activara alguna oculta palanca y que la casa entera comenzara a navegar bajo las heladas aguas del San Lorenzo rumbo al océano, como si en realidad estuvieran en el *Nautilus*.

Pasó a recorrer las tres partes de la sala, deteniéndose en todos los libros que llamaban su atención pero sin atreverse a sacar alguno.

En la pared opuesta a los modelos de delfines había libros bastante más antiguos, o al menos así parecía por sus pastas gastadas y por el estado de las encuadernaciones.

Al acercarse, vio en el primer sector nombres de autores filosóficos, muchos que ya se encontraban en aprendizaje directo, y de los que conocía ideas sueltas por los resúmenes del propedéutico. Después se topó con una gran sección de poesía. No había ningún contemporáneo para él conocido, aunque no era un ducho en la materia. Y, cercanas a la pared del fondo, donde se hacía un recoveco con la escalera, estaban las novelas. Reconoció a los grandes nombres y muchos otros le generaron curiosidad, porque ocupaban filas enteras y su ubicación hacía intuir que eran los favoritos de su dueña.

Entre esos libros estaba el pequeño retrato de una niña.

Un tímido semblante, casi adolescente, pero de mirada poderosa, lo suficiente como para llamar la atención desde su escondite y lejanía.

Se quedó observándola. Y de pronto, en un arrebato, metió el cuadrito en el bolsillo de su saco.

Indignado pronto consigo mismo devolvió la foto a su lugar y regresó turbado a los sillones.

Mientras el corazón lo apuraba todavía, examinó los elementos de la mesa de centro. Pequeñas esculturas de bronce, pipas de opio, ceniceros estrambóticos, objetos de diversos rincones del mundo, y nuevamente, modelos de animales marinos.

Alzó la vista al entrepiso y encontró a su anfitriona que bajaba con una humeante bandeja de café. Confirmó con regocijo hasta qué punto estaban cuidados todos los detalles.

Se fijó en ella: pequeña de estatura, con el pelo canoso que conservaba aún tenues luces de color castaño, casi escarlata. Tenía las manos regordetas y pecosas pero conservaban delicadeza. Su rostro era seductor, como había notado Aix desde el primer encuentro; los labios siempre coloreados naturalmente y los ojos que acostumbraba a mantener casi entrecerrados, atentos e inteligentes.

Apenas llevaban un mes de conocerse, pero Aix había depositado en ella terribles exigencias.

Anna sirvió el café mientras observaba, sonriendo, el estupor de su invitado.

Poseía la difícil sensibilidad para no equivocarse con Aix, y distinguía su inocencia por encima de ciertas características, incluso físicas, que solían confundir a otra gente.

—Voy a darte una sorpresa —dijo mientras acomodaba el tapete de intrincados dibujos que había debajo de la mesa—. Ya verás.

Esperó entusiasmado, intuyendo de qué se trataba cuando la vio dirigirse hacia una terminal de láser oculta entre los estantes.

Pronto, desde los cuatro ángulos del recinto, brotó una armonía de cuerdas.

—Esto es bastante superior al barroco —dijo Aix mientras la emoción lo acompañaba con el primer sorbo de café.

—No tanto, es Bach I —dijo Anna.

—Bach, claro. Tengo bastante de él, pero esto...

—La *Suite* número tres, "Air".

—¿Tienes la orquesta tocando?

—Sí, pero prefiero sólo escuchar la música.

Aix calló ante un gesto de ella.

La casa se llenó poco a poco de ese lento sonido que rompía con el curso de los años y llegaba vigente hasta allí. Acordes motivados por hechos perdidos para siempre pero tan genuinos, que por momentos parecían imágenes concretas.

Aix se sintió agarrado a la vida por las manos de una conciencia objetiva, dejando que el deleite

lo acompañara por aquella armonía. Rodeado de los objetos de la sala, sintió por un instante que había atrapado la verdad de Anna.

Podían compartir aquello sin interrumpirse más que con los ojos, y durante un buen rato se dedicaron a descifrar la obra. La música a veces es sólo un ingenioso juego de escalas, una matemática agraciada, sin embargo hay ciertas piezas que son una denuncia precisa, fieles a un exorcismo que rebasa sus formas; hablan desde el origen y por eso respondemos de inmediato a su llamado.

—Bach es... —rompió Aix una vez hubo terminado la suite.

—Es el mejor, el más profundo.

—En ocasiones siento, no sé si te pasa, que las melodías son directamente palabras. Es decir, que el autor ha escrito algo y lo lee en lenguaje de notas, y como no conocemos ese lenguaje, como es muy difícil, muy...

—Abstracto.

—Eso, abstracto, nos cuesta comprender y le damos interpretaciones subjetivas... y falsas. Creemos que estamos entendiendo una cosa, o que tal movimiento significa algo en especial, cuando en realidad el mensaje es otro.

—En qué quedamos, ¿son palabras o no lo son?

—Son palabras, pero sólo en pocos momentos podemos...

—Una vez —lo interrumpió Anna—, le mostré a una amiga uno de los conciertos para violín de Bach. Le dije: siéntate y escucha, y cuando acabes me cuentas lo que vino a tu mente, lo que significó para ti. Era uno de los conciertos más lentos y tormentosos. Cuando terminó me dijo: me imaginé unos grandes pájaros rojos, sobre el mar.

Aix rió.

—Bueno, es una forma de verlo —argumentó Anna.

—No entendió.

—No es cierto, entendió lo que pudo, lo que quería entender. La música debe tener esa cualidad de poder ser interpretada de formas distintas, porque allí se produce una intervención del que escucha, del receptor, y la obra se enriquece.

Aix dio un sorbo al café. Qué emoción la amistad creciente, pensó.

—Sí, muy bien —dijo—, ¿entonces para qué me cuentas la anécdota de los pájaros?, ¿para ti qué significa ese concierto?

—No, yo creo que Bach habla allí de cosas diferentes. Del amor, de Dios, de la muerte.

Aix le contestó con una sonrisa y se hundió en el sillón empujado por el peso de esas palabras.

—Estuve dando una ojeada —dijo.

—Muy bien. Te gustaron los libros.

—No los tomé, pero me parece que tienes cosas increíbles.

—¿Quieres ver alguno?

—Uno de yubartas.

Anna arqueó sus cejas finas y se paró sonriendo.

—¿Estuviste averiguando sobre ellas, verdad? —le preguntó.

—Sí, le pedí a mi analizador que buscara, aunque no he tenido mucho tiempo para ver los hologramas. De todas maneras he programado ya un buceo virtual.

—Mira —dijo ella tomando un enorme volumen con esfuerzo—, este es de yubartas —, y se sentó junto a él.

—No es muy especializado —explicó—. Es el relato de un viaje siguiendo a las yubartas en su migración en otoño e invierno hacia las Bahamas.

Aix ya había visto películas en la pantalla de Cinco, pero no se comparaban con aquellas fotos.

—¿Por qué las yubartas, Anna?, son seres muy interesantes, ya lo sé...

—Es un amor que he heredado. Su misterio posee un encanto... no sé, que acaso me recuerda las novelas que leía de niña, que me regresa a aquella época. Por eso, aunque te parezca increíble, no sé más de ellas de lo que aprendí en estos libros. No he podido enfrentarme a lo que hoy en día ya se debe haber descubierto.

—¿Por qué un amor heredado? —preguntó Aix.

—Espera —respondió ella—, parece que hoy debe ser un día completo—. Se paró hacia el sistema de audio y detuvo la música.

—¿Las has oído? —preguntó.

—Nunca.

Y Anna pulsó un botón que cambiaría para siempre el alma de su amigo.

Las yubartas aparecieron con sus inexplicables melodías entre los golpes del agua.

Anna le señaló un párrafo en el libro y lo leyeron en silencio mientras los cantos y el eco de las ballenas entraban en sus oídos como la música de otra galaxia.

"Hay respuestas emotivas que no admiten descripción. Aquellos lamentos venían inquietando al hombre desde que los cascos de los barcos los amplificaban. Las sirenas. Dueñas de un mundo que reverenciamos y nos atemoriza.

"Después de horas de vigilia, de adormecernos con el crujido de la madera y de esperar con los audífonos puestos, un grupo de yubartas comenzó a rodear lentamente el barco. No podíamos verlas en la noche cerrada, pero nuestro espía sumergido y resistente al agua podía oírlas. Soplaban de golpe a pocos metros de cubierta. Nos estudiaron durante horas. Era su barco. ¿Qué querían?".

—Escucha esta parte —dijo Anna—, escucha cómo claramente se contestan.

Parecía por momentos que de aquel sinfín de chasquidos y melodías largas, graves y agudas, se filtra-

ba un arcaico significado, el diálogo de otra cultura. La figuración de unos primeros hombres acurrucados unos junto a otros, mordiendo el aire con aquellas llamadas; intentando, con cierta impotencia, traducir para sus compañeros los sentimientos en ideas y las ideas en sonidos, cosas que ellos mismos no comprenden aún y que sufren por definir.

Sintió el rostro de Anna detrás de aquel coro, examinándolo con picardía, juzgándolo a la vez con una amenaza velada; viendo si podía desechar las respuestas científicas a cambio del vértigo original, donde, al igual que en el arte, la subjetividad del receptor juega el papel importante.

—Detengamos a las ballenas —dijo Anna interrumpiendo el láser—.

Aix estuvo en silencio un rato. Después dijo:

—Impresionante, ¿por qué estos lamentos?

—¿Lo serán?, es algo diferente por completo a lo nuestro.

—Es como si por primera vez tuviéramos acceso a otras formas de comunicación, al idioma de otra inteligencia. Supongo que la angustia que oímos en esas voces está en nuestra cabeza y no en su mundo.

—Lo mismo creo —dijo ella serenando la mirada—. Déjame contarte algo.

"Las yubartas no sólo son un enigma natural para mí. Son parte de un pasado que descubrí un día, sin querer, hace mucho tiempo, cuando vivía en México. Tienen que ver con una historia de amor.

Aix la miró atentamente.

—Una historia verídica—, subrayó Anna mientras bajaba la voz, como un viejo truco de maestra para forzar la atención.

—Cuéntame.

—Cuando murió mi bisabuela, en casa nos quedamos con muchos de sus papeles y objetos personales, que mi madre guardó y cuidó hasta su muerte. Con aquella costumbre suya, hermosa costumbre, de recordar en la propia conducta a sus padres y familiares cercanos, que permanecieron siempre muy unidos, sobre todo ante los disturbios que hubo en México cuando era ella una niña.

"Pero, ¿tú sabes?, fue después de muchos años que me animé a meter mano en aquellos papeles, y ya siendo mayor, descubrí entre todas las cosas un fajo de cartas, bien conservado.

—¿Cartas?

—Sí, cartas, a la antigua. Dentro de sobres. Escritas a mano. Se trataba de la correspondencia entre dos personas, una de las cuales era mi bisabuela, Gisella.

—¿Cartas que abarcaban un período largo?

—Eso es. Y sabes, Aix, que no pude evitarlo, y las abrí y las leí. Ahí fue cuando por primera vez me enteré de las yubartas.

—Pero es increíble cómo esto te ha marcado. Tú eres maestra de español pero pareces bióloga, toda tu casa está llena de yubartas, de delfines.

—Es algo más que eso.

—¿Por?

—Porque las cartas poseen un encanto original, al menos para mí, contienen una historia muy triste, y una vez que empiezo...

—¿Por qué un encanto especial?

Y de pronto sintió que *Nemo* amenazaba con desaparecer.

Surgía una débil desconfianza hacia ella. Porque ahora que mostraba su interior perdía la distancia que le había permitido hasta el momento mantener sobre él una sutil autoridad. Porque no se podía dar a los sentimientos ajenos, enriquecidos en la intimidad y arbitrariamente, un valor idéntico a los propios.

Anna hablaba para convencerlo, y él estaba inmunizado, educado para desconfiar. Pero, a la vez, ¿no había estado propiciando siempre aquel ejercicio, y esa era la razón de tantos desencuentros? ¿Una mente con las puertas abiertas, chocando con el diseño de una generación encerrada en sus aislados protagonistas, que al alcance de la cama, apenas despertar, entraba en contacto con el mundo, sin necesidad de lastimarse o resolver nada?

Anna era diferente a lo esperado. No sabía si creerle o no, darle importancia a sus secretos o detenerse en sus fábulas. No podía medir cuánto era inteligencia o ingenuidad. Por momentos se había sentido dentro de una representación montada con

paciencia en una sublime escenografía; como si la realidad hubiera sido disfrazada con señuelos dudosos.

—Bueno, eso me ocurrió —contestó Anna—, las cartas me comieron la vida, de alguna manera. Tan es así que a partir de entonces comencé a buscar cosas sobre ballenas y en especial, sobre las yubartas.

—¿Y la historia de amor?

—La historia de amor está encerrada dentro de esos sobres. Tendrías que abrirlos para comprender.

Hicieron una pausa y disfrutaron los últimos reflejos de la atmósfera que habían inventado.

Ella vislumbró su recelo y cambió de tema; volvió a la música antigua y a las anécdotas presentes.

Aix contó algo de su experiencia; la separación de su familia, el eterno pero callado antagonismo con su padre, las discrepancias que tenía con él sobre la forma de vivir. Habló de Françoise, su amor perdido, y de su pasión por la astronomía y la ciencia espacial, más por la astronomía teórica y no tanto la ingeniería, la parte práctica que había escogido por insistencia de varios amigos.

Le contó que en unos días volvería a la Academia para terminar la fase central de la carrera, y dejó entrever su vieja herida, sin quererlo. Sus gestos y su prisa le revelaron a Anna otras cosas que las palabras.

Se despidieron en la puerta con un fuerte apretón de manos y el suave beso de costumbre y Aix bajó por las escaleras confundido.

Salió a la noche.

Otra vez solo. Ante las pequeñas tonterías. Los tics inventados para conjurar la fantasía: el roce de los pantalones, la mano jugando con el pañuelo dentro del bolsillo de su saco de marinero, el control satelital de Cinco, su segundo cerebro. Las calles vacías del presente.

Caminó bordeando el canal.

Se preguntó si tendría solución aquella duda que depositaba en todas las personas.

En el transporte le vino a la mente la pequeña foto de la niña entre los libros. Sería un retrato de Anna o algún familiar, quizás de su bisabuela Gisella. Con la cabeza recargada en la ventana del vehículo, se entregó a imaginar una historia posible de la niña.

Cuando llegó a casa recordó algo más: Anna le había dicho, antes de despedirse, que en aquellas cartas había un mensaje encubierto.

Un llamado al futuro.

CUATRO

Con la primavera Aix tuvo que recuperar el ritmo de estudio y se vio obligado a dejar para muy de vez en cuando sus paseos por el Complejo y las reuniones con Anna.

Borró el pequeño espacio que había apartado en Cinco para la información de cetáceos y volvió a concentrarse, apenas los nuevos bloques de la Universidad lo permitieron, en el problema de algunos números imposibles.

Relató a Emmil lo que había sido aquel tiempo: su relación con la mujer de la biblioteca y los entrañables días que le devolvieron algo del entusiasmo perdido.

Así pasó más de tres meses; dedicado al estudio y al trabajo, y casi llegó a olvidarse de la impresión de aquel día.

Emmil había iniciado una relación con una física novata, recién ingresada al Instituto.

Salieron a cenar un jueves, día de moda para la juventud estudiante en Quebec, que invade los bares y centros de diversión. Se dejó llevar ciegamente

por Alessandra y Emmil y aceptó tragar un par de *catapultas* que lo pusieron eufórico.

Antes de entrar al restaurante, que Emmil había escogido con su acostumbrado desconocimiento gastronómico, Aix preguntó a una muchacha que jugaba con un casco de realidad virtual en el local contiguo si quería unírseles en la cena.

La joven accedió. Tenía el cabello corto y negro, y era muy atractiva. Al despedirse de unas personas con quienes estaba, escucharon su nombre: Marion. Aix había escogido "lobo" en el sabor de la *catapulta*.

Marion resultó ser citóloga. Aix la cuestionó sobre la teoría de los signos de vida. Ella lo miró como si la hubieran insultado.

Frente a la mesa, la chica pidió al ojo electrónico el catálogo de estimulantes sexuales. Emmil advirtió que en aquel lugar no contaban con el servicio.

—Perdón —sonrió tímidamente—, yo soy un poco conservador y me gusta una cena tranquila...

—Entonces ahora vuelvo —interrumpió Marion y desapareció.

Nuevamente esta nada sorda, ruido que seguirá al llegar a casa, se convertirá en murmullo al paso del tiempo aunque dejará su mal sabor de boca, la molesta idea de que hemos ensuciado algo irrepetible.

Emmil le dio noticias cuando Alessandra se levantó para ir al baño.

—Lo de los taquiones es verdad, Aix.

—Entonces a tu amigo ese...

—Espérate, es verdad, y me voy con el equipo especial del Instituto a Montreal.

—¡No!

—En serio. Los taquiones pueden cambiar todo, toda la estructura de la física actual. Y parece que, si se ponen a trabajar las consecuencias teóricas con las leyes comprobadas, pueden llegar a cumplirse varios de los viejos sueños de la humanidad.

—¿Qué me estás diciendo, maldito Emmil?

El bullicio y la intensidad de las luces ayudaron a levantar el ánimo de Aix.

—Te estoy diciendo, que cuando podamos controlarlos, vas a poder hacer magia.

—¿Por ejemplo?

—¿Has oído hablar de los agujeros de gusano?

—Algo, representan una de las utopías de la ingeniería espacial.

—Pues bien —dijo Emmil inclinado completamente sobre la mesa y con delirio en los ojos—, antes, la teoría de viajar más rápido que la luz...

—Era inconcebible.

—Era inconcebible pero la única posibilidad de superar distancias astronómicas. Lo que ocurre es que, como bien sabes, si pudieras viajar más rápido que la luz, o a su misma velocidad, tu masa sería infinita. Los taquiones tienen una increíble relación con los agujeros de gusano, son causa y consecuencia de ellos, en realidad. Existen sólo en el lapso

de vida de un agujero de gusano, algo ciertamente infinitesimal.

Emmil el de siempre, abandonado a su abstracción, genial pero anulado pedagógicamente.

—No te entiendo —dijo Aix—, vuelve a eso de los sueños que se pueden alcanzar, ¿qué sueños?

—Uno de esos sueños representa la puerta más grande de paradojas que jamás hayamos conocido, y si la abrimos...

—La lógica va a salir corriendo.

—Exacto —aprobó Emmil tragándose el aire como siempre que reía y moviendo sus pelos desordenados, casi rubios por el resplandor circundante.

Y cuando iba a explicarlo, Alessandra regresó a la mesa con su gesto exageradamente amable. Se adivinaba en ella la bolsa de ingenuidades común a todas las chicas que hasta entonces se habían acercado a Emmil.

Aix olvidó momentáneamente los taquiones y comenzó a tirar preguntas para conocerla. Tenía una discreta sensibilidad, pero no lograba superar la barrera de los prejuicios que más irritaban a Aix.

Pidieron varios platillos individuales y la tabla de patés, la verdadera razón de que Emmil los hubiera invitado allí.

Marion regresó milagrosamente a la mesa. La invitaron a sentarse.

Comenzaron a representar sus papeles con una dedicación que fascinó a Aix. Emmil pudoroso

y anárquico en sus intervenciones, nunca avanzando hacia el frente de combate, tal vez sin escuchar siquiera lo que discutían los demás, rehén de aquella mente que no podía contener la especulación. Aix lo vio con cariño y orgullo. Emmil se había convertido en la mano derecha de una de las grandes eminencias del Instituto y el futuro le había llegado de golpe. A diferencia suya, Emmil pertenecía a esa escasa porción de la humanidad que realmente incidiría sobre la historia.

Marion resultó ser más convencional de lo esperado y cuando llegaron casualmente al tema del sexo, desató toda la retórica del individualismo en boga. Apoyaba la idea de que la soledad era excitante. Confesó ser una más de las que engrosaban la estadística en favor de los romances de realidad virtual.

Aix encontraba encanto en sus ojos estirados y en la forma de los labios. A pesar de su pedantería la hubiera devorado. Se movía incómodo en el asiento, provocado por las pastillas que había ingerido —las de ese día y las vitales, que venía acumulando durante años—.

Evocando la imagen de Françoise lanzó la primera pedrada.

—¿Y ustedes cómo se conocieron, Ale? —preguntó.

—Fue increíble porque... —intentó Emmil.

—Aguanta, le hice la pregunta a ella.

—Bueno —comenzó Alessandra con una sonrisa inclinada—, fue la típica bromita a los novatos. Se arreglaron con el analizador general para hacerlo descomponer después de los primeros trabajos. Llegaron entonces Emmil y otros amigos de él haciéndose pasar por tutores del curso y nos llamaron la atención muy fuerte, preguntando si habíamos estudiado el propedéutico, porque éramos unos torpes y unos ineptos, y que si así empezábamos iba a estar difícil que pasáramos los paquetes iniciales, ya sabes.

—¿Y luego? —apuró Aix.

—Luego me di cuenta que era una broma, por la cara de Emmil.

—Pobre Emm —rió Aix—, eres demasiado buen tipo para hacer esto.

—Es que la vi muy mal, desamparada, casi se le saltan las lágrimas cuando le dijimos que tendrían que esperar el doble para recibir su primer ana-cinco...

—Bueno, no —se defendió Alessandra agitando las manos—, nada de llorar sólo que...

—Pero ahora ya están bien, porque se ven muy enamorados —dijo Aix con estudiada inocencia.

—Bueno, enamorados... —protestó levemente Emmil.

—¿No están enamorados?

—Cuidado porque éste siempre bromea, eh, y es duro, muy duro —advirtió Emmil riendo.

Y entonces Marion intervino:

—Por qué los presionas; nadie se enamora, astronauta.

"Se ensartó como una trucha", pensó Aix.

—¿Nadie se enamora?

—Yo, por suerte —respondió Marion—, fui y soy muy amiga de mis padres, y a pesar de todos sus errores me dejaron muchas cosas en claro, por ejemplo, el tema de enamorarse. Si enamorarse es detener tu antojo de conocer a cuantas personas quieras, prefiero no enamorarme, ¿para qué?, ¿causarle daño al otro y a ti mismo por establecer un pacto, destinado además al... a la decadencia?

—Espérame —quiso hablar Aix— ¿un pacto?

—Un pacto, sí. ¿O qué crees que son las parejas si no sociedades económicas? Lo del amorcito dura unas semanas, un año en el mejor de los casos. Si ya sabemos el final, ¿por qué insistimos? Esa incapacidad para poner límites comúnmente termina matándote. Sé honesto, esto es sólo una táctica de tu parte...

—Si defendieras con la misma pasión el amor que tus ideales contra el amor, serías una gran amante —respondió Aix.

—Pero no seas tonto —le contestó ella—, no son ideales contra el amor, ni siquiera son "ideales".

—Bueno —se interpuso Emmil—, hay que ver cómo define cada uno lo que significa enamorarse, o sea, qué es enamorarse...

—Es biológico —siguió Marion dirigiéndose a Aix—, el enamoramiento no puede durar mucho tiempo. Antes ese fenómeno era más claro en ustedes, los señores. Ahora, culturalmente, y por fortuna, nosotras hemos emparejado la situación. Tú crees entonces que hay que defender la idea de la pareja, ¿o qué?, así ni siquiera vas a poder entablar una relación por lo menos satisfactoria.

—Sí —contestó Aix—, yo creo en la idea de la pareja, yo necesito esa idea. Tal vez más que a la pareja en sí —acotó sonriendo—. O creía, en todo caso, es una vieja deuda nunca saldada. Pero... la verdad es que todavía tengo sueños con mujeres ideales, y descubro en ellas el mismo desamparo que en mí. En esos sueños hay una emoción absoluta que luego... ¿No te ha pasado? ¿Qué despiertas y maldices la realidad? Sólo en esos sueños me doy cuenta que es posible y cuánta capacidad reprimida conservamos.

—Yo hablo de todo lo contrario de la represión. Además esa necesidad es tuya, está en tus sueños, no es de ellas.

—La realidad —gritó Aix—, no es esta pasiva aceptación de nuestra condición de primates que pretende eliminar, a la vez, todo el origen animal de la pasión. La realidad no es el equilibrio hipócrita que te enseñan con el disfraz de la libertad. Si está en nuestros sueños está en la realidad.

—Ya nadie piensa así, querido amigo —contestó Marion—, porque pensar así destruyó a las socie-

dades durante mucho tiempo. Tu ego inmenso que necesita ser amado de manera total.

—Y de amar así, igualmente.

—Nadie puede amar así. Eso es... no puedes sin caer en el egoísmo, aunque sea alguna vez, y no aceptarlo...

—Admite que te excita la idea —la interrumpió Aix pegándose a su cara.

—Pero qué es eso de entrega total —intervino por fin Alessandra—, claro que es irreal, ella tiene razón, sólo te vas a lastimar si piensas de ese modo.

—Gracias, Ale, por tu preocupación, pero sólo de esa manera puedo vivir verdaderamente...

—Ay, pero qué gracioso —dijo Marion—, debemos madurar, astronauta, ¿realmente piensas así?

—Claro que pienso así, tú cómo piensas, *citóloga*. Madurar es aceptar nuestra mediocridad. No pienso madurar, madurar es adaptarse. Madurar es resignarse a que las grandes vidas son para otros.

—Desde el momento en que no guardas algo para ti, desde el momento en que revelas todos tus secretos, que te desnudas ante el otro...

—Esa es la mejor parte —ironizó Aix.

—Ah bueno, si estás bromeando avísanos de antemano, para jugar a los payasos contigo —repuso Marion.

—Perdona, no te lo tomes tan en serio. Me gusta esa agresividad tuya, porque revela que tienes una bronca tremenda dentro.

—Yo no tengo ninguna bronca.

—Sí, tienes una bronca y un malhumor tremendos, y defiendes de una manera tan violenta...

—El malhumor lo tienes tú, que sabes que pensando así, haciéndote el apasionado, no podrías jamás interesarme o llevarme à la cama...

—Ah, una chica sincera —dijo Aix sonriendo, aunque el golpe lo hirió de muerte—. Si además ustedes ya no van a la cama, se ponen el casco o editan hologramas. ¿Sabes por qué digo lo del malhumor?, ¿sabes por qué? porque tienes terror, de mostrarlo todo, de liberarte alguna vez en los otros... perder tu pequeño poder ante ellos, que al parecer es lo único que tienes, y paradójicamente ese miedo te aleja de una verdadera satisfacción.

—¿Pero qué dices?

—Porque te molestaría mucho tener que depender de otro, te molestaría que al saber todo de ti, también conozca tu fragilidad. Y sin embargo esa fragilidad... que a todos nos compone...

—No es cierto -saltó Alessandra.

—¡Que a todos nos compone! —gritó Aix—, es paradójicamente tu mayor tesoro.

—"Tu tesoro de juventud" —se mofó Marion—. Oye, abusas del término "paradójicamente", otra cosa: ¿todos los ingenieros espaciales son aficionados a la novela rosa? Qué disparate, ¿por qué tendría que tener miedo de mostrar todo lo que soy?

—Ah, no sé... porque tal vez no sea suficiente.

—Bueno, con permiso —dijo Marion poniéndose de pie—, no tiene más sentido seguir discutiendo con mi abuelita, es una noche *muuuy* joven todavía.

Y de golpe se perdió en la gente, más rápido que sus palabras, que flotaron durante un tiempo como fantasmales bofetadas.

—¿Ven? —dijo Aix— las personas no aguantan la verdad.

Alessandra lo miró diciéndole claramente con los ojos: "Y quién eres tú para creer que detentas la verdad".

Hubo un rato de silencio. A pesar de todo, Aix se arrepintió de haberla hecho ir tan pronto; porque le había gustado y porque la oportunidad para desatar toda la catarata de protestas había perdido nuevos oídos.

—Sinceramente creo que estuviste un poco insultante —recriminó Emmil guardando en su tono el regaño implícito de la propia Alessandra.

—Emmil querido, ¿por qué adoptas la solidaridad de género equivocada? ¿Yo insultante? ¿Cómo?, si ella dijo antes toda esa estupidez de que la quería llevar a la cama.

—Ella no dijo eso —habló Alessandra—, dijo, intentó advertirte, que siendo así sólo te lastimarías a ti mismo. Y a los demás.

—Pero quién es ella para advertirme nada a mí ¿qué sabe si yo he tenido o no amores de verdad y totales?

—Vamos, Aix —se metió Emmil—, bien sabemos que con Françoise la cosa no funcionó por lo mismo.

—¿Por lo mismo? —alcanzó a murmurar Aix con gran irritación y luego suspendió cualquier réplica ante el golpe inesperado.

—Bueno, cambiemos de tema —propuso Emmil intentando recomponer la cena.

—No —rompió Aix—, si el mundo fuera sincero yo la llamaría todos los días y le diría que la amo. Tiraría a la basura ese orgullito defensivo que hemos desarrollado para que no nos hagan daño y le diría que la amo. Que la extraño neciamente, que la quiero para contarle todos mis secretos y todos los secretos del mundo que yo conozca, que la quiero a mi lado como antes, compartiendo todo y recibiendo todo de mí.

Alessandra y Emmil lo observaron.

—Porque si suelto todo en ella...

—Pobrecita, qué carga —dijo Alessandra.

—Sólo si vuelvo a verme en sus ojos tengo valor.

Emmil lo comprendía pero Alessandra seguía acusándolo con la mirada, protegiéndose contra la turbación que le producían sus palabras. Entonces Aix, queriendo aparentar que seguía su discurso, lanzó otro dardo disimulado:

—A veces, ¿saben?, siento que la sensibilidad es un arma de doble filo: si llega a desarrollarse y ser sana,

es fabulosa, pero si se queda en el camino y no se libera, acaba siendo la materia prima del resentimiento.

—¿Qué quieres decir? Porque no te entiendo —preguntó ella.

—Quiero decir que en el fondo están de acuerdo con todo lo que he dicho.

Y bebió violentamente el final de la copa.

Alessandra miró a Emmil con un gesto de hartazgo y éste sintió el tirón al que lo sometían ambos extremos.

—La cosa tiene que mantener un equilibrio —dijo para reconciliarlos—; el amor, la entrega tendría que ser —y pensó rápidamente—, como una teoría de los conjuntos —tomó una servilleta y sacando una pluma de su saco dibujó dos conjuntos entrelazados y sombreó la zona de contacto—: el amante "A" con su propio cúmulo de experiencias y carácter, y el conjunto "B" distinto pero tan grande como "A". Cuando se juntan, producen un enorme espacio de contacto, pero guardan a la vez su individualidad.

Emmil había sido generoso ya que el área sombreada era más grande que las zonas que habían quedado "limpias" de cada conjunto. Así veía él el amor y su lógica convenció a Alessandra. Estuvo seguro de haber persuadido también a su amigo. Pero Aix tomó el papel y la pluma y tachando el esquema dibujó un círculo diciendo:

—Este es el conjunto "A", y si aspira de alguna forma a la trascendencia y si encuentra un conjun-

to "B" que sea ambicioso como él, la cosa es así —y dibujó a "B" idéntico en tamaño a "A" y totalmente comprendido dentro de éste.

Cuando llegó a casa estaba embriagado de sus propias palabras, pero consciente que las pagaría con tedio.

Entonces, en la pantalla de recados de la cocina, Cinco le dio una noticia. "Anna dejó sobres".

La terminal del buzón que daba al estudio estaba casi atorada por un enorme paquete que contenía dos sobres. Uno estaba cuidadosamente sellado y decía: "No abrir ahora, empezar por el otro".

Aix siguió las instrucciones y sospechando todo, abrió el primero.

Encontró una nota:

"Aix: me hubiera gustado hablar contigo pero se me hacía algo tarde. Como ya te había avisado, hago un viaje cruzando el Atlántico. Apenas me animé a dejarte esto, pero creo que puede interesarte. Se trata de las cartas. Mucho les debo. Te diría que en algún sentido, ellas me han hecho.

"Ojalá las disfrutes. El otro sobre, debes prometerlo, lo abrirás cuando termines, si es que terminas, todas las cartas. De lo contrario te pediré que lo tires, no tiene sentido que lo leas si antes no has seguido el desarrollo de la correspondencia. Este último es una copia, así que no importa. Las cartas son, sin embargo, las originales, y te ruego que las cuides mu-

cho, son mi tesoro. Pensé que te gustaría más percibir el espíritu que desprenden cuando alguien vuelve a abrirlas. Algunas conservan dentro ciertas sorpresas. Hasta mi regreso entonces, querido amigo.

"Anna."

La nota y la amistad de Anna le comieron algo de la tristeza y se sintió agradecido. Ella le había confiado los objetos que más valoraba. Le pareció increíble al principio, una irresponsabilidad.

Abrió el paquete.

Eran varias cartas. Estudió los sobres. Todos tenían al dorso unos números que, supuso, significaban la fecha de recibimiento de la carta, o la fecha en que ésta había sido puesta al correo. Los números parecían estar escritos con tinta más nueva, así que podrían ser de la misma Anna.

Todas las cartas iban dirigidas a Gisella Castellano.

Abrió la primera. Las hojas perfectamente cuidadas pero amarillas y viejas.

Pronto se dio cuenta que no podría leerlas porque estaban en español. Sabía algo del idioma pero no lo suficiente.

Entró al estudio donde la pantalla de Cinco permanecía apagada para ahorrar energía. La encendió y la vista se le perdió en el horizonte de las luces que se iban despertando.

Apuntó en el ana las instrucciones para conseguir un programa traductor de español en la red, y pidió que le informara en cuánto tiempo estaría listo. Puso una hoja frente al lente para ver si podía comprender la caligrafía. El ana demoró pero dio una respuesta positiva.

Mientras Cinco se comunicaba, bajó a la cocina y se sirvió un vaso de jugo.

Cuando regresó al estudio, un recuadro en la pantalla con el retrato de Cervantes indicaba que Cinco ya tenía listo el programa.

—Muy bien —murmuró derrotado por el cansancio—, hasta mañana entonces.

Entró a su cuarto y dejó los sobres sobre el pequeño escritorio.

Iba a bucear en la experiencia de dos personas desconocidas y desaparecidas para siempre, y ¿en qué podría eso, cambiarlo a él?

CINCO

Inició el ritual una tarde de intenso azul asomando sus ojos a la calidez de la casa. El momento parecía planeado años atrás, como si Anna conociera ciertos trucos del tiempo y fuera un puente entre generaciones.

El total de la correspondencia abarcaba el lapso de un año y medio y eran doce cartas, algunas muy gruesas.

Ya que la información debía pasar escaneada por Cinco, Aix ordenó que fuera organizando los principales datos y fechas, nombres que se repitieran, y todo tipo de patrones.

El remitente de las cartas era un hombre llamado David Basle, que por alguna razón se había separado de Gisella.

Y así fue que empezó.

"Querida Gisella: camino las calles de la ciudad donde nací.

"Como acabo de llegar —han pasado ya once días del brutal crimen— todavía no sé distinguir entre la ciu-

dad que fue mía y ésta presente, que coincide sólo en el mapa con la que guarda mi memoria. Y me doy cuenta que mi adolescencia estuvo minada siempre allá, en tu país, por la premura de concretar este regreso. De qué me sirve ahora, pienso. También he comprendido que aquí muy pocas cosas me han esperado.

"Entro en los bares y escucho gritar a mis *compatriotas* —y por momentos no puedo aguantar la risa, desde luego ya no hablaré jamás como ellos—. Intento comprender en qué han cambiado con la tragedia de estos años. Voy en el taxi buscando señales, sin poderlo arreglar, en qué momento este sitio y yo rompimos nuestro cordón. Las primeras veces me daba temor pedir algo, como si no fueran a entenderme; me costaba el acercamiento a los parroquianos, que son duros, van a lo práctico, te miran con extrañeza si no sabes bien lo que quieres.

"Recorro sus hermosas plazas, las grandes avenidas. Algún perdido sabor y me enciendo. Mientras te extraño.

"He pensado que ya no tiene mucho sentido explicar lo que pasó en México, a menos, claro, que tú tengas elementos nuevos. Creo que merecemos poner en descanso esos 'porqués' que nos revientan las entrañas.

"Ayer estuve de nuevo ante esa hilera de edificios donde viví de niño, y que había recuperado con un celo incompleto y fugaz en mis sueños recurrentes. Me di cuenta que todo coincidía, que no despertaba

hacia ninguna mañana sino que estaba ciertamente allí. Recorrí las plazoletas que se forman al bajar las dos avenidas que ciñen al barrio, y enumeré lo que sabía de sus rincones y árboles, de cada escondrijo, en el lugar donde corrí inconciente una vez, que no volverá.

"Por un momento pensé que sólo había tenido valor aquel tiempo de 'El Pinar'. El viento corriendo entre nosotros, Pablo, Silvana, Laura y yo; los cuatro sueltos en el tiempo, eufóricos. Silvana y yo de la mano, probando el sabor imantado de los besos, cayendo al pasto de risa, bajo las ramas colgantes de los sauces.

"Me tocaba ser testigo ahora, y no protagonista; el que regresa y estudia el sitio sin poder contener los fantasmas que allí habitan, las sombras de la época que todavía añora, a la que ninguna línea de metro puede llevarte ya.

"Cuando estuve lejos otra vez, comprimido en el asiento del autobús, volví a la desilusión de la primera partida, y sentí la fuerza con que durante toda mi vida he añorado este lugar."

Aix detuvo a Cinco.

Bajó a la cocina y se preparó algo de comer. A través del vidrio entraba en casa el último resplandor del ocaso. Cruzó la sala y miró su jardín por la ventana. La estatua de la Venus, enclaustrada en los

bambúes. Entonces le vino a la mente una imagen de su prima Georgette. Un mediodía, el sol quemando la hierba, en el campo donde vivían sus tíos. Aquella infancia que no se había retirado aún. Con su prima habían buscado lo que de niños llamaban *la llave*. No sabían si el secreto estaba en el aire, en sus propios cuerpos jóvenes o tal vez en el contacto con ese río que los separaba, oculto entre los árboles, de la carretera pavimentada y del orden adulto.

"Está lloviendo; el sonido da un rumor de intimidad a la noche. Pero he descubierto que estar separado me será insoportable. Entiendo que las cosas por allá están cambiando; tu carta me alienta y a la vez me inquieta porque si vuelve a incendiarse la situación no sé qué harás. Estoy preocupado por ti. Iría a buscarte para traerte a esta realidad por el momento más tranquila, donde hay espacio para pensar en las yubartas o incluso planificar ir a verlas. Me gustaría alejarte de los riesgos que corres y que viajáramos. Te enseñaría esta capital donde hice los lazos con el gran Pablo.

"Hablando de él, no sé si ya te había contado que ahora vive en España con su mujer y que me escribe a menudo desde allá. Nos desencontramos. Cuando yo volví él ya se había marchado, pero sus padres me dieron su nueva dirección. Amigo cenital de aquella época.

"En alguna de las siguientes cartas tendré que contarte las historias de esa amistad y cómo vivimos aquella oportunidad del tiempo, empujados hacia actos y pensamientos incomprensibles en aquel entonces por un profesor que había visto en nosotros, según nos decía: 'la señal'.

"Soy un viejo anticipado. Sin tenerte, nutrido solo de estas remembranzas. Cuántas cosas mías que nunca te he contado. Es que fue tan rápido. No olvidaré que nuestro amor se hizo mientras huíamos de esas balas que nunca pensamos que fueran a disparar, mientras la Universidad se convertía en un infierno y los nuestros corrían y se apiñaban en los laboratorios o los sitios más protectores de las facultades.

"Creo que aprovecharé estas noches del limbo para relatar aquella historia también, además del diario del presente. ¿Lo apruebas?

"Repaso los meses anteriores a mi arribo forzado, cuando sentí que perdía la curiosidad, mi disposición científica. Quizás pueda recuperarme ahora. La emoción de mirar las estrellas quiere regresar.

"Además me he enamorado aún más de ti."

Mientras se metía en el baño y prendía el vapor comenzó a trazar las primeras conclusiones. Le atraía, por esa costumbre a la que pocos pueden sustraerse, espiar en la vida de dos personas, deducir infor-

mación sobre su entorno y explicar los detalles de la historia; como la pregunta principal hasta entonces: por qué se habían separado. Pero algo había, además, podía ser la traducción de Cinco o la forma intrínseca de los originales, que le agradaba en el tono de la carta.

Cuando salió del baño pidió a la terminal de Cinco que encendiera el planetario y mostrara el hemisferio norte. Vio las formaciones y después salió al pequeño jardín para reconocerlas en la realidad, detrás del aire, oscilando; indiferentes pero centrales.

"Siempre las mismas", pensó, y volvió la mente al final de esa primera carta:

"Mi emoción de mirar las estrellas quiere regresar..."

He pasado varios días —se dijo—, incluso creo que meses, sin alzar la vista al cielo, pero tarde o temprano vuelvo a verlas, recuerdo y reaseguro su presencia y su posible orden. La distancia que ponen con la Tierra y dimensiona la manera incompleta con que solemos ver las cosas. Y recibo su inverosímil eco de hogar. Algo se nos ha perdido allí; quizás la carrera humana sea regresar a ellas, esencialmente, y nadie puede explicar por qué.

—Así empezó en mí—, murmuró mientras cerraba la puerta del jardín. —David Basle —repitió en voz alta—, ¿cómo habrá sido?

SEIS

"He comenzado a escribir un relato incompleto de lo que viví en México los últimos días. Vómito negro con pretensiones editoriales. Probablemente quedará en hojas dispersas que te llegarán en algún momento. He cambiado nombres y distorsionado algunos hechos para darle más jugo al asunto; un jugo que bebo en soledad y con el que sólo tú y yo podríamos divertirnos[2].

"A lo largo de esta semana hice los contactos y trámites necesarios para llevar a cabo un viaje, después de cubrir todos los huecos de la memoria, aquí en la capital. No sé cuánto durará ni cómo terminará si es que lo emprendo. He pensado en irme al sur. Cerca de un pueblito frente al Atlántico llamado Puerto Nuevo. Allí han montado un puesto de observación de mamíferos marinos y, como idea a largo plazo, el Instituto Oceanográ-

2 Al tener en mis manos las cartas por primera vez, fue este párrafo el que me dio la idea de escribir la novela. (N. del A.)

fico planea edificar un centro de estudios. Es un proyecto muy ambicioso, autorizado ya para construir instalaciones conectadas al mar. Esperan desarrollar un programa de trabajo con animales que no permanezcan en cautiverio. Es algo único en el mundo, y por lo que sé, cuenta con el apoyo financiero de varias instituciones y universidades extranjeras. Desde luego, si el proyecto se realiza, vendrán los principales expertos del planeta y tendré mucha suerte si consigo un puesto como cortador de pescado. Pero por ahora, el lugar, según lo que me han dicho, es únicamente un conjunto de casas de madera insertas en la aridez de la Patagonia. Un desconocido como yo puede colarse con sólo tres años de estudios biológicos en México —y por ser pariente del ministro de Pesca—.

"Así está la cosa. Estudiaré por mi lado y lo más importante: veré a las ballenas. He planeado viajar en un mes, si es que las gestiones siguen bien encaminadas. Cada vez más lejos de ti.

"He puesto la foto tuya de niña en mi mesa de luz, dentro de un marquito que compré en mi último paseo. La devoro antes de dormirme —sólo llego a casa a caer en la cama— porque allí miras con una sonrisa que aún nadie ha lastimado, con la curiosidad que los niños deben a su edad y al mundo que los espera, y que les permite dudar de todo sin que nada se tambalee.

"Debo comentarte una idea que me obsesiona ahora que he dejado los estudios serios y que me

he abandonado más a esa necesidad 'onírica' por las ballenas que al análisis metodológico. Se trata de un conflicto que dura gracias a que las dos posiciones que lo originan ganan alternativamente mi aprobación. ¿Qué sentido —me pregunto— tiene encarar una experiencia como el viaje, descartando el aval del conocimiento? ¿Para qué me engaño con la emoción de acercarme a la orilla y verlas a la lejanía si he abandonado el estudio y por tanto la interpretación correcta de lo que estoy viendo? De qué me sirve observarlas sin entenderlas. La pregunta se resume de esta manera: ¿cómo podemos creer que disfrutamos o incluso amamos las cosas si no hacemos un esfuerzo por comprenderlas? Sí, imagino tu respuesta. Ya sé que es un tema ampliamente tratado y estoy seguro que alguno de tus pensadores favoritos arribó —incluso hace mucho tiempo— a conclusiones convincentes. Pero como desconozco por ahora esos trabajos, sigo martillando la mente con la duda elemental. Por ejemplo: ¿puedo gozar plenamente un amanecer, desconociendo las fuerzas que intervienen en él, o entonces sólo puedo temerle —y por supuesto disfrutar con ese temor—? ¿Vale sólo el acercamiento y la apreciación estética, derivada incluso del instinto? Ah, a veces pienso que allí se esconde una crucial sabiduría que generaciones enteras de culposos han descartado a cambio de nada.

"Por qué no cargar ese otro sentido, singular e incomprensible, con el que nos alimento la evolu-

ción, que nos agita y hace respirar más hondo en los momentos novedosos. Un sentido que crece gracias a los otros ya conocidos y espera escondido en el cuerpo, a que emprendamos un nuevo viaje.

"Dejémoslo ahí, al tener que plantear el dilema por escrito temo dar excusas para mi vagancia crónica. Me llamó la atención el lado 'poético' de la ciencia —si es que así puedo llamarlo— y nunca saldré de él; atrapado por el sentimiento y alejado del esfuerzo, vencido por la idea de que éste borrará la primera alegría que me hizo entrar en las filas de los biólogos marinos."

Aix detuvo a Cinco. Preguntó a la analizadora si había averiguado algo sobre México.

—Información sobre la situación que se vivió en México en el periodo en que fueron escritas las cartas: ¿se da lectura a síntesis, un párrafo?

—Sí.

—No hubo algún hecho político que produjera cambios drásticos en la estructura del Estado o en las transnacionales ubicadas en territorio mexicano—Aix alcanzó a ver una leyenda en la pantalla mientras la voz de Cinco seguía: 'Resumen de la tesis *Historia de los alzamientos estudiantiles en México*'—. En los procesos de aquel año murieron algunas personas (estudiantes, cantidad no especificada) pertenecientes a la principal Universidad del país, ubicada en el Distrito

Federal. Al parecer era el sexto levantamiento estudiantil en un lapso de medio siglo. ¿Se da lectura a estadísticas socioeconómicas de la época: 14 párrafos?

—No.

Parecía claro —pensó Aix— que la separación estaba relacionada con aquel movimiento de los estudiantes. Los dos habían participado; allí se conocieron. Pero David Basle no era mexicano como Gisella. Los estudiantes, evidentemente, no alcanzaron sus objetivos políticos o académicos y su movimiento fue disuelto y reprimido (todo esto inferido de las huidas y balazos a los que se hacía alusión en la correspondencia). Tal vez David había sido obligado a separarse. En aquel momento no le cabía otra explicación si pensaba en lo enamorados que parecían estar.

Continuó leyendo en la pantalla la segunda carta.

Casi hacia el final, encontró un párrafo que lo sorprendió:

"Dos treinta y nueve de la madrugada del veintiséis de junio.

"Vuelve la noche. Las inseguridades bajan como la lluvia. El Apocalipsis toca la puerta, y yo cierro los ojos.

"Me hacía varias preguntas, dentro de esta quietud asombrosa. ¿Podrá seguir mi vida bajo el calambre de no recibir de los otros el eco suficiente?,

¿cuánto es igual a mí cuando se va la noche y les doy la cara?

"Siento que voy perdiendo el delirio que me hizo desordenado y total hace unos años. Tal vez debería advertirte —aunque por carta suena aún más ridículo— que no deposites en mí algo que no existe. Mi desesperación siempre ha puesto en el límite a los que me rodean y esto los hace separarse. Y uno no sabe, en el orgullo, si lastima o reconforta."

Aix cruzó los brazos detrás de la cabeza y se inclinó hacia atrás, apoyado en el respaldo automático. Velozmente dio una vuelta a su interior y regresó a la lectura.

"Dejaré abierta la carta aunque tengo ganas de enviártela ya. En fin, no sé, tal vez escriba a alguno de mis amigos y envíe todo con Claudio, que no ha aparecido, o por correo. Deseo escribirte mañana después de volver a visitar mi antiguo barrio —emoción que he pospuesto— y contarte cómo me fue.

"Es asombroso, llevo años viviendo de noche. Creo que todavía no he tomado conciencia de que estoy aquí. Voy a volver mañana, por segunda vez desde que llegué, al lugar donde fui feliz. Y pienso que será mejor que el primer y breve reencuentro, donde el peso de lo recuperado me cegó. Tengo esa ansiedad

y nervios del primer día de escuela. Sé que las metáforas de lo ocurrido, fabricadas desde el exilio, andan por allí, entre los edificios, esperándome o indiferentes, en una zona que he evitado por ahora. ¿Cómo estarán esas calles que fueron el primer espejo?, donde aprendí el placer de hablar con mis amigos más que de jugar con ellos.

"Quiero llevar hojas y tomar apuntes y te prometo que enviaré lo importante.

"Qué poco tiempo estuvimos juntos, vuelvo a decirlo. Ahora comenzaríamos verdaderamente a saber quién es el otro. Quizás está ocurriendo por carta, pero es una tortura ver tu letra sin ver tus ojos. Yo recordaré siempre aquella tarde del segundo movimiento de la Séptima, antes del desastre, la última que tuvimos y que se queda lejos ahora; tu mirada repitiendo mi asombro al escuchar La Obra por primera vez. ¿Te acuerdas de lo que hablamos? Esa corriente entre ambos, como si tuviéramos mil años. Nos acompañaba Carlos, mi gran camarada; creo que le gustaste y entre los dos se dio una disimulada batalla por tu atención. En ese intermedio que hicimos para resistir todo lo que se nos había venido encima."

Aix encubrió su agradable desconcierto, que no podía compartir con Cinco, intentando resolver una intuición producida por las últimas palabras. Aquello

de "segundo movimiento de la Séptima" parecía referencia a alguna sinfonía.

Detuvo la traducción y bajó a la sala. Allí se quedó un buen rato, sumergido en la atmósfera de lo que había leído. Luego lo asaltaron sus problemas de la Academia. Y después de un tiempo, sin darse cuenta, se estaba planteando la misma pregunta que David Basle había hecho en la segunda carta: ¿era más importante que el trabajo y la concentración, el placer de sentir el instante, abandonado a vivir las horas sin invertirlas en alguna tarea rentable? Porque si ajustaba la maquinaria responsable, sabía que dedicarle ese tiempo a las cartas quitaba espacio a las investigaciones y prácticas que tenían pendientes con Cinco. A punto estuvo de acudir a la terminal de la computadora frente a él para cancelar la información que había pedido. Pero hizo todo lo contrario: dejó que su mirada siguiera perdida varios minutos, resolviendo las preguntas que lo provocaban; procurando adivinar qué música habían escuchado aquellas dos personas una tarde, hacía mucho tiempo, en una ciudad desconocida.

Cuando regresó al cuarto pidió a Cinco información sobre sinfonías y compositores anteriores a las fechas de las cartas. La analizadora respondió con una larga lista.

—De acuerdo, dame los nombres de aquellos autores que aparezcan con siete o más sinfonías, déjame verlos en la pantalla.

Cinco parpadeó mostrando animaciones de época y algunos retratos.

Aix se resignó y vio la lista que proseguía con cientos de nombres que tenían siete o más sinfonías. Pero tenía una corazonada y esperaba que se cumpliera, aunque, por supuesto, jamás podría comprobarlo.

—Creo que es Beethoven —dijo en voz alta.

Recordaba que uno de los movimientos de aquella Séptima sinfonía lo había cautivado. Preguntó a Cinco por el láser.

En unos segundos la analizadora estuvo lista. Cinco recomendó una versión de Fürtwangler.

Apretó el teclado y poco después estalló la música.

Aix escuchó, recostado en el cómodo sillón del estudio. Al llegar el segundo movimiento imaginó dos rostros que no conocía. La misma verdad en una tierra distinta, en una cuerda del tiempo que corría en otra dirección. Se esforzó en volver a ellos y olvidar que eran parte de un cuento fantasma. Quiso rescatar la sensación y convertirla en una sustancia casi material y palpable, y devolverle su sentido. La música —comprendió—, era un viaje en el tiempo; ¿cuánto de aquellos dos amantes no estaba codificado en esa trágica melodía? Si el autor había tocado para siempre las preguntas esenciales, escarbando en su propio interior, entonces no hablaba solo; lo que oía Aix eran palabras de David y Gisella.

Después de la conclusión musical se quedó dormido.

Despertó horas más tarde, en medio de una noche cerrada y con el brazo derecho entumecido. Cinco había apagado sus sistemas externos. Bajó a tomar algo y volvió a trepar las escaleras directo al cuarto. Pero al pasar al baño, el silencio de la casa propuso volver a la pantalla y terminar la segunda carta que David Basle había enviado a México.

"¡Hola Gisella!, te grito con un murmullo, escribiendo bruscamente antes de dormirme.

"Amanece en esta parte de la Tierra.

"Llegué tarde a casa después de ir con mis primos a conversar en varios bares y me metí a la ducha a eso de las cinco de la madrugada. Escuché mi selección de canciones predilectas. Fue bueno, la soledad y la música en el vapor, y afuera la noche. Ahora la noche se ha quebrado y amanece lentamente.

"En estas horas suelo pensar en palabras que luego, en el día, tienen menor peso. Palabras que reflejan la intuición de cierto orden —¿casual o divino?— que subyace como un esqueleto invisible. El Cosmos.

"Ahora intentaré dormir. Para ti este será un pequeño párrafo en una hoja cuadriculada, pero intenta sentir esto:

"Yo te hablo para siempre desde este amanecer. El cielo está por perder la frontera entre una dura claridad y el resto de la sombra. Ningún ruido trae sensaciones mundanas.

"Siempre que vuelvas tus ojos sobre estas líneas oirás los suaves golpes de la lluvia y sabrás que he cristalizado el color del cielo, hecho segundo, y rezo con los códigos de una religión propia, por nuestro futuro.

"Siempre serán las seis y cinco de la mañana, sin día, sin noche, en esta página."

SIETE

"Ha transcurrido un mes y se acerca el momento de partir hacia el sur donde me espera un campamento frente al Atlántico; lejos de mis familiares, con urgencia de estar solo, más todavía, y concentrado en la *Megaptera novaeangliae*[3].

"Me queda una semana en la ciudad. Supongo que alcanzaré a enviarte una carta más desde aquí.

"Ayer vi a un personaje de la vieja tropa, llamado Chema, y el encuentro produjo inesperadas alegrías.

"Después de haber negado con velocidad determinista cualquier sentimiento romántico acerca de lo que antes llamábamos por aquí 'seres especiales' o 'señalados', comprobé qué fuerte puede ser una sensación de ese estilo cuando las condiciones son propicias y qué difícil es resistirse a ella.

"En realidad creo que ya es tiempo de contarte esa historia, si no te molesta.

3 Nombre científico de la ballena jorobada o yubarta. (N. del A.)

"Tenía doce cuando conocí a Pablo y coincidimos en la misma escuela. Llegábamos a ella cruzando el terreno baldío que limitaba en una de sus fronteras al barrio del Pinar.

"Éramos parecidos, él mayor unos meses. Nos conocimos una tarde, jugando al fútbol. Al final del partido conversamos en una banca durante horas, disfrutando la amistad que se construye a los doce años. Nos declaramos el mejor amigo del otro, porque era necesario aquel título; un pacto que retaba al resto y defendía a la vez nuestra incipiente orfandad.

"Inventamos un universo propio, y con el paso de los días quedó claro que éramos inseparables.

"Yo me enamoré de la prima de Pablo, Silvana, y él de Laura, otra chica del barrio.

"Pero la aventura más recordada comenzó una mañana, cuando llegué al colegio. Un día brillante que acentuaba el bullicio de los niños entrando al patio, minutos antes de la primera clase. Encontré a Pablo detrás de la reja de entrada, de pie y serio. Lo saludé como de costumbre y su respuesta fue un hielo: su mirada era ajena y sombría. Dijo que no era Pablo.

"Se llamaba Clement y debía hablar conmigo. Me divirtió el reto; primero reí y después intenté hacerlo perder la compostura. Fue imposible. Realmente había cambiado. Yo podía sentir cómo, de alguna manera, había aumentado la distancia que guardaba conmigo por ser un poco mayor de edad.

"No pude, durante días, arrebatarle la menor sonrisa; días en que todos, como yo, pasaron de elogiarlo como buen actor a preocuparse por su cordura.

"Clement era extraterrestre. Sus ideas eran complejas y a veces peligrosas. Su plan no estaba muy definido, al menos nunca lo exponía del todo, pero tenía que ver con utilizar armas o argumentos que encontraría en la 'esencia humana'. Esa era la razón de que me hubiera escogido para realizar una tarea de gran importancia. Según entendí, con la síntesis de sus enormes conocimientos y el potencial solidario de los hombres, salvaría una civilización agonizante. Su herramienta central era la 'octava dimensión'. Un ciclo que contenía a las anteriores siete: las tres conocidas; la cuarta, el espacio-tiempo, y otras tres que encerraban el sino de la destrucción del universo y la posibilidad dialéctica de su renacimiento.

"Qué temporada me hizo pasar el desgraciado. Lo acompañaba a sus viajes por el tiempo, bajando por unas escaleras que llevaban a los sótanos de El Pinar, que aún no convertían en estacionamientos. Vimos fenómenos increíbles. Fuimos testigos de desapariciones de estrellas. Tuvimos encuentros con sombras humanoides, una vez que salimos al sur del país con nuestros padres; dibujamos la estructura de la octava dimensión en las rocas más alejadas del interminable baldío, adonde no volveríamos.

"Un día, tan abruptamente como la primera vez, dijo que era Pablo y que había pasado un buen rato distraído, sin darse cuenta del entorno. Me convenció nuevamente porque se burló con descaro cuando relaté lo sucedido. No metió la pata ni se contradijo; nunca recordó una sola anécdota de las vividas durante su transformación.

"Muchos años después, cuando leí que los físicos comenzaban a hablar de nuevas dimensiones, y en un caso particular se referían específicamente a la Octava Dimensión, recordé a Clement con un escalofrío de cariño, y volví por segundos al recuerdo de su trascendente visita.

"Poco después del episodio, que mantuvo su influjo aún durante los primeros años en México, conocimos ambos a Don Alfredo, quien era entonces el director de la escuela y maestro de matemáticas.

"Con Alfredo entramos a otro universo distinto al de Clement y más complejo. Lo conocí seis meses antes de salir y me atrapó en sus ideas. Lo hacía más interesante el hecho de que otros profesores manejaran rumores extraños sobre él.

"En las horas libres, cuando sustituía al titular que había faltado, nos pedía que hiciéramos dibujos acerca de las cosas que nos interesaban. A veces se quedaba hablando con los alumnos de temas que no tenían que ver con el curso, y nos fascinaba con su visión de la naturaleza. El me dio las primeras nociones de astronomía. Nos mostró a Pa-

blo y a mí, en realidad porque se lo rogábamos, las cintas con los discursos que describían su doctrina, incomprensibles para nosotros, mientras nos ofrecía un café y nos daba un trato de adultos. Explicó que ambos, y esa era la razón de nuestra amistad poderosa, éramos portadores de 'la señal', una sutil marca cuyos poseedores podían reconocer en otros. La señal, más poderosa en la mirada que en la frente Nos convenció que los seres con ella teníamos una misión filantrópica, lenta y difícil. También sugirió no apresurarse: todo llegaría a su tiempo. Y algo que siempre me desconcertó: dejó a nuestro juicio la verdad de sus proposiciones. Nunca quiso crearnos la figura del maestro infalible, mucho menos impuso su autoridad. Quizás pretendía ser un hermano mayor. Su casa estaba repleta de objetos extravagantes y estatuillas de diversas geografías. A mí me llamaban la atención unos cuadros que mostraban oscuros bosques, teñidos con ese sepia de las telas viejas, y que sugerían estrechos senderos, historias de otra gente, vidas perdidas que llegaban a nosotros desde los colores del paisaje. Me acuerdo que tenía gran cantidad de libros, que daban una agradable intimidad a su sala, y por aquellos días había comenzado a coleccionar caracoles marinos."

Aix se sintió incómodo en su asiento.

"Así llegó la víspera de mi viaje.

"Recuerdo que cuando le anuncié mi partida. Pablo se enojó y prefirió no creerme. Imposible olvidarlo: sentado en el autobús que nos llevaba a la escuela, protegido contra el invierno y la frustración con una campera idéntica a la mía y apoyado en la ventana. Esperó que la noticia se apagara, mientras dejábamos atrás las veredas y las plazas de El Pinar, que tan bien conocíamos.

"Don Alfredo me dio un paquete la última vez que lo vi, días antes del viaje, y me hizo prometer que no lo abriría hasta llegar a casa. Antes de entregármelo me había prevenido con la fábula de un niño que recibe un regalo con la misma advertencia, no aguanta la curiosidad y abre la caja dejando escapar un magnífico pájaro que hay dentro.

"El paquete era 'Demian', de Herman Hesse; y llevaba una breve dedicatoria que no he querido olvidar, que me embargó de tristeza y, a la vez, de la rara sensación de dar un vistazo a lo que me esperaba en ese viaje a México que transformaría mi vida.

"Cuando nos despedimos pregunté si nos volveríamos a ver y contestó con la seguridad acostumbrada: '¡Por supuesto que volveremos a vernos!'.

"Desde entonces, creo que llegué a comentártelo, me obsesionó la idea de encontrarlo y escuchar otra vez sus teorías. Pero nunca pudo ser. Don Alfredo murió de un cáncer que no se trató y jamás, en los diez años de mi ausencia, envió una sola carta a pesar de mis esfuerzos o los regaños que le hice llegar. No

te conocía cuando recibí la carta de Pablo contándomelo. La noticia me pesó y dolió, por supuesto, pero de una manera peculiar, como si Alfredo no pudiera desaparecer del todo. Su muerte no me dio un golpe de conciencia, como otras más tarde, cuyo atisbo cambia para siempre tu relación con la vida. Yo siempre estaría de viaje y él se habría quedado en el barrio de Clement, de Silvana y de las horas en su casa, escuchando las cintas. A mí me tocarían mis cosas de hijo del destierro y a él sus búsquedas y estudios, proyectos para compartir la existencia del 'Amor' con el resto de los hijos del azar y la sensibilidad, quedando intacta, desde el día del regalo, la certeza de nuestro reencuentro.

"Ayer estuve en el barrio donde está la escuela, frente a El Pinar, sitio que no había alcanzado a visitar la primera vez. Mi antiguo colegio sigue ahí, la placa lleva el mismo nombre y está cercado con los barrotes pintados de azul, donde Pablo inventara el inefable personaje. Sentí que esa nube de la nostalgia me subía por la cara, cosquilleando en la nariz y los ojos. Estaba agradecido. Me asomé y vi una de las escaleras que llevaban al salón donde nos enseñaban música, y vinieron a mí recuerdos de luces y recintos que habrían quedado atrapados en el sueño de no haber vuelto. Fue entonces, al fin, que supe con certeza que lo vivido había sido verdadero y todas las voces y los sabores me pertenecían. Un telón levantado suavemente por el cuadro de la escalera. Me quedé

descubriendo memorias: noches en la escuela después de algún festejo, jugando al fútbol, las comidas del mediodía y el accidente del cartel que se me había venido encima, la cara de Mamá viendo el monstruo en el que me había convertido, las peleas, los afectos, las miradas hacia aquella chica, ¿los nombres? Deseé tener a Pablo a mi lado, para recuperar con él.

"Llegó una brisa agradable, y aproveché para pasear y rememorar diversas andanzas con otra gente que tuve por aquí. El barrio está mejorado y ha crecido. Siempre fue más lujoso y caro que El Pinar y sobrevive en la atmósfera que recordaba. El baldío ya no existe y una moderna autopista divide las dos zonas residenciales. Después descubrí la banca donde nos reuníamos al salir de la escuela a intentar las primeras conversaciones serias. Chicas y amigos, algunos que recuerdo perfectamente y otros que han perdido la imagen que creyó asegurarlos en los primeros meses de separación. Los altos edificios, con balcones y enredaderas, encerrados en estos jardines prolijos donde proponíamos historias, guiones propios donde tejíamos las primeras fantasías, capítulos que representábamos con el paso de los días. Las calles llenas de hojas secas, por las que pasábamos olfateando misterios para nuestro club de detectives.

"Ya era casi de noche cuando llamé a Chema. Estaba cansado porque había caminado todo el día. Me contestaron que llegaría a las nueve, es decir, que tendría que esperar una hora para verlo. Estuve

a punto de desistir. Chema era uno de los alumnos de Don Alfredo y yo no había llegado a conocerlo. Después se hizo amigo de Pablo, quien lo describió a la perfección en su correspondencia. Quizás fue mi sustituto. Aunque nunca nos habíamos visto aquí, una vez en México recibí una carta suya. No estaba firmada, así que en un comienzo pensé con júbilo que era de Don Alfredo, pero Pablo me lo desmintió después en una de sus respuestas.

"La carta me confundió; no la comprendí del todo. Tendría unos quince años cuando la leí, y aún estaba fresca la influencia de nuestro maestro. Yo adhería incondicionalmente a ese grupo que nos afirmaba más allá de la distancia.

"Esa era hasta ayer, una de las pocas referencias que tenía del personaje. En el último período de correspondencia con Pablo, cuando él planeaba ya su casamiento y viaje a España, me contó que Chema era una persona arbitraria y ciclotímica, que así como ejercía su encanto también podía ser el hombre más pernicioso del mundo. Todos estos informes me producían cierto rechazo. Pero tenía que superar los prejuicios a cambio de ver a alguien que de alguna manera reencarnaba a Alfredo y aquella etapa.

"Eché una siesta en uno de los bancos frente a la escuela y desperté con noche cerrada y el aire más fresco.

"Caminé hacia el edificio 9, con las manos en los bolsillos. Mientras me acercaba fui haciéndome

un lavado de cabeza con el fin de evitar comportarme como un aguafiestas. No debía pelear por mi verdad con paternalismo, como estaba acostumbrado a hacer cuando enfrentaba un pensamiento distinto, o, según yo, supersticioso. Quería ceder, y rescatar de la conversación con Chema toda la buena fe que su propuesta tuviera. Pero por lo mismo, iba preparado a enfrentarme a una suerte de David de los quince años, encarnado en un adulto.

"Toqué el timbre y escuché por primera vez la voz de Chema, grave y segura, llamándome 'Dav' como me dice Pablo y toda la gente de aquí. Ese toque ya me predispuso positivamente.

"Crucé una puerta de marco blanco y me encontré en un pasillo poco iluminado. Al fondo se abrió otra puerta y un rayo de luz formó un triángulo en el suelo.

"Mientras me acercaba, Chema salió despacio de su departamento. Lo fui estudiando poco a poco hasta que estuvimos sólo a unos pasos. Era un hombre fuerte, no más alto que yo, con barba espesa y facciones que sugerían inteligencia. Sonrió con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas y me estiró la mano. Le di un fuerte apretón mientras lo imaginaba cotejando con sus ojos las descripciones que Pablo y Alfredo debían haberle dado.

"Y aunque me parezca chusco admitirlo, una vez dentro de su casa, con dos lámparas iluminando claramente su rostro, descubrí en él lo más evidente: la señal.

"Mientras se disculpaba por haberme hecho esperar y preguntaba cosas triviales, yo sonreía, sorprendido hasta la alegría. Me había preparado tanto y la realidad confirmaba que las personas y sus acciones son siempre más complejas de lo esperado. Las ideas de Don Alfredo y los suyos —yo mismo cuando niño—, por más imperfectas que fueran, estaban basadas en verdades evidentes del sentimiento.

"Desde entonces Chema me comprendió sólo con verme. Nuestra comunicación no necesitó concesiones. Desenterramos las peripecias de nuestros amigos comunes y brindamos por ellos y la fabulosa capacidad que habían tenido de reunir a dos desconocidos.

"No tuve que justificar mis frustraciones en el aspecto amistoso, para que Chema me pidiera ser el receptor de varios desahogos. Éramos amigos por pensar igual, por defender pasiones similares; lo éramos desde antes, como en esa única carta, que me había emocionado por idéntica razón. Las cosas no podían fallar entre nosotros si en el pasado habíamos querido a las mismas personas.

"No hubo necesidad de juramentos, ritos o grabaciones incomprensibles, como había temido antes de verlo; sólo tuvimos que mostrar lo que el tiempo había hecho de ambos y de esas ideas originalmente compartidas. Hablamos de infinitos temas y nunca tuve que enfrentar mi escepticismo a su 'estado reli-

gioso'. Al fin y al cabo, el impulso religioso también estaba en mí, modificado pero igual de insatisfecho.

"A mitad de la noche, bebiendo un coñac que guardaba para ocasiones como aquélla, me preguntó si quería ver "el último deseo de Don Alfredo". Me llamó la atención la frase. Por supuesto asentí.

"Chema se puso de pie y abrió una gaveta que tenía en el centro de su biblioteca. Allí estaba el último pedido de mi viejo maestro; la condensación de su espíritu romántico. Sus ilusiones contenidas en objetos cuidadosamente dispuestos en una abigarrada naturaleza muerta. Símbolos para recordarlo que habían tenido particular importancia. Rosas, cajas que al abrirse contenían poemas y pedazos de cuero, antiguos retratos de familiares suyos; y también una hoja doblada dentro de una seda, con nuestros nombres. Me estremeció ver mi nombre en un papel escrito hacía tanto tiempo. Chema me explicó cada una de las instrucciones de una lista que recordaba de memoria. Quisiera poder hacer lo mismo y describirte los deseos de Alfredo y el significado de aquel diseño.

"Así culminó el día, más intenso imposible, y llegó el momento de despedirnos. Cuando estuvimos en la puerta de calle nos dimos un fuerte abrazo y recibió ahí el apretón que yo había guardado para Alfredo durante estos años. Cuando lo vi, antes de entrar al taxi, tuve una estimulante convicción: mis ideas y mi pasado han creado una raza de amigos que

tengo desperdigados por el planeta y por el tiempo, a los que siempre podré regresar sin condiciones. Chema lo corroboraba, de pie en la puerta de su edificio, observándome y sonriendo con astucia."

El amor de Gisella

Lo que es, lo veo en lontananza: lo que fue, se aparece ante mis ojos como una realidad.

Goethe

Ansioso por añadir nuevos elementos a la historia, Aix abrió el segundo sobre que Ana le había confiado, antes de terminar las cartas. En los siguientes 3 capítulos que conforman esta segunda parte, transcribimos sin alteraciones la crónica basada en las vivencias de David Basle en México. Su valor documental es dudoso, como el mismo David sugirió a Gisella en su correspondencia; alguno de los acontecimientos puede estar alterado arbitrariamente por él.

OCHO

Dav corría ahora imitando las epopeyas que gustaba dibujar en cómics inconclusos y los pasillos se achicaban ante la velocidad, cerrando un techo de pinos sobre el asfalto, llevándolo a los túneles de la Universidad. Trotaba sin camino entre los edificios, reconociendo el lugar. Conservaba el sueño de la noche anterior: belugas atrapadas en redes bajo el agua cristalina, sus fantasmales silbidos que cruzaban el fondo en busca de algún intérprete.

Sentía los sordos estallidos de la tormenta que entraba al valle.

Corría como si fuera a mudar la piel. El mundo seguía dividido en enemigos o hermanos, pero una conciencia más crítica complicaba el juicio.

Un recado en una hoja perdida en el cuaderno de geología: "basta ya de todos contra ti, de oponer tu orgullo a la eterna indiferencia".

Se detuvo frente a un bloque de edificios detrás del cual los jardines universitarios parecían recibir el gusto por la mañana, antes del chubasco. Cuando estuvo cargado de oxígeno y una sonrisa au-

tocomplaciente lo reanimó, pensó en acercarse a la muchacha que había conocido en la Facultad. Contarle los sueños con ballenas. Ella lo tomaría por loco o por uno de esos desinhibidos sin más alma dentro que el gozo de su arbitrariedad. La mujer que le gustaba lo tomaría por loco y jamás tendría oportunidad con ella de nuevo.

Entrar en el salón. Las sillas ocupadas por ningún amigo todavía. Rostros apenas repetidos en el inicio de clases, ocultos tras los apuntes, con la capa protectora a la que obliga la nueva arena. La calma académica se interrumpe con las primeras señales del conflicto.

El escándalo en el patio, durante el examen de álgebra. La mente sin ubicarse en la ciencia abstracta, poniéndose en guardia. Esas demandas, que por ahora son ajenas. Los rumores de asamblea; los gritos de Imanol, que todavía es un desconocido.

Es sólo el comienzo.

Aún se puede caminar por los jardines que han embalsamado el espíritu de estudio. Llegar a la biblioteca del Instituto de Ciencias del Mar, acompañado del primer contacto, un muchacho que se llama Carlos. Buscar con avidez libros de cetáceos e intentar una explicación al delirio que lo ha llevado allí.

Los primeros aprendizajes adquieren un orgulloso valor cuando Dav se reconoce solo en la

empresa; librado por primera vez a la propia responsabilidad. Descubre con frustración que el libro que ha soñado hacer ya existe. Es un compendio de cada especie de los cetáceos, identificada fotográficamente. Una biblia que describe los mares y las raras especies que los habitan. Incluso las más desconocidas tienen una imagen. Seres que viven sumergidos durante siglos, sin ofrecer una sola clave de sus costumbres. Mapas que alimentan la fantasía de viajes, recuerdan las cubiertas de los libros de Julio Verne, con fabulosos dibujos, primera puerta de la aventura. El delfín blanco del Indico —ese océano que siempre aparece soleado en la imaginación—; el oscuro y veloz *Steno* que Dav recuerda haber visto una tarde frente al Pacífico; el gigante *Grampus griseus* que sirve de guía a los marineros en Nueva Zelanda.

Este mundo es más amplio que el de la escuela previa a la Facultad de Ciencias, y más competitivo. Se lo hace saber dos meses después una muchacha de rostro estirado y labios finos: nunca logrará ingresar a la elite de biólogos dedicados a delfines y ballenas que han formado un núcleo exigente.

Hay muchos que aman su mismo universo, y todos, como él, pretenden ser los amantes más *sui generis*. Las ballenas son parte del ambiente académico sin quererlo, en carteles que adornan despachos inaccesibles. Parecen sólo un recurso natural con nombre científico, objetos de una investigación que prohíbe el menor lirismo en los protocolos de traba-

jo. No lo necesitan como antaño, cuando hacían el llamado nocturno. Se han resignado al peligro de la extinción, desconectando la señal de auxilio siempre insistente en la adolescencia de Dav. Tal vez han ahogado sus mensajes en estériles laboratorios de tierra firme, con profesores que no aciertan y esa propia desidia que lo aqueja a él.

Antes de cerrar los ojos puede que repita la llamada: descubrir los lánguidos reflejos en el agua, el sigilo de la bruma sobre las piedras. Y sea testigo del misterio aún vivo: la aleta caudal iniciando el sondeo.

Los gritos de las yubartas se acumulan en hileras de casetes. Comparen la penumbra con cuadernos de cuentos escritos de niño. La odisea de uno muy parecido a él, que llega al planeta donde habitan todas las hazañas, inventadas y leídas. Un personaje con quien vivir lo que la realidad fuera a negarle. Bajo el resplandor de su mesa de luz, ha dibujado incansables horas, a veces hasta el amanecer. Una historieta que le abre las puertas de esa Arcadia adolescente. Como el que escribe ahora, que al evocar esto elude las atmósferas de lo cotidiano y escapa, desde un viaje interior, a los espacios más abiertos y eróticos de lo posible.

Adela no era convencional; muy alta, usaba lentes y tenía el labio inferior notablemente más grueso.

Su nariz era respingada. Su cabello brillaba rojizo, lo llevaba corto; los ojos eran profundos; la piel muy blanca y el rostro redondo con algunas pecas. Era la novedad. Aprovechando que conocían amigos comunes ya había logrado intercambiar algunas palabras. Le atraía su forma de hablar, lo que escondía, su interés político y su liderazgo en el inminente alzamiento de los estudiantes. Adela era lo más atractivo en esos días. Las cosas se habían puesto de tal modo que sólo quería ir a la Universidad para encontrarla.

Carlos: Carlos cumplía el papel de introducirlo a los nuevos códigos. Vivaz, representante de una idiosincrasia que ya aprendía a reconocer. Nada se le escapaba; su perspicacia, escondida tras las bromas homosexuales, retenía lo escuchado y devolvía más tarde un consejo certero. Carlos estaba atrapado entre el sentido de responsabilidad y un rechazo a las normas autoritarias. Odiaba a esos profesores recelosos, mal preparados, que no vacilaban en perjudicarlo escolarmente al ver en sus intervenciones el primer indicio de rebeldía. Si alguno de estos maestros, tal como era costumbre en vísperas de la huelga, interrumpía su retórica para tantear entre los alumnos a posibles miembros del recién fundado FEI, Carlos no se protegía, desataba toda la seguridad de sus ideas. A la vez era un niño que se ofendía si demostrabas interés por otra persona; desaparecía sin avisarte, dejándote con todo el paquete del experimento que tenía que hacer contigo. Se ofendía y al día siguiente era

un rostro hosco que tardaba un buen rato en recuperar las ironías y la sonrisa.

Algunos diálogos tienen un carácter universal y escapan a la batalla del amor propio; sucede cuando los interlocutores identifican la fragilidad en los otros y en sí mismos. Y cuando esa puerta queda insinuada y el reflejo ilumina los dos rostros, la recompensa vale el daño que vendrá y los desagravios. Carlos significaba tal oferta para su actual desorden. Lo había sacado de aquel doble exilio para ofrecerle su camaradería. Desde ojos y pasado distinto, Carlos era uno de los pocos que llegaban a entenderlo.

Las noches eran lo más vivo de Dav. Leía o escribía cartas —sin saber que aquello sería su tarea preferida también en el futuro— a los que había dejado en otros países.

Al fin convenció a sus compañeros de abandonar el invernadero. La última claridad se perdía entre los tallos de un cultivo experimental, que había crecido con rapidez. Salieron a un atardecer inusualmente limpio y admiró las montañas que rodeaban la Universidad y el valle, donde la ciudad seguía creciendo. Carlos insistía en acabar el trabajo, pero estaban allí desde las ocho de la mañana y no habían comido. Las manos todavía guardaban la sensación de las raíces frágiles y transparentes, del contacto prolongado con la tinta de las hojas. Los primeros

conocimientos empíricos producían un sabor irregular en la mente.

El largo regreso a casa sería esta vez entretenido. Había bajado una inusual neblina. Todas las puertas estaban abiertas en la vida de Dav.

Lo abandonaron a unas cuadras de la parada y con las manos ateridas consiguió sacar del pantalón la moneda para el autobús. Subió al enorme vehículo y agradeció verlo casi vacío. Escogió uno de los asientos del fondo, pegado a la ventana y se acomodó con las manos entre los muslos.

Hay algo de placentero en observar estas calles, nunca propias, y los haces de los automóviles refractando las partículas y la llovizna. Juntó los pies y vio pasar las avenidas y los coches, uno tras otro desde la altura del autobús.

La velocidad permite activar el extraño deseo de demorar el arribo a casa, al cuarto ordenado y los cuadros de orcas y cachalotes. Es el suave dolor de posponer el encuentro con la guarida. En la desolación de las calles Dav encuentra un gusto original que recuerda haber fabricado antes. Cuando la tarde es aún fresca y los seres queridos nos rodean, hay un instante de reserva. Se puede advertir, al quedar apartado, el miedo ambiguo de perder el lugar dentro de la protección de la tropa. Se adora al mismo tiempo que se teme ese aislamiento, pero uno lo busca y el cordón con las certezas adelgaza hasta convertirse en un hilo; un último contacto que se puede romper si

uno corre a perderse. ¿Qué pasaría si me detengo, dejo que ellos avancen y corro por aquel camino?

Una vez en un balneario, las familias volviendo a casa, permitiendo que el barullo que han fabricado durante la mañana se aleje persiguiendo al sol. Papá, Mamá y Esteban ya van hacia el auto, y él aún se está poniendo la ropa en un banco dentro del vestuario público. Observa el polvo en los bordes de la pared o del lavabo, restos y desperdicios de otros, ajenos a él o a los objetos domésticos. Marcas irrepetibles del azar que quizás significan algo. La indiferente construcción de cemento a la que no regresará, invitándolo con apatía a quedarse allí. Es inconcebible que lo abandonen pero manejar la idea le pone la piel de gallina, es incluso estimulante. En alguna época de su vida la misma sensación lo aterraba. El peligro de quedar solo lo visitó en pesadillas y días de otro país que no es el suyo. Mamá ha salido y conoce a la gente de la casa hace sólo una semana, y pregunta a la muchacha que hace la limpieza: ¿Tú crees que Mamá pueda tardar mucho más? O esa vez que acompaña a la misma empleada a comprar algo y un niño pálido lo incita con amenazas veladas a que se pierda con él por las calles del barrio. Y entonces Dav se abraza a la ancha cintura de la mujer, sabiendo que Mamá está dentro de la casa y no puede gritarle, ni avisarle lo que está sucediendo. Le da pánico desaparecer con el desconocido, quizás para siempre, quizás a otra vida. La mucama le dice que acepte la invitación, que vaya a jugar e intenta sepa-

rarlo del abrazo que la incomoda. El se aferra aún más porque sabe que el otro es más fuerte y que si suelta esa última ancla las calles lo devorarán.

Papá está de viaje. Pero ese vacío se vuelve euforia cuando Papá es reencontrado en el aeropuerto de alguna ciudad, abriendo las valijas en medio del pasillo para sacar los regalos. El temor del abandono ha cambiado, tal como lo nota por primera vez en esa tarde del balneario. La sensación ahora se ha modificado en un juego placentero. Cuando ha pensado esto, regresa al coche con sus padres y advierte su imagen sobre los jardines desolados. El peligro de ser alguien distinto, condición a la que lo forzaría el extraviarse, es el mismo sistema de reafirmación que representa el espejo. En realidad estoy aquí, alterando cosas... en realidad estoy aquí.

Una señora entra en el autobús rompiendo la membrana de la evocación, y Dav se fija si quedan asientos vacíos o si debe cederle el suyo. Por fortuna ya es hora de bajar. Toca el timbre y aún con el transporte en marcha da un salto a la vereda.

Alza la vista y se encuentra con un cuerno luminoso encima de los edificios envejecidos del barrio donde vive.

Así como el mar, la luna es distinta en cada sitio. El contexto puede ser triste y la luna parece ocre y su luz miel desarma sentidos. Aunque, casi siempre, ha utilizado la luna contra el desasosiego. La visión de la luna combatía el temor de fracaso. Ante

los planes vitales demasiado ambiciosos la luna era una balanza. La luna como firma del instante: lunas llenas desde el avión que viaja en dirección contraria a Pablo y Silvana; lunas en la costa del Pacífico donde por primera vez encuentra a las yubartas; lunas de los que no están; lunas distintas en lugares ajenos, que comprueban la distancia y el karma de vivir mirando el gran puente del cielo; lunas en cuerno en el techo de una ciudad que empieza a digerirlo, acompañando el retorno de la Universidad.

Carlos le comentó hace unos días que esas dos estrellas nuevas que se distinguen junto a la luna y que se han ido separando pausadamente, son Marte y Júpiter. Júpiter es la más brillante y Marte la de tono rojizo. Recuerda que en Marte, hoy todavía imposible y lejano, hay unas pirámides de las que no se habla mucho. Los escritores más queridos de Dav buscan sus deseos en ese planeta de la herrumbre.

Dobla la esquina mal iluminada y prepara las llaves. Papá está en casa, allí está el coche. Abre la puerta. Ve la chimenea encendida. Saluda a Mamá como un rayo mientras inspecciona si van a cenar algo rico y aprovecha para robar un poco de jamón que ya está listo sobre la mesa. Mamá pregunta qué tal estuvo la jornada. La respuesta es que estuvo muy dura, y Adela entra en su visión, y ya desea el día siguiente.

NUEVE

Aquella temporada entera antes de México. Casi en canciones. Pablo afirmando que es escritor, una vez, a punto de trepar al autobús de la escuela. Conservas la niebla que aguarda en el otro lado del álbum; el tiempo sigue viviendo a pesar de ti; corre aún el instante de esa foto donde la brisa te da en la cara y muestras una sonrisa orgullosa. Aunque estás atrapado en hoy, aquel tú siente ahora mismo esos nueve años cerca del mar, bajo las murallas solares del Mediterráneo.

Esa noche había llovido, sentía un frío penetrante y parecía lo mejor recostarse a leer. Pero algo se lo impedía como si leer fuera una escapatoria. De pie, durante pacientes minutos, observaba los estantes empotrados en la pared. Allí latían las horas de escritura, inútiles casi siempre, y que en aquel momento no encontraban el interlocutor para el que habían nacido. A veces había imaginado que, sin avisar a nadie, tomaba la decisión de sacar los libros y carpetas de los armarios, los cargaba en un bolso y marchaba al encuentro de las ballenas. Aunque llevar la imagen a sus

últimas consecuencias era doloroso, podía ser la mejor salida ante la cercanía de la muerte. Bien abrigado, recorriendo las carreteras y llegando al lugar donde los hombres tienen su último reducto. Tras un camino entre los cerrados pinos encontraría el mar, el sitio que las ballenas han hecho suyo. Las vería aparecer frente a la costa, rompiendo a veces el silencio con un salto y deshaciendo el espejo cristalino. Como si lo natural escondiera un último perdón en su propia belleza.

En tierra quedaba sin embargo la locura de la música. La silueta de las chicas vestidas especialmente para seducirte, bailando con saña como si fueran a consumirse esa noche.

En tierra estaba por pasar algo. Quedaba la oportunidad de entrar al torrente colectivo. La codicia de confiar en la omnipotencia, que es todavía demasiado joven para abandonarte.

Debía posponer aquel viaje para una vejez remota, para la despedida.

Porque no había muerto del todo el deseo de fiesta y cofradía. Pensaba que era factible formar un grupo de amigos, sin celos o sólo competidores. Presentaba a los compañeros de universidad con los del viejo colegio, procurando que los primeros entraran en el ambiente del taller literario y los segundos conocieran las ideas de los estudiantes.

Pero solía fracasar, y entonces se resguardaba en la idea indemne de Pablo y Silvana, perpetuamente cercanos gracias a la distancia.

Atravesó el estacionamiento hacia las tiendas, inquieto por la posibilidad de encontrar a Adela.

El sol pegaba en el patio central de la Facultad de Ciencias. Estudió los rostros buscando el que le interesaba. Estaba sentada en el pasto, junto a Celina, amiga un par de años mayor que él, también bióloga y a quien conocía desde la escuela. Había otras muchachas en el grupo, dificultándole aún más el acceso.

Analizó a Adela mientras se acercaba: era esbelta, altiva. Llevaba unos aretes circulares y una camisa negra. Recordaba aún la primera imagen, cuando los habían presentado al encontrarse de sopetón tras el recodo de una escalera.

Celina lo vio, titubeante, pasando muy cerca y haciéndose el que no las reconocía. Lo llamó y lo invitó a sentarse con ellas.

Dav aceptó, adorando a su amiga por el gesto. Se acomodó a su lado entablando una breve conversación con ella antes de integrarse. Adela hablaba de la próxima huelga. Tenía maneras de adulta. No era frecuente verla sonreír. Lo fascinaba su gracia para contar las cosas, la forma en que se expresaba. Lo había saludado con espontaneidad, guardando distancia sin mostrarse descortés.

Mucho antes de lo que Dav hubiera querido, llegó la hora de clase y se pusieron de pie. Adela mar-

chó confirmando su esencia de cometa y sin que Dav pudiera hablarle.

Antes de despedirse, Celina le presentó a sus otras amigas y una de ellas llamó su atención. Era callada y tenía mucho encanto. Pensó que, de no ser por Adela, hubiera intentado conocerla. Pero no permitió que su obsesión la eliminara del todo, y como si el destino hubiera respondido a su cuidado, le devolvió una grata coincidencia.

Aquella tarde cuando iba rumbo a la estación del metro, volvió a verla y caminaron un rato juntos. Recordó que la chica lo había estado buscando con la mirada durante el encuentro de la mañana.

Carlos lo agarró del codo:

—Ven, vamos a la asamblea —y lo condujo a la multitud que caminaba hacia el auditorio de la Facultad.

Allí comprendió las cosas por primera vez. La magnitud de lo que estaba en juego. Escuchó los debates y sintió que debía participar.

El ala radical estaba liderada por antiguos militantes de organizaciones estudiantiles, que ya conocían la represión; la moderada era conducida por estudiantes más jóvenes pero con talento político. Las adhesiones a la asamblea del FEI le dieron una noción más real del movimiento: trabajadores de empresas estatales en conflicto con el gobierno pro-

ponían una unión con los estudiantes. También llegaban cartas de la guerrilla del sur del país, y de diversas organizaciones civiles. Los que buscaban una lucha pacífica advertían del peligro de engordar aquel vaivén de bronca, sustentados en el análisis del pasado y ya advertidos del cinismo del adversario. Los duros se negaban a desaprovechar lo que consideraban una oportunidad histórica. Proponían arriesgarse hasta las últimas consecuencias y conformar un frente; sus objetivos se ensanchaban y confundían. Aunque sus ideas fueran justas sobrestimaban las fuerzas, como más tarde se comprobaría, y complicaban la unidad. Sin embargo Carlos estaba con ellos y desde allí entró Dav al movimiento.

De golpe la asamblea fue interrumpida por un muchacho que anunció afónicamente la toma de la Rectoría. Estalló un grito de victoria que estremeció a Dav. Como si ahora fueran parte de un organismo mayor cuyas sacudidas nadie controlaba del todo.

La conciencia realiza sus promesas en los lugares menos esperados, pensó Dav. Acababa de salir del auditorio y una lluvia fina le abría el pensamiento. Entendió que años después, lo único que valdría la pena sería escribir y regresar a esa historia inesperada y en movimiento que ahora cumplía

Para él la misma ciudad, indiferente en apariencia, había cambiado. Y, sin darse cuenta, su nueva identidad iba guerreando contra los ojos de los transeúntes comunes, exigiendo atención.

La vocación que lo había llevado a la Universidad se diluía ahora hacia las horas del sueño.

Los estudiantes se habían agazapado y los caminos entre las facultades estaban vacíos y en silencio. Sólo trece días serían una época. En esos trece días comprendería la agresividad de Carlos y aprendería a quererlo.

Primero sintió que una parte de la calle sonaba demasiado alto. Al asomarse comprendió que estaban disparando detrás del Anexo de Ingeniería. La concentración en su escuela se dispersó de inmediato. Unos corrieron hacia adentro dejando las pancartas previstas para la manifestación. Otros se desahogaron a los gritos con las hipótesis sobre razones y consecuencias de aquella repentina locura. Mientras veía las cenizas de incomprensible origen que ascendían lentamente tras los edificios, Carlos comentó en su oído:

—Esto significa el paso definitivo a la clandestinidad.

Había bastante ambigüedad en aquella frase y sintió una caprichosa emoción detrás del miedo.

Pronto descubrió un grupo de estudiantes que cargaban a dos compañeros y los llevaban hacia el edificio de Matemáticas. Uno tenía sangre en la cara. La violencia le cayó encima sin que pudiera protegerse. Uno de los socorristas, rostro conocido de las asambleas, explicó agitado a la multitud que se abalanzó a ayudarlos:

—Cálmense, no pasa nada, es sólo una provocación de los "leones". Ya hicimos la denuncia a las autoridades, los muchachos están bien.

Uno había tropezado al huir de los disparos haciéndose una herida en la ceja, el otro había recibido un rozón de bala en el muslo y a través del pantalón roto sangraba levemente.

A punto ya de oscurecer, un delegado de la rectoría se acercó a las barricadas que la huelga había montado en Ciencias. Pudieron escuchar cómo explicó a Imanol —para entonces el principal líder de la Facultad—, que ellos no habían tenido nada que ver con el incidente y que hacían lo posible por controlar a los grupos agresivos. Aprovechó para solicitar muy diplomáticamente que se levantara la huelga. Imanol contestó que con gusto si ellos levantaban antes las medidas que habían desencadenado el conflicto. Estalló un aplauso generalizado y varios gritos que obligaron al delegado a retirarse. Ya no podían separarse y se agarraban a esa cuerda común, pensando algunos que era para siempre. Otros presentían el desenlace que se los llevaría de vuelta al rincón. Y a Dav —aunque con varios cambios dentro— a sus pasiones originales.

Adela le sonrió al pasar por el invernadero y se detuvo. Se acercó a él desatando sus encantos.

—Ya sabes que no puedes trabajar aquí —le dijo.

—Si no peso estas raíces hoy, el trabajo de todo el semestre será inútil.

—Lo sé, pero no se pueden hacer excepciones, a mucha gente le está ocurriendo lo mismo.

—¿Qué va a pasar? —preguntó él cambiando de tema.

—¿Con el movimiento? Vamos a ganar, vamos a conseguir la derogación y el congreso, somos una mayoría aplastante.

—¿Y los heridos, hoy?

—Creo que no hay que preocuparse, de todas maneras ese tipo de problemas van a existir y hay que andar con cuidado.

—Me respondes como si fuera un periodista.

Adela rió y dio media vuelta hacia la puerta.

—Adela.

—¿Sí?

—Me quedan cinco minutos nada más, ¿me delatarás?

—No —respondió ella saliendo.

Dav se sorprendió al verla regresar inesperadamente.

—Oye —le preguntó ella—, tú eres el amigo de Celina, ¿verdad?

—Sí.

—Me han dicho cosas de ti.

Dav recibió con placer aquel colapso en su estómago.

—Qué cosas.

—Cosas que sientes y que piensas —y levantando las cejas volvió a dejarlo solo.

Aunque aquella vez logró sentirla cerca y pudo alimentar sus pretensiones, algo distinto parecía diseñado para él. Adela quedó para siempre como un retrato inconcluso de aquella época.

Carlos le narraba una insólita historia de su niñez en Guatemala, cuando balearon su casa y persiguieron a su padre por supuestos contactos con la guerrilla. Tenía el pelo largo ya, y los lentes redondos parecían agrandar su nariz, siempre roja por el frío o el alcohol de aquellas fechas. Parecía un bolchevique. Los levantó la voz de un amigo avisando que Imanol buscaba gente para algo. Al ir pasando por los numerosos grupos de estudiantes estuvo a punto de preguntarle a Carlos si era perceptible su desolación, si era evidente que extrañaba su casa, si se notaba hosco con alguno de ellos. Los veía echados en el suelo de los pasillos, esperando a que se les asignara alguna tarea o discutiendo los eventuales giros de la situación, y se sentía ajeno, como si hubiera retrocedido en la comprensión de la gente. Detrás del orgullo y la camaradería, Dav notaba una atmósfera opresiva. Al fondo, alguno de los coches particulares de muchachos del FEI traía nuevas víctimas de los ataques físicos contra la huelga. La amenaza era la otra razón que los acercaba: las acciones traerían consecuencias iguales para cada

uno. Sin vuelta atrás, habían potenciado los instintos de solidaridad. Claro que también quiso salir de esa ciudad universitaria a oscuras, empapada por la lluvia, donde aguardaban sin mayores defensas que sus convicciones. Cambiaba mentalmente al mediodía de esa isla que había imaginado, frente a la que anclaría un barco, y se arrojaría al agua transparente para imitar la libertad de los delfines.

Seguía a Carlos como si nada estuviera sucediendo, pero al subir las escaleras y entrar en una oficina con luz de neón, lo hicieron despertar.

—¿Tú eres extranjero?

—¿Por qué corremos?

Carlos no contestó.

Era de noche pero la Universidad mantenía el ámbar de algunas farolas encendidas. Dav también necesitaba correr. Carlos iba adelante con su cabellera negra que ondeaba como una bandera. Dav, por superstición, ponía sus zancadas en los mismos sitios que segundos antes había pisado su compañero. Especialmente los charcos de agua. Separaban con las manos las plantas y volaban por corredores desiertos.

Cuánto misterio queda en estos lugares mientras paso por las puertas y veo los pizarrones tapizados de carteles, señales congeladas de la vida que dejamos atrás, como si nuestra carrera fuera el tiem-

po. Cuántas anécdotas y encuentros suspendidos en estos lugares en blanco.

La noche de la huelga dejaba sombríos sectores que durante el día se protegían con el ruido de los mítines. Escaleras, frontones, patios, atravesados por Dav y Carlos con temor de interrumpir su quietud diabólica.

Entre Ciencias y Filosofía habría unos tres kilómetros. El final del recorrido sería la explanada, tal vez el tramo más peligroso. El camino de los automóviles no era el más recomendable para ir en grupos chicos. Y esa era la razón por la que Carlos y Dav debían llevar los documentos a través del laberinto.

Dav había decidido nombrar aquella sensación *la sustancia*. Un repentino pico de conciencia que se perdía en segundos y enrojecía la mirada. La sustancia casi nunca anticipaba su aparición. Era el reconocimiento de lo externo como algo propio. Quizás la sustancia era una epifanía que derrotaba al tiempo; una recompensa, como el imán del primer amor; una visita al corazón del mundo. En varias ocasiones los había sorprendido juntos a él y Pablo, amigo que había dejado años atrás, y ésa era, seguramente, la causa de su comunión. Llegó una vez frente al Pacífico, con la caída del sol. Caminaba solo, alejado del grupo con el que había hecho el viaje. No reconocía ningún cansancio, incluso no percibía la fricción de la arena mientras se

internaba con excitación en aquel túnel, dando la espalda al último horizonte. Olía la sustancia en el viento salado, donde terminaban de disolverse las olas. Y a oscuras, entró en el mar.

La sustancia sólo empujaba. Estando en ella crecía el deseo de viajar.

En Dav, los mosaicos vivos de lugares y situaciones que había capturado eran más numerosos a causa de una infancia viajera, donde conoció varios países. Tenía incontables anécdotas que llamar de nuevo y añoraba el retorno a los sellos que había repartido por tantos sitios.

De aquel núcleo de cuatro, sólo él quedaba ahora en México.

Leía en la escalera que bajaba al estacionamiento, punto central de reunión de los biólogos. Apareció Carlos. Iba acompañado por una chica de pelo claro. Dav ya la conocía; la había visto en aquella ocasión junto a Adela y Celina y desde entonces se la encontraba rara vez. Disfrutó el inicial intercambio de miradas.

Fueron a comer juntos.

Con disimulo, mientras las palabras se ocupaban de asuntos prácticos, los ojos volvieron a encontrarse en un descuido que fue convirtiéndose en juego.

Gisella los invitó a un concierto en el Centro Cultural, espacio donde la huelga había decidido

no interferir. Aceptaron y emprendieron una larga caminata.

Hablaban con pasión, con incipiente cariño. Dav descubrió pronto la inteligencia de Gisella. Sufría por ser él mismo, no perder la espontaneidad. Pero no desaprovechaba ocasión para mencionar los datos que definían su identidad, temeroso de que aquella tarde no fuera a repetirse. Sin embargo la franqueza de la conversación logró salvarlo.

Entraron a la gran sala y Carlos se sentó entre ambos. La orquesta comenzó a afinar y Dav cayó en otra dimensión.

Dio inicio el concierto. Se trataba de la Séptima Sinfonía de Beethoven.

Sentía que tocaban para él.

La música iba derribando barreras y defensas como una droga, sin darle opción de escapar, algo que no deseaba, desde luego.

La música, comprendió con deleite, era la descripción de la *sustancia*.

Devoró a Gisella con la vista, condenado por su encanto. Al espiarla sintió que era dueño de una especial fortuna. El hecho sencillo de que coincidieran ahí. El interior que no dejaría ver, quizás nunca, a menos que lograra besarla. Se preguntó en qué consistiría la sutil tristeza de ella.

¿Te imaginas? Los bordes de un río antiguo, custodiados por árboles y edificios igualmente viejos. Ser en los parques de la ribera horas y miradas, y

comprar un cuaderno y escribir nuestro diario. Convocar la fragilidad mientras cambian las ciudades, y la tarde obliga a encontrar refugio. Y de noche poder releer y corregir, o simplemente callar viéndose a los ojos. Brindar en algún puerto porque el mundo tiene una historia, y aunque sea fugazmente, hemos caminado por ella, capaces de vivir bajo la guía de algunas ilusiones. Allí está la tierra, y uno estúpidamente la divide en lunes y domingos, en *am* y *pm*, en siembra y cosecha. ¿Por qué no vivirla? Imaginar cómo son los silencios del otro. En realidad, no son silencios porque el alma es ruidosa, pero no siempre usa palabras. Eso deben ser los besos, ¿no?: las palabras del alma. Las más primitivas y sinceras palabras. Un beso no puede prestarse a doble interpretación. Los hay de diferentes significados pero nunca mienten. Tú sabes lo que el otro te dice cuando da un beso.

Con la misteriosa melodía del segundo movimiento las miradas volvieron a chocar. Ambos sonrieron, sin poder evitar el rubor que les producía la confesión silenciosa.

Horas después, caminando hacia la asamblea, le contó a Carlos algo de lo que había empezado a ocurrirle al dejar su país, a los doce años. Las primeras fiestas y salidas, poniéndose elegantes cuando todo el día vestían el barro de las plazas. Y hablando, se dio cuenta

que Gisella había traído un destello de esos días, como si tuviera algo que ver.

DIEZ

Todo había comenzado cuando aún era de día y subían a un auto con otros compañeros de la Facultad de Ciencias.

Los leones estaban peor que nunca; provocaban riñas en varias escuelas y un muchacho del FEI había muerto de un balazo. La noticia polarizó la situación de forma definitiva y fue el punto de partida de aquella guerra que duraría dos semanas.

Gisella y él, junto con otros cuatro estudiantes, tenían que salir de la Ciudad Universitaria. Llevaban a un tribunal los negativos de las fotografías de los heridos, que ilustraban las denuncias previamente faxeadas a todos los periódicos del D.F.

Iban apretados en el pequeño vehículo cuando se encontraron con una viga que obstruía el camino. Algunas habían sido colocadas por ellos mismos al iniciar la huelga, pero otras eran, como ya se había comprobado, trampas de los leones. Todos presintieron la emboscada. Sin que pudieran hacer algo estuvieron en un instante rodeados de autos. Pertenecían a la seguridad interna de la Universidad. A pesar del

alivio al descubrir que no eran los enemigos más temibles, entendieron rápido que la situación iba a ser difícil. Los bajaron del auto a los gritos. Les exigieron que enseñaran sus identificaciones y se las arrebataron. Cualquier protesta fue desoída. Dav intentó convencerlos de que eran estudiantes de biología que regresaban de un experimento en el invernadero.

—El FEI no deja trabajar a nadie estos días. ¡A quién crees que engañas!

El primer síntoma alarmante fue cuando los separaron y empujaron por parejas al interior de las pequeñas patrullas. Ya divididos la defensa se hacía más complicada. Dav sintió algo de asfixia mientras intentaba calcular a toda velocidad cuál era la estrategia más conveniente. Pensó que podía recurrir a un viejo amigo de su padre vinculado al gobierno pero eso si en algún momento tenía acceso a un teléfono. Vio cómo se llevaban a Gisella en el primer vehículo. Intentó tranquilizarse: no cometerían una agresión que diera armas al FEI ante a la opinión pública. Todas las patrullas se separaron y tomaron caminos diferentes. Cruzó una mirada silenciosa con el compañero sentado a su lado, cuyos ojos en guardia parecían confirmar una siniestra sospecha.

Pero la patrulla no se dirigió hacia rumbos desconocidos sino que avanzó hacia la salida de los jardines universitarios, hasta el pequeño edificio de seguridad.

Los hicieron entrar en el sórdido cuartel y volvieron a estar los seis reunidos. Había unos muchachos de clase humilde puestos de cara a la pared en posición de penitencia. Eran muy jóvenes, seguramente alumnos de alguna escuela secundaria de la propia Universidad. Más tarde, por el diálogo que sostuvo uno de los policías con ellos, pudieron deducir que habían sido sorprendidos en una operación de apoyo al FEI en su plantel, y por tanto aquella detención era ilegal.

Fueron pasando con el superior. Hizo preguntas absurdas mientras los observaba detenidamente y apuntaba incomprensibles garabatos en una libreta. Dav alcanzó a ver listas de estudiantes donde algunos nombres estaban marcados con rojo y la letra F. Los registraron y les quitaron los negativos. Gisella protestó y dijo que había muchas más fotos. Obtuvo una siniestra sonrisa como respuesta. Les devolvieron sus credenciales y sin explicarles nada los dejaron ir. El superior comentó riendo que ojalá encontraran el auto al regreso. Uno de los estudiantes amenazó con denunciarlos y recordó que estaban para servir a la comunidad universitaria y no para amedrentarla. Todos lo secundaron acaloradamente, tal vez porque habían recuperado el coraje al estar juntos de nuevo y suponían que no podían hacerles nada. Tal vez porque las calles de la otra ciudad, la que no vivía en el conflicto, estaban demasiado cerca del cuartel,

señalando el camino a casa, conservando todavía cierta cordura.

Sin embargo, en vez de cruzar la reja amarilla y salir a la avenida y sus señales cotidianas, volvieron a internarse en los senderos de la ciudad en guerra.

Al salir de las oficinas, Dav vio cómo Gisella se acercaba a uno de los chicos frente a la pared para pedirle su nombre y tranquilizarlo, prometiéndole que arreglarían su situación.

A la mitad del camino hacia el coche, uno de ellos logró interpretar demasiado tarde algo que había escuchado. Al salir del cuartel dos oficiales se comunicaban por radio desde una patrulla. Las palabras que había oído casualmente y que entonces le sonaron indescifrables cobraron de pronto significado cuando las repitió en voz alta: "Abran jaulas, 6 *efes* entre I y O". Los *efes* eran ellos. Quizás la amenaza de denunciar a los guardias no había sido la mejor idea.

¿Qué hacer? Dejar el auto era una irresponsabilidad, pero regresar allí, si la interpretación de lo escuchado era correcta, parecía suicida. La otra alternativa era correr hacia Filosofía y Letras, la Facultad aliada más cercana.

Oscurecía.

Uno de los muchachos dio unas apuradas explicaciones y salió disparado hacia las afueras de la Universidad. A Dav le costó distinguir si era su paranoia o ciertamente aquellos dos guardias habían comenzado a seguirlo entre los árboles. Comprendió

que estaban por convertirse en otra tétrica anécdota de la represión.

Decidieron caminar hacia el vehículo abandonado. Dav estaba seguro, mientras se movían con cautela, que si intentaban la fuga como su compañero, los policías internos no perdonarían por segunda vez. La gente del FEI había comenzado a poblar las cárceles.

A mitad de camino otro de los compañeros se detuvo e intentó convencerlos de salir. Dav enfurecido explicó sus razones para regresar. El grupo volvió a dividirse a pesar de los gritos de Dav.

Quedaron él, Gisella y Francisco, el dueño del auto.

Dav liberaba la tensión con gritos de reprimenda a las siluetas que corrían hacia las afueras. Sentía que facilitaban la maniobra a los leones.

Por supuesto, nunca llegaron al coche. Varios metros antes vieron a tres tipos de mal aspecto. Entonces, sin decirse nada, iniciaron un trote hacia Filosofía y Letras.

Al poco tiempo Gisella comenzó a rezagarse. Dav había decidido no separarse de ella por ninguna razón. Aconsejó a Francisco adelantarse, éste negó con la cabeza y aminoró el paso.

Antes de llegar al descampado, cruzando la desierta Facultad de Ingeniería, se les hizo de noche. En el momento en que habían bajado el ritmo, escucharon gritos a sus espaldas. Alguien los llamaba.

Dav se dio vuelta. Era un solo muchacho: el típico lumpen contratado por las autoridades para probar el coraje de los estudiantes.

Se acercó preguntando si eran universitarios y por qué habían suspendido las clases. Hablaba rápido y con nerviosismo. Llamaba a los gritos a otros que por fortuna no parecían escucharlo. Era un tipo macizo y de rostro torvo. Sus preguntas aprendidas parecían los preliminares reglamentarios de la pelea. Dav intentó absurdamente un diálogo. Quiso convencerlo de que estaba del lado equivocado. Olía el peligro y todavía guardaba una ranura de conciencia como para advertir que pudiera estar armado.

El tipo sacó una navaja pequeña. Dav retrocedió dándole la cara al pandillero y poniéndose delante de Gisella. Había pensado que finalmente podían enfrentarlo, eran tres a uno ¿pero ahora?

Entonces el instinto propuso una estrategia inesperada. Francisco le ordenó al agresor que dejara la navaja en el suelo. Fuera de sí se le acercó, amenazándolo con toda serie de barbaridades si no se iba de allí. Dav lo secundó de inmediato. El reflejo defensivo dio resultado, el otro empezó a retroceder, desconcertado por semejante reacción. Puso la navaja en el suelo.

Francisco la levantó y se la guardó en el bolsillo. Imaginaba en su rostro una expresión nunca ensayada. Después, mientras el provocador se quedaba

en lo alto de la escalinata, regresaron a la carrera. Al final de los pasillos escucharon insultos y bravatas. Debían llegar a Filosofía antes de toparse con el grupo al que seguramente pertenecía aquel sujeto.

Al salir al descampado Dav y Gisella estaban bastante atrás de Francisco, que había decidido por fin adelantarse para llamar a gente del FEI y regresar por ellos. Lo vieron desaparecer.

Al poco tiempo les cortaron el camino. Un corro de leones, bastante osados dada la cercanía de la Facultad de Filosofía, impedía el paso hacia el refugio.

La Ciudad Universitaria estaba infestada de enemigos, como si se hubiera declarado abiertamente la guerra.

Volver atrás era demasiado arriesgado. Aún no los detectaban, pero debían cambiar el rumbo.

Qué rápido habían cambiado las cosas aquel día. Dav se preguntó cómo habían llegado a tal situación, cómo habían sido tan estúpidos para separarse y perder el control. Ahora debían pensar con mentalidad de presa.

Casi podían escuchar a los leones, diferentes a ellos, adiestrados para el choque. Lo que atenuaba su angustia, sin embargo, era la presencia de Gisella, haber quedado a solas con ella. Dentro del peligro, Dav sentía un extraño regocijo.

Decidieron buscar refugio en Odontología, que estaba entre Filosofía y Química, otro centro del

FEI. Sólo debían esperar a que pasaran los leones, y luego salir, ya recobrado el aire, hacia alguno de aquellos dos puntos.

Avanzaron vigilando el movimiento de las siluetas en la penumbra.

Al llegar a Odontología, buscaron entre árboles y galerías un lugar donde ocultarse. Entonces Gisella advirtió que la puerta principal estaba sin llave. No parecía haber nadie en el edificio.

Entraron.

Buscaron algún salón abierto pero no tuvieron suerte en el primer piso. Subieron las escaleras, Dav adelante.

Por fin en el tercer piso encontraron una puerta entornada.

Era un laboratorio. Las mesas y bancas conservaban el desorden del último día de clases.

A pesar de la puerta principal abierta, aquel era el único refugio por el momento.

La ventana no podía tener mejor ubicación: daba a un sector del descampado y se distinguía la parte trasera de Filosofía.

Se quedaron un rato frente al vidrio, observando la luz y la acción del gran cuartel. Aunque estaban muy lejos para ver gente, intuían el movimiento del hormiguero y envidiaban su seguridad. En medio, las sombras de los edificios enmudecidos, un laberinto de ecos donde te podías topar con las navajas de los leones.

Animados por el escondite, por el descanso obligado, Gisella y Dav empezaron a contarse sus vidas.

¿Cómo dejarás de buscar esa fórmula total justo ahora, si te tocó perder siempre, sobre todo perder y dejar atrás lo que vas conociendo, haciendo tuyo, y a los que van siendo tuyos? Ese sino de continuar los cariños por carta, de volver por carta a ti mismo —incluso a este presente, sin que lo sepas mientras hablas—. La coraza que te estorba. La libertad en los cuadros del mar que cubren tu habitación. No hay ojos ahora, jueces ni complejos, y convocas tu primer alma, tu licor preferido. Un esqueleto de cristal que brilla aún bajo la piel de adulto. Y por suerte ahora te entenderán; porque ese instante, al nacer del peligro, elude cualquier retórica. Podrás volver a sentir el peso de las viejas palabras, y la pasión que escondían. Siempre has procurado lo mismo, tiene diferentes sonidos a lo largo de las enseñanzas fortuitas, parece perdido después de tanto cambio, y ahora se abre de nuevo, como una reconciliación; la vieja luz cálida que los niños conocieron, por la que ha valido la pena soportar cualquier agravio.

Gisella fue apoyando su cabeza en el hombro de Dav. También había hablado, como si la catarsis fuera a protegerlos en vez de descubrirlos.

La pared donde se habían recargado perdió su dureza. En la penumbra interrumpida apenas por los lejanos faroles, se fueron olvidando de afuera —tal vez ese era el primer incentivo— y comenzaron a acariciarse, sin conocerse, en una lucha entre los nervios y el deseo.

Al fin, muy despacio, se besaron.

Dav se puso de pie y cerró la puerta del aula, colocó dos bancas enfrente y regresó.

Antes de abrazarla otra vez la observó. Era casi imposible que ella existiera. Que lo hubiera entendido y aquello la acercara en vez de alejarla. Su mirada, como si fuera antigua, le devolvía una clave tanto tiempo esperada. Qué bella era. Cuánta dulzura había en sus labios, en sus ojos felinos. En aquella exótica intimidad, Gisella había dejado de ser un ensueño al que no quería conmover.

¿Podrás recordar por mí, ahora que estaremos separados, el puente de las toninas, la obsesión del cielo sumergido? ¿Podrás contener la cara descompuesta de Carlos después de la batalla campal en la explanada, cuando mostró sin querer el origen de ese dolor que vuelca a los que quiere y lo tortura más que las heridas en la espalda? Con qué ánimo seguiremos este ca-

mino desde la lejanía, cuánto durará. No perderé el odio por el guardia que sin vernos a la cara nos dijo, casi amablemente:

—La huelga de ustedes ya se acabó; ya consiguieron el Congreso. Los culpables pagarán por este desorden. Ahora todos tranquilos y lo más seguro es que en unas horas vuelvan a casa.

La Universidad será un rayo donde se mezclen los aromas de un inacabado experimento: el misterio antes de la primera clase; el sol que me hará tan de aquí como cualquiera, y que a la vez será la causa de mi partida.

Me quedarán los minutos más extremos: cuando vi la turbia estampa de Saturno desde la terraza de Biología, aguantando el viento a cambio de ese espejo auténtico y revelador que me alcanzaba el telescopio. El paseo con Carlos descubriendo ideas que provocaban a lo imposible, buscando toda la información sobre la conciencia en los mares que hubiera en la biblioteca. El amor de Gisella, el torrente del FEI, los caminos entre los árboles en vez de las rutas usuales de asfalto, el frío del laboratorio de química cuando han terminado las clases.

FIN

Los tiempos paralelos

Heredará mi sombra y será suyo
el dulce afán que mueve aquí mi mano...

Carlos Mastronardi

ONCE

Emmil llegó a casa de Aix. Eran las cuatro p.m. de un domingo diez de agosto. Como tenía permiso de clave, Cinco lo dejo pasar, saludándolo cortésmente, a pesar de la ausencia del dueño de casa.

—Todo abierto para ti, Emmil —dijo la terminal de la planta baja, tal como Aix la había instruido para la ocasión.

—Cinco, prepárate —pensó en voz alta y cargado de exaltación el mejor amigo de Aix—, vamos a darle una sorpresa a tu compañero de estudios —susurró—, tenemos mucho que trabajar.

Emmil conectó la terminal vocal de la analizadora.

—Abrir el espacio-tema "taquiones" —pidió.

—Espere por favor. Listo.

—Seleccionar los códigos para "digital-2".

—Espere por favor. Listo. Entrada "C".

Cinco abrió una de sus bocas de cristal.

—De acuerdo, Cinco. La orden es para memoria privada. Prohibida la retransmisión (aunque eso

lo hallarás en la misma placa), y anula el programa de intercambio.

Cinco demoró unos segundos y respondió:

—Este espacio-tema ya tiene la cerradura.

—¡Bien! —exclamó Emmil—, estás por recibir el torrente de bits más importante de la historia.

El programa de naturalidad de Cinco no distinguía ironías o sutilezas, aunque en este caso Emmil decía una verdad bastante exacta.

Estuvo un buen rato allí.

Antes de marcharse dejó sobre la mesa del comedor una botella de *Beaujolais*, el vino preferido de su amigo, algo que no hubiera podido entregar por correo virtual.

La jornada para Aix fue muy diferente. Había salido de su casa temprano para jugar bola rápida con Lester, uno de sus compañeros de la Academia. Después, alterados por dos explosivas, se lanzaron al centro de la ciudad.

Hacía mucho que no se aventuraba a salir de Campo Girasol —la zona donde vivía— y menos para sumergirse en el centro, donde reinaba el ajetreo infernal del que había querido huir siempre. El centro representaba un momento de su vida donde todo era manejado por Pa. Allí no respiraba libremente.

Lester aprovechó su estado para proponerle una aventura que acabó acentuando con sordidez la resignación de Aix a la soledad.

Se metieron en una de las terminales de subterráneo y decidieron desembocar en el Centro Comercial Oeste. Allí podían buscar todo tipo de diversión y bañarse con más comodidad.

Aix miraba abstraído la pantalla anaranjada que indica el paso del superveloz por las diferentes zonas del gigante. Los nombres de las estaciones sonaban casi nuevos, como si hace mucho hubiera estado allí. Internarse en el laberinto era una odisea que requería cierta presencia de ánimo.

Cuando desembocaron en la salida del centro, la luz acentuó la impresión que daban las explosivas. El amarillo descendía en formas caprichosas, los objetos parecían sonreír. Aix tenía aire suficiente para caminar todo el planeta.

Las torres gigantescas y el nivel peatonal le recordaron una época en la que ni se le ocurría vivir fuera de la ciudad.

Lester lo llevó hacia el Hotel Congreso. Caminaron como dos amigotes adolescentes, abrazados y ruidosos, aprovechando la "condición de libertad de fiesta" —tan controvertida en el parlamento— que dura hasta las ocho en el nivel peatonal.

Apurado por su compañero, accedió a tomarse una explosiva de testosterona que pegó más de lo usual.

Lester le dijo que en el piso ciento cinco tenía una conocida que accedía a tener relaciones sexuales con gente que le llevara.

Subieron las escaleras de terciopelo hasta un entrepiso del edificio. Jugaban y caían sin inmutar a los usuarios a pesar de provocarlos o insultarlos. Continuaron subiendo en uno de los espaciosos ascensores de cristal. De pronto Aix sintió vértigo y tuvo que ser controlado por uno de los guardias que amenazó con expulsarlo si no dejaba de gritar.

Ya en los corredores alfombrados del ciento cinco se abstuvo de asomarse al ventanal. Metros abajo se apreciaba el bar colgante de la primera plataforma, con todas las diminutas cabezas y su rumor imperceptible.

Lester lo introdujo en un cuarto lujoso. Había una mesa y un sillón de cuero tan asépticos e impersonales que Aix percibió el vacío a pesar del potente efecto de las explosivas.

Lester inspeccionó el recinto y abrió una puerta que daba a un baño de azulejos negros.

—Puedes ducharte si quieres —dijo—; no te preocupes, Cazia llega siempre a estas horas, igual la llamo.

Aix no hizo caso. Se echó encima de la mesa.

Lester le explicaba que aquella oficina era del jefe de su amiga, que casi nunca la utilizaba y donde ella "operaba" a su antojo.

Aix estudiaba su boca, siempre trabada por un leve ceceo, el cúmulo de saliva en la comisura de los labios, y esos oscuros ojos de pelirrojo, moviéndose

sin tregua, acentuando una confianza forzada, bien diferente a su desolación real.

Cazia abrió la puerta. Hizo un gesto de desagrado al topárselos allí. Aix no alcanzó a comprender bien la discusión que tenían en voz baja a unos metros suyo. Era evidente que la mujer protestaba ante las sugerencias de Lester y volteaba hacia él, molesta de verlo echado sobre la mesa del jefe. Parecía un poco gorda aunque no era fea. Era rubia y alta, mucho más que Lester, y por suerte no estaba pintada con esas multimáscaras que tanto desagradaban a Aix.

Después de discutir un rato con Lester, Cazia se metió al baño y abrió una puerta invisible que daba a una pequeña recámara.

El pelirrojo se acercó a Aix y le dijo al oído:

—No te impacientes, yo la conozco, al principio siempre protesta pero sé que le encanta. Voy yo primero.

Aix no contestó, revolcándose en el escritorio. Mientras veía cómo los otros cerraban la puerta, se entregaba a su vértigo, preguntándose cuáles eran las razones de su excitación si ni siquiera podía retener una sola imagen erótica.

Muy pronto, sin darse cuenta, estaba encima de la gorda, que suspiraba cosas vagas; inventando placeres sobre ese cuerpo desconocido y liberando las fantasías más elementales. Al poco rato sintió desagrado ante los gestos de la mujer y terminó mastur-

bándose nuevamente mientras la veía levantarse de la cama, haciendo esfuerzos por reconstruir, en su desesperación, la belleza de alguna actriz de moda.

Lester lo metió en la lluvia tibia del baño y allí lo dejó para que vomitara el exceso de pastillas, volviera en sí, y se enfrentara con calma a la recuperación de los sentidos.

La mujer ya no estaba cuando salieron del cuarto y bajaron hacia la calle. Aix, más sereno, se despidió con indiferencia de Lester y se abandonó al brillo de los comercios, ansioso por recuperar la intimidad.

Fue perdiendo el mareo a medida que caminó y respiró el oxígeno fresco. Entró a un local de láser y hologramas y mientras consultaba con el analizador del lugar las características de los nuevos modelos, se le ocurrió, ya que estaba allí, tomar el superveloz hacia la zona residencial donde vivía Françoise.

Bajó en la parada y caminó.

Le vino a la mente el origen del romance, horas impacientes donde ella llenaba cualquier resquicio. Recordó su pelo castaño, corto en la última época, su desenfado, la pequeña papada de la cual se burlaba cariñosamente y esos ojos grandes que le exigían aprobación continua. La recordaba con el saco canela, caminando de su brazo y entrando con ilusión en su mundo.

Llegó a los edificios de ladrillos y alzó la vista hacia el piso veinte. Recordó las canciones que escuchaban juntos y aquella excitación, bajo la música, de sentir que vivían fuera del tiempo. Para eso habían hecho un pacto: no dejarían que la memoria de sus momentos pudiera ser corroída por el cambio o por sus mentes. Cuidarían cada evocación como una pequeña obra. Las canciones, los lugares, estarían dentro de ellos para desafiar el aparente desconsuelo con que el mundo se había hecho.

Aix sintió el asalto de aquella sensación vagamente descrita en el texto de David Basle. A pesar de la nostalgia, supo que él era fiel al pacto. Los recuerdos sortearían las amenazas de envejecer y perderse, y volverían con la misma intensidad siempre que lo necesitara. Lo que había creado bajo tal condición estaría en la caja de su cuerpo a la espera, como glóbulos rojos del ánimo, como una melodía que sana las heridas.

¿Estará allí, habrá todavía en su pantalla alguna de mis imágenes?, ¿la que estoy con el todo terreno descubierto, saltando la roca?, ¿o las habrá borrado?, ¿Alan le preguntará por mí, en alguna de sus esporádicas comunicaciones?, ¿qué espacio ocupará mi recuerdo contra los nuevos?

Deslizó su mano sobre el ojo láser. Nadie le contestó.

Le había escrito un mensaje después de la separación, que nunca le hizo llegar, que quedó archivado

en Cinco para siempre. Diciéndole que cometían un error, que debían volver. Palabras que salían de un rencor que probaba cuánto la quería. No sólo ganó el amor propio, fue en realidad la inercia de la decepción, la llamada que nunca llegó con la voz de Françoise arreglando las cosas. Una nueva cita en el parque, el primer beso bajo las proyecciones del planetario.

Se quedó un rato más de pie, empeorando la tarde. Esperando en la plazoleta.

Emmil entró a la cocina buscando dos vasos de agua. Acababa de recibir la lista de capitulaciones que tanto tiempo había tragado Aix, y que soltó como un géiser después de las provocaciones del día.

Al regresar a los sillones, su amigo le pidió disculpas por el arrebato. Guardaron silencio unos minutos.

La amargura se fue diluyendo en la temperatura perfecta de la habitación.

Aix no tardó en darse cuenta que Emmil estaba conteniendo una enorme emoción. Sus tics nerviosos estaban más despiertos que nunca. Era evidente que traía una noticia.

Le preguntó.

—Están viajando en el tiempo —dijo Emmil.

Aix lo miró fijamente.

—Sí —afirmó Emmil riéndose, tragando el aire con una risa ronca y compulsiva—, están viajando en el tiempo.

Aix se recargó en el sillón y sintió un hormigueo que le recorría el cuero cabelludo.

—El equipo de investigación al que estoy ligado por Agujeros Negros recibió un presupuesto enorme. Estaba destinado a un proyecto sobre neutrinos que automáticamente se canceló.

—Esto qué significa —preguntó Aix.

—Tranquilo, ocurre lo siguiente: en cinco minutos, después del descubrimiento ya se podía hacer lo que están haciendo ahora como locos. Como el Instituto es independiente desde hace diez años, el Departamento de Control Político no alcanzó a frenar a varios analizadores que divulgaron la noticia a muchos otros laboratorios e institutos, cosa que es legal desde el tratado de Basilea. Todo el mundo está experimentando con agujeros de tiempo; algo muy parecido a los agujeros de gusano, pero más prácticos. Y nadie puede detenernos.

—Pero —dijo Aix aún más confundido—, dijiste "viajar en el tiempo".

—La cosa evidentemente no es tan fácil como piensas. No es que ya haya doctores del Politécnico hablando con Napoleón. No. Muchas de las paradojas que se vienen planteando desde hace años se han resuelto, pero vienen nuevas... y en número mayor. Hay tremendos obstáculos, hay fenómenos rarísimos;

pero es un hecho que, una vez vencido el escollo fundamental que era crear un agujero de tiempo, es decir, un agujero de gusano controlable, todo lo demás vendrá de golpe. Y voy para allá. Ya te lo había dicho. Necesitan gente que maneje teoría de agujeros negros y tenga analizadoras trabajando hace un buen rato en el tema.

—Y tú eres clave entonces.

Aix recordaría esa noche por el resto de su vida.

Rogaba que su cabeza aceptara semejante idea. Era conocido cómo muchos analizadores negaban que la tecnología actual pudiera desarrollar viajes en agujeros de gusano.

Revisaron lo que sabían del tema; entregados a una delirante especulación. Aix tenía claro desde siempre que el viaje al futuro, teniendo en cuenta los postulados de la relatividad especial renovada —incluso de la einsteniana original— es factible si se alcanzan grandes velocidades. La dilatación del tiempo produce un viaje al futuro desde el momento en que el tiempo transcurre más lentamente para los viajeros que para los que quedan en casa. Cuando los primeros regresan, han envejecido menos que los segundos; es decir, regresan a su propio futuro. Lo que resultaba impracticable era volver —después de un viaje a gran velocidad—, al presente del que se había partido. O lo que es lo mismo: regresar del presente de los viajeros, a su pasado.

Emmil desquició a Aix cuando le dijo que había insertado en Cinco los trabajos de la investigación, así como las primeras notas conclusivas. Le resumió la cosa de la siguiente manera:

—Desde hace muchos años, Aix, los cuánticos vienen prediciendo las condiciones teóricas para producir agujeros de gusano lo suficientemente grandes y estables como para usarlos como máquinas del tiempo. Decían con toda razón —nuevamente apoyados en Einstein y Martínez— que si se pudiera crear un lugar donde la presión negativa, como forma de gravitación, fuera más potente que el efecto de la masa como fuerza gravitacional —o sea una antigravitación, una especie de fuerza de repulsión— la distancia dentro del espacio curvo de cuatro dimensiones podría acortarse, como si se hiciera un túnel que atravesara una misma hoja plegada varias veces. Acortarías el camino en vez de seguir la longitud total de cada uno de los pliegues. De alguna manera estarías viajando más rápido que la luz.

—Esto ya lo sabemos hace tiempo. ¿Entonces? —apuró Aix.

—Entonces a un analizador seis del Instituto Alberta se le ocurrió meter a los taquiones en todo esto. De hecho los taquiones guardan una relación muy fuerte con los agujeros de gusano.

—¿Ibas a contarme esto la otra noche, cuando salimos a cenar con Ale y aquella chica?

—Sí, pero ahora tengo más información.

—¡Al diablo con el agüita, abramos el *Beaujolais*! —prorrumpió Aix.

Brindaron con largos tragos sin hablar.

Aquel era un "momento bisagra", o "parte aguas" de la historia, y ellos habían nacido en sus fronteras. Ambos reconocían el privilegio, pero no dejaba de ser aterrador.

Después de la tregua, siguieron conversando hasta que amaneció.

DOCE

"A veces quiero arrebatar al entorno, a esta semana árida, las respuestas acerca de nosotros y nuestra separación. Quiero adivinar en esa media luna que se sostiene detrás del río, los secretos de la guerra que perdimos los jóvenes allá en México, una vez, en un mundo que ha arruinado sus mejores promesas. Veo tu foto. Desde temprano emprendo mi paseo por la ciudad y pido que aparezcas en algún punto, pero el reloj cumple su ciclo sin que haya noticias.

"De vez en cuando una señal me recuerda que yo fui de aquí una vez. Me consuela diciéndome que es mejor haber cortado el lugar común vital: la desaparición de los seres queridos, el derrumbe de las ideas ambiciosas; que hago bien en despedirme de futuros hospitales, guerras y fiestas y todo lo que marque el paso de los años hacia la traición final. Es mejor quedarse así, pienso, olvidando y lejos. Sería mejor incluso, me digo por momentos, dejar de escribirnos para que no pase lo que ocurrió en tu carta anterior, donde los reproches se destaparon y pusiste bien claro que estaríamos peleados cada vez que

yo te propusiera que vinieras y dejaras tu convicción de que hay que aguantar allí. Me has dicho que va a pasar mucho para que vuelva a tenerte. Todavía recuerdo los besos en el aeropuerto y tu último rostro. Tu blusa lila que tenía tanta historia, tu mirada sin desesperación y baja por las dos derrotas.

"Miro el bolso que me llevaré al mar del sur, que me espera con su desamparo, y es tan feo el día que temo haber olvidado cuánto nos amábamos.

"Quiero que me escribas ahora mismo. Ya estaré en la nueva dirección para cuando te llegue esta carta. Ojalá me digas que supimos amarnos tal cual creo. Mejor aún: ojalá me digas que todavía nos amamos y que los días no se nos escapan y que volveremos a estar juntos, esta vez para siempre."

"Querida Gisella: primera carta desde Puerto Nuevo. Hace dos días que llegué. Ahora es la noche del segundo. Me han asignado un provisorio hogar hasta que desocupen la cabaña 'tres' que será mi habitación por todo el tiempo que aguante este arrebato.

"Duermo en el laboratorio de la Secretaría, un cuarto cargado de objetos diversos: frascos y animales disecados, una colección de escarabajos, carteles de protección a la fauna del sur y una gaviota a la que han vendado una pata.

"Desde que llegué he pasado todo el día afuera, como te imaginarás. Así que a la noche estoy tan

agotado que me meto en la bolsa de dormir y no me despiertan ni siquiera los desvelados paseos de mi amiga. Sólo cuando duermo la gaviota se atreve a abandonar el rincón desde el que observa todo, no sé si con sagacidad o timidez.

"Estoy posponiendo, desde luego, el relato de lo mejor.

"Sucedió ayer, el primer día, y todavía no logro asimilarlo.

"Me 'bautizaron' los tres biólogos marinos que trabajan aquí: un matrimonio y otra mujer.

"Me sacaron al primer paseo en lancha.

"Antes te cuento que las yubartas no han llegado en gran número. Por otra parte no vienen a quedarse, este es sólo un lugar de paso hacia las costas del norte de Sudamérica donde se reproducen en invierno. Pero por alguna razón, frente a esta bahía, hay un pequeño grupo que ha estado deteniéndose en los últimos tres años, justo en estas fechas. Por eso adelanté el viaje.

"El lugar, además, es un santuario de mamíferos marinos, sobre todo lobos, que tienen una numerosa colonia algunos kilómetros al sur. Hacia el norte están las áreas de apareamiento de la ballena franca austral, que iré a visitar lo más pronto posible y espero que aquí se cumpla otra de mis ilusiones: ver orcas en libertad.

"Bueno, volviendo al paseo. Fue un *shock* verlas por primera vez. Cuando me fueron a buscar en la madrugada, yo ya estaba listo desde hacía largo

rato, contagiando a la gaviota de ansiedad. Subimos a la camioneta; yo atrás contra el viento, a pesar que adentro cabíamos los cuatro. Ellos ya están acostumbrados y alguno no logra disimular que estar con las ballenas es una rutina obligada. Qué diferente era para mí el camino, que recorría por primera vez, el aire de aquella zona del mundo. Era la mañana, al fin.

"Disfruté ese kilómetro de tierra hacia el embarcadero, cubierto en mi abrigo, preguntándome qué tan cerca de ellas llegaríamos a estar.

"Cuando bajamos en la orilla para abordar la lancha, me encargué de dar el toque de humor antes del viaje. Me llamó la atención un cuerpo flotando a unos metros y lancé un alarido afónico: '¡Allá, un ballenato!' Luis, el biólogo jefe, me miró con ternura. 'No —respondió—, es una llanta sobresaliendo de la superficie, aquí el agua sólo tiene cincuenta centímetros. Pero espera, en unos minutos las estarás viendo'.

"Y de pronto ya íbamos a toda marcha, navegando el pequeño golfo hacia el mar abierto. Luis me preguntó si sabía nadar bien, porque la corriente aquí es tan fuerte que incluso los ballenatos no pueden a veces con ella y varan en las costas. Me dio su salvavidas y un impermeable.

"Me costaba creer que todo sucediera con tanta sencillez. Con aquella indumentaria y frente al paisaje, me sentía en uno de esos documentales cuyos

protagonistas siempre me han generado una envidia terrible. Andrea me prestó unos binoculares para que apreciara las aves marinas, que tienen sus nidos en las pequeñas islas cercanas. Yo los usaba para descubrir alguna señal de los gigantes.

"Qué exaltación experimentar el volumen del agua contra la velocidad de la lancha, las gotas que salpican el impermeable, y esa visión del cielo cargado de nubes, casi verde, repartiendo la claridad de la mañana ventosa.

"Y súbitamente, hacia el horizonte, una alta columna de vapor deshaciéndose en el aire.

"La primera ballena, mostrando su cabeza afilada.

"Sentí que era recibido con todos los honores.

"Si pudiera reproducir la impresión para ti. Verla caer, como en cámara lenta, sentir el peso verdadero de ese cuerpo.

"Siempre me cautivó la relación de tamaño entre los seres vivos. Me parecía increíble que existieran semejantes colosos.

"A partir de ese momento mi cabeza no pudo dejar de girar: todas, de pronto y simultáneamente; imágenes nuevas, la evidencia salvaje de aquellos sueños que me han enajenado. Primero un lomo sumergiéndose; después una aleta caudal golpeando la superficie; cabezas que escudriñan el aire en lo que los científicos llaman 'posición vigía'; escandalosos

saltos y soplos en todo el mar. El reino de las ballenas, la comunidad de la otra inteligencia que comparte con nosotros el globo.

"—No se acercan mucho ahora —explicó Luis— porque les molesta el ruido de las hélices, pero observa...

"Entonces aminoró la marcha y el motor se convirtió en un susurro entre el aire y las olas.

"La agitación me golpeaba en el pecho. Hasta ahora, aquella parte del universo había sido desconocida. Este mundo llevaba otra historia, que no se medía en fechas ni apellidos sino en luz solar, en tormentas e inviernos. El dominio ancestral de criaturas muy diferentes a los seres de la tierra, que habían abandonado los continentes mucho antes que existiera algún hombre.

"Sentí que ellas eran dueñas de aquel mar costero, y nosotros intrusos. Por primera vez las escuché respirar: como si succionaran el aire a través de una cámara metálica, el esfuerzo de sus músculos al exhalar. Aquel estornudo sagrado que había sido su perdición.

"El motor se detuvo.

"La lancha era una hoja y las ballenas se acercaron."

"Ya es la noche del 6 de junio. Ayer suspendí el relato por el agotamiento.

"Ya estoy en mi nueva habitación. Llegas a un pequeño conjunto de casas bajas con techo de lámi-

na, casi al borde de un acantilado que salta al mar. Unos cien metros abajo hay una playa delgada, hecha de enormes piedras grises, redondas como pelotas.

"Es un lugar frío y despoblado, pero de gran encanto. La luz es diferente; el intenso mar es virgen, ninguna embarcación lo cruza. No hay puertos a la vista. Sin embargo en una de las puntas del acantilado se eleva un faro blanco. Mi casa está alejada de las demás, queda cerca del Centro de Estudios Zoológicos donde viven Luis, Andrea y Sandra —la otra bióloga—.

"El viento es el dueño del desierto. A veces tan violento que logra hacerles perder el equilibrio a los hijos del cuidador cuando salen a jugar en las colinas. Somos un pequeño grupo obligado a la convivencia ante las imposiciones de la naturaleza. He intentado llevarme bien con todos y no parecer ensimismado, situación que iré disimulando menos a medida que me gane su confianza.

"Creo que mañana iré más temprano al mar, esperando descubrir el secreto que las yubartas tienen con el amanecer. De eso me ha hablado Luis y me intriga. ¡Qué poco saben los libros que he leído! Hoy, corriendo sin aliento, pude ver a tres de ellas adentrándose como nunca en la bahía. Soplaban navegando cautelosamente. Parecía que reconocían la costa. En un momento se pusieron panza arriba, como si quisieran recibir el último calor del sol, muy lejano. Después de hacer una triple y sincronizada

posición vigía, regresaron mar adentro. Cruzaron la línea de la primera isla que anticipa el horizonte y se convirtieron en tres puntos. Al final, sólo distinguí una columna de vapor. Las horas se me pasaron en esa hipnosis, hasta que el frío me obligó a regresar. Tardé siglos en recuperar la circulación, frente a esa estufita de aceite que me han dejado y que es más un adorno que otra cosa.

"Las caminatas por la playa de piedras me llevan también a ti. Recuerdo esa voz tuya, diferente al tono suave que usabas con los demás.

"Ya me detengo. Tu carta demoró más de lo usual. ¿Estás en problemas?, ¿cómo es eso que te mudas?, ¿te sigo escribiendo a esa dirección?

La carta se suspendía por un dibujo de una ballena azul que David había bautizado con su nombre científico: *Balaenoptera musculus*. Debajo decía: "Las ballenas son como yo, van desapareciendo rápidamente". Después continuaba con la fecha de 13 de junio.

"Me ha ganado calladamente la bruma y cada vez extraño menos a mi gente en la ciudad.

"Los necesito pero me solazo en su ausencia. Cada vez me atraen más ellas, con sus altos surtidores, saltando o recorriendo su océano en

compañía. Su presencia monumental. Ahora que comparto el día con sus costumbres, sé que hay preguntas que sólo se resuelven de manera empírica. Y sin embargo siento que no se puede perseguirlas, que debemos dejarlas pasar. Cuando estás a su lado, pero sin intervenir, comienzas a conocerlas. Muchas veces ellas mismas se acercan y rodean la lancha. Eres testigo de las relaciones que tienen unas con otras, la mayoría de las cuales suceden bajo el agua, sin que podamos ver.

"Aun sé que falta lo mejor: todavía no salgo solo en el bote. Andrea y Luis mandan pero respetan bastante mi libertad y mis necesidades. Además, cualquiera de sus órdenes están relacionadas con las yubartas, así que las cumplo con gusto y me esmero para mantener nuestra buena relación. En otros aspectos poco se diferencian del modelo estándar de científico, que desconoce bastante otros asuntos que no sean sus *papers*. Aunque sospecho que Luis está aquí porque alguna vez tuvo el mismo aguijón que yo.

"Sé que ellas todavía tienen reservado algo para mí.

"Llegué a mi habitación, después de la tarde dedicada al mar. Hoy las ballenas no aparecieron. Temo que se hayan ido.

"He pegado varias fotos en la pared y tengo otras diseminadas sobre la pequeña mesa que me sirve de escritorio. El cuarto me es ya familiar.

"Y vi el cuaderno tuyo que te pedí antes de irme. Ese cuaderno hecho en México, que ha llegado tan lejos. Es un extraño en esta tierra, ajena a los ruidos y olores de tu mundo, donde lo llenaste de apuntes e ideas. Y este destierro del cuaderno me empujó hacia el borde del que te he venido hablando, el meridiano que estoy a punto de cruzar. Me conmovió esa presencia tuya, ese objeto con tus huellas; como si hubiéramos estado juntos en la mañana. Debo decirte cuánto miro tu foto.

"Pienso en los amigos desaparecidos, la culpa de seguir sin ellos. Evoco también las historias más traidoras, y siento que sembrarán para siempre una parte de maldad en mis actos. Te extrañé tanto, Gisella, en ese momento; escuché mi propia congoja en el silencio.

"Separé las trampas para volver a ti, a la mujer de las primeras miradas. La mujer que hizo este cuaderno, que es el último lazo y a la vez, la sentencia de nuestra lejanía."

"Hoy había un sol inusual y me animé a probar el mar helado. Sólo entré hasta las rodillas, que se amorataron.

"Resistía contra las olas y alcé la vista. Detrás de la suave rompiente vi saltar varios delfines. Eran saltos prodigiosos. Se detenían largos segundos en el aire. Me puse a gritarles, tiritando.

"Cómo cruzar la rompiente y alcanzarlos. Saludé a los delfines y corrí hacia el acantilado."

TRECE

Emmil partió a Montreal en septiembre y Aix intuyó que lo vería antes de ese lapso de seis meses en que estaba planeando el retorno.

Poco después interrumpieron su rutina escolar dos hechos importantes: vio a Pa y descubrió algo en las cartas.

El encuentro con su padre fue la sistemática confirmación de sus discrepancias. Detrás de una membrana de buenos sentimientos estaba, como siempre, aquella indiferencia final; Aix falló una vez más en conmover su atención. Pa no ingresaría jamás a su intimidad, y quizás era tiempo de dejar de exigírselo.

Cumpliendo sin pasión con los deberes de estudiante, Aix consumió aquellos meses en las cartas y volvió a internarse, esta vez con determinación, en la materia de las ballenas.

Una mañana, al manipular los sobres y reabrir la octava carta, cayó sobre la alfombra del cuarto una foto pequeña. No la había visto la primera vez, al escanear la información en Cinco.

Era de Gisella.

Pudo comprobarlo porque, en la misma carta, David le pedía que pusiera una dedicatoria al dorso y volviera a enviársela. Aquel retrato era su preferido y quería que estuviera firmado. Era también el mismo retrato que Aix quiso robar de casa de Anna, y que desde entonces había mantenido sutilmente en la memoria.

Se recostó en la cama con la foto en la mano.

El sol entraba por las cortinas y jugaba con el prisma de una de las repisas del escritorio. Aún con los ojos cargados decidió tomar una sensitiva. Se dedicó a observar una y otra vez la primera e inesperada imagen de aquella historia. Gisella a partir de entonces dejó de ser un nombre para convertirse en un rostro.

En la foto parecía de unos catorce años. Sonreía desde una firmeza paciente, con el encanto de esa edad de transición donde se despiertan los primeros demonios pero aún no hay penas. El papel estaba desgastado pero se apreciaban todos los detalles aunque el color había sufrido grandes alteraciones.

Gisella... La compañera de un extinto amante de ballenas. Capaz de crear en él y desde tal distancia esa locura y recuerdo de amor. Qué joven era. Casi niña. Vestida con unos pantalones azules –los *jeans* de la época– y un suéter rojo por el que se veía el cuello de una camisa. Estaba sentada en un sillón amplio, posiblemente en la sala de su casa.

Al voltear el retrato leyó la dedicatoria: "para David con un beso especial". Se le hizo una respuesta algo fría. Por alguna razón, Gisella no había devuelto la foto a David, conservándola.

Dejó el retrato sobre la mesa junto a la cama y se levantó para ir a la Academia.

Todo comenzó como un rumor, un llamado sigiloso que lo excitaba. Tenía que volver a la foto varias veces en el día.

Y después tuvo un sueño con la niña del retrato. Abrió los ojos conmovido por lo que allí había pasado. Desesperó cuando los últimos remanentes de belleza se deshicieron en la realidad. Abrazó las sábanas con impotencia. Encendió la terminal de Cinco en el cuarto, y aún empapado por el inconsciente, grabó su nostalgia inventada en la memoria de la analizadora.

La primera carta de Aix, íntimo amigo de David, a la devoción por Gisella que ambos compartían.

"Gisella: acabo de tener un sueño feroz contigo. Un sueño de amor. Del amor total que no existe sobre la tierra, que justifica cualquier cosa y que sólo podemos alcanzar en la imaginación, cuando rompemos los últimos disimulos. Un amor tan abarcador que es casi infantil. ¿Te pasó alguna vez? Esa conmoción que permanece parte del día y va extinguiéndose finalmente; una verdad definitiva pero protegida,

que nos es vedado conservar. ¿Has amado alguna vez así? Con esa franqueza; como si fuera posible y provechoso mostrar las penas más profundas. Y reconoces tu misma pasión en el rostro y los pedidos del otro. Soñé con esa casa, tal vez la que menciona David en sus cartas; llena de lo que fue mío en la infancia y del mismo futuro. Se realizan los preparativos para alguna reunión de la familia, a la que todos asistirán. Nos hemos estado encontrando cada tanto. En el piso de arriba, cuando tú sacabas los antiguos manteles, cruzamos una mirada en silencio. Hay algún parentesco lejano entre ambos, pero no sé cuál. Hemos quedado de reunirnos en una de las habitaciones. Doy finalmente con la puerta. Cuando entro, estás allí, esperando. El sol pasa la ventana y las cortinas transparentes con los reflejos del jardín. La luz disuelve su infinitud en los objetos del cuarto. Ese momento está fuera del tiempo y nada lo amenaza. Con los ojos confiesas. Debemos separarnos ahora, pero tendremos nuestro encuentro definitivo allí mismo, en unas horas. Vuelvo a perderme en la casa. Me desespero por regresar a la habitación, pero algo ocurre que lo impide. Te imagino. El sueño se va desvaneciendo y lucho por no despertar, por aislar las sensaciones y no caer en la conciencia de estar volviendo a mi habitación, tan lejos.

"He despertado con una necesidad terrible de ti. Repito en voz baja tu nombre, como si algo más significara. No hay un solo resquicio en mí; te deseo

de todas las formas posibles. Si vivieras en Quebec hoy. Escribo con prisa, pero mejor, porque la excitación es aún fresca. Sé que irá desapareciendo suavemente durante las horas y pronto tendré que idear alguna manera para no perderla".

También David se había transformado a través de las cartas.

Era evidente cómo el paso del tiempo acentuaba su urgencia de regresar a México o lograr el reencuentro. ¿Qué habría estado ocurriendo con Gisella durante aquel lapso?

Era notable, por otra parte, cómo había progresado la convivencia de David con las yubartas. Contaba que cada día le daban más oportunidades de usar la lancha y lanzarse mar adentro en su busca. El invierno se había agudizado con anticipada fuerza en el mes de junio, pero no parecía ser un inconveniente. Cuanto más se cerrara la posibilidad de ver a Gisella, al parecer atrapada en México, más numerosas y prolongadas eran sus excursiones.

"Tú debes dormir hace rato porque aquí es inminente el amanecer. Y me gustaría que sintieras, antes que te lleguen estas hojas, no sé cómo, que yo vigilo tu descanso y desde aquí te protejo. Es la madrugada del 15 de junio. No liberes el espacio que es mío y

tengo derecho a reclamar, aunque toda la cordura me desapruebe. Me cuesta llegar a lo que debo decir porque quisiera encontrar las formas perfectas, como si el contenido se perdiera en una prosa equivocada. Cuando me animé a empezar esta carta, una activa tristeza afirmaba que estás en mí aún, de manera irresistible. Ahora, como si definir esa certeza debilitara su esencia, casi podría llegar a la conclusión que ambos hemos escogido: guardarnos en el corazón, y dejar nuestro lazo suelto, invitados a seguir en la vida. Pero no es así, y ese es el problema. La verdad es la tristeza activa y no la propuesta cauta. Este río que elegí... ¿Cómo voy a arreglar lo que no tiene arreglo? No estarán bien las cosas, nunca del todo, aunque estén bien. Cuando nos separamos pensé que te convertirías en un recuerdo divino, pero que podría respirar otra vez. No es así. Tú has sido fundamental, de manera inesperada. Mi simbiosis contigo, que no podrá repetirse, tiene marcas definitivas. No estamos arrepentidos, y sin embargo... No son recaídas cada vez menos frecuentes. No es que hoy esté peor que otros días. No es que hoy, repentinamente, como deberá pasar cada vez menos en el futuro según una explicación superficial y equivocada de lo que hará el tiempo en nosotros, tenga un deseo especial de ti. Así es todos los días. Por la manera en que nació y fue construida, mi alma sabe que el tiempo es un fantasma que nada erosiona. Así quiero que sea, por otra parte. Eres mía aún. ¿Qué significa eso? ¡No sé

lo que significa! Soy un huérfano sin ti, acomodando sus pasiones azarosamente, un maldito huérfano sin destino sin ti. ¿Cómo podré hablarte de esto con la justicia debida?

"Antes, aunque fueran días escasos y apresurados, podía hablar contigo. Pero ahora lo que tomo prestado no me alcanza. Temo el día donde se borren todas las preguntas, y amenaza siempre ser hoy. Quiero hacer algo que nunca se ha hecho para enseñarte la cantidad que hay en mí.

"La carta me sale atropellada y extraña. No aguanto la imagen de Gisella dividiendo su amor con otro. Mi lógica dice que eso está mal, pero cómo puedo negar tu libertad y cómo puedo impedir que suceda. Yo, sin embargo, quisiera proponerte cierto plazo, una espera, y reclamar lo que nos deben.

"Extraño esa sonrisa reveladora que sólo hacías cuando estábamos solos.

"Intentaré dormir un rato antes de salir. A esta hora todo cobra su sentido máximo. Y casi me cuesta seguir. Te necesito y me da gusto confirmarlo. Con la calma de esta noche que termina y que protege la pasión que siempre estará a tu lado."

Apagó a Cinco. Tomó un saco liviano y salió de casa. Las luces de la ciudad aparecían a lo lejos como si fueran reflejos de las estrellas del cielo. Se puso a caminar y disfrutó el aire fresco en los pulmones.

Al intentar evocar algún hecho, tuvo la insólita certidumbre de que era muy anciano, que habían sucedido infinitos eventos. Una rara añoranza lo persiguió hasta que se detuvo frente al parque que marcaba la salida de Campo Girasol. Tenía la impresión de que todo había ocurrido súbitamente. De que la historia había sido más rápida que la velocidad de la luz.

CATORCE

"Mañana te estaré escribiendo desde Isla Arenas. Una larga formación, casi unida a la costa, que cierra la ensenada hacia el sur como una media luna. Un lado de la isla apunta hacia Puerto Nuevo y el otro al mar abierto. Formaremos allí un campamento durante dos semanas —por supuesto iremos y volveremos por víveres y equipo un par de veces— con la intención de estudiar hábitos reproductivos. No hay mejor lugar para la observación. Han llegado también muchos delfines. Estoy entusiasmado con ellos. Son del género *Lagenorinchus*: con poca trompa y de un color marrón en el dorso y blanco lechoso en el vientre. Ayer uno me siguió de cerca. Mientras observaba el horizonte buscando a las ballenas, apareció el delfín a un costado de la lancha y mantuvo mi velocidad. Era evidente que no andaba de paseo: había ido al encuentro de ese invasor ruidoso que llamaba su atención. Hacía alarde de su habilidad y estoy seguro que también me examinaba. Luis me cuenta que el año pasado se hizo amigo de uno que visitaba la punta más alejada de Isla Arenas. Estableció códigos

con él y se veían todas las tardes durante el ocaso. Quizá nos visite este año o haya sido el mismo que me siguió ayer.

"Comienzo, aunque sé cuánto falta, a sentirme parte de este sitio. Voy a establecer algún tipo de comunicación con las ballenas. Eso es lo único que espero en estos momentos.

"Son las ocho p.m. del 20 de junio. Ya es noche cerrada. Hace dos días que estoy en la Isla. En este lugar, las escenas que pensé insuperables parecen sólo el preámbulo de un verdadero encuentro. Te escribo a la luz de una vela, frente a los restos de una fogata. Ellos ya se han metido en las tiendas a dormir.

"Hoy podría ser un tripulante del *Beagle*, un habitante de cualquier siglo. Este es el mar antiguo de la Tierra, con su murmullo virgen. No hay olor alguno a civilización. Veo millones de estrellas, como si también el cielo fuera primitivo. Esta quietud luminosa habrá tenido el mundo durante interminables noches cristalinas, sin que hubiera un solo testigo, nadie que pisara las piedras o transformara su azarosa pero precisa distribución.

"Cuando desembarcamos en la arena congelada me sentía transformado. Era tal el impacto que parecía no estarlo disfrutando. Mi primera misión fue recorrer la mitad del perímetro de la isla, unos cinco kilómetros —ida y vuelta—, para registrar y fo-

tografiar posibles varamientos. Caminé después de comer apresuradamente.

"Percibí los dos hemisferios de la realidad; la diferencia radical que representa mi estancia en este lado de la naturaleza frente a todo lo otro que he vivido. Caminar en el atardecer, sin custodias, con la brisa en los oídos. Aunque, sabía que iba a escribirte, que este aire viajará hacia ti por carta. Clavaba las botas en la arena, protegido con mi suéter azul, que comienza a romperse en los codos, y el abrigo forrado sin el cual no hubiera sobrevivido.

"Nunca había sentido la atracción por las ballenas como ahora. Y me refiero a las ballenas auténticas, las que veo todos los días; las que rebaten lo que he sabido de ellas en los libros. Cada vez que quiera admirar el mar de nuevo, volveré a la emoción de esta tarde, cuando puse el primer pie en este santuario.

"Si las vieras, si las escucharas.

"Busco aún su secreto aunque tenga formas diferentes a las que imaginé. A mí me toca averiguar lo que significan. Lo mejor que ha podido sucederme es esta confirmación, y nunca la contagiaré de prejuicios. Ya no hace falta esperar de ellas lo que exigimos a las criaturas inteligentes. Su mensaje natural es más importante y sutil. Está en su ambiente, en la armonía conque nadan, o en los saltos y las inmersiones.

"Es como si hubiera llegado a otro planeta. El continente y las islas no muestran señal alguna de la presencia humana, son pedazos muertos de tierra puestos ante un mundo sumergido y activo, las mansiones rocosas de inteligencias elusivas. Me intriga su origen terrestre, los primeros pasos de su regreso al agua, cuando escogieron enfrentar la sangre caliente al océano, sumergirse en su noche. En esta región la conciencia se desarrolló en el mar. Los delfines no están sonriendo en realidad: si los ves de cerca, tienen una expresión astuta, y casi nostálgica. Sus ojos se mueven con velocidad, como las ventanas de una mente, miran distinto que otros animales. Sus silbidos agudos son perceptibles desde el bote o la playa. Observan a los visitantes, y desaparecen bajo los cielos submarinos. Usan herramientas y escuchan los ecos del agua. En sus cerebros tienen mapas tridimensionales de los contornos del suelo y las formas y presencias de los otros seres. Pueden ver su propio interior.

"Una manada de delfines me siguió durante mi camino por la playa. Es una familia que anda por aquí. Dos delfines adultos, que supongo son una pareja, y dos crías, una muy pequeña. Son asombrosos, tan audaces que espanta. Si yo me detenía, ellos también hacían un alto, resoplando y jugando en un área bien delimitada. Si yo regresaba, en sentido contrario, ellos daban media vuelta y nadaban lentamente siguiéndome. ¿Por qué?, ¿con qué objetivo?

"En un momento, mientras me alegraba de mi desconcierto, vi un bulto varios metros adelante, cerca del agua.

"Siempre me había preguntado cómo me afectaría enfrentar por primera vez esa situación. Ahora iba en serio y el aire limpio del mar y la arena metálica disiparon cualquier angustia. Aun así, cuando descubrí la forma de la sombra, no pude evitar cierta carga opresiva.

"Era un ballenato varado.

"Llevaría varios días en la playa y las gaviotas ya se habían encargado de quitarle los ojos. Me detuve frente a él y lo observé un tiempo antes de atreverme a tocarlo. Después desenterré su cola blanda y deformada y lo medí. Me quedé un buen rato allí, como si mi mente se hubiera anestesiado. En el mar, los delfines se asomaban y no se movían de su posición."

"Cuatro de la tarde del 21. He venido con mi cuaderno a la única parte rocosa de la isla, en el extremo este. Atrás mío las tranquilas aguas de la bahía; enfrente las olas desordenadas del océano, aristas de nieve inclinadas en una misma dirección.

"Acabo de apuntar mi sueño número ochenta con cetáceos. Los guardo aún en la carpeta que te enseñé en México, ¿la recuerdas? Te leí algunos, llevaba como sesenta cuando me fui. Sueños que me han perseguido y se han enriquecido con mis experien-

cias. Ahora vivo lo que antes describía mi inconsciente. Tantas veces en sueños me vi de pie en la playa, esperando una señal, la primera aleta que indicara su presencia. Ochenta sueños, qué locura. Y son más, porque comencé a anotarlos cuando se hicieron insistentes. El sueño ahora tuvo que ver con toninas, y me hizo recordar la primera vez que vi a alguno de ellos.

"Si no me equivoco, fue una tarde en que salí con Papá, cuando íbamos de vacaciones a este mismo mar, pero cientos de kilómetros al norte. Yo tenía apenas cinco años. Me acuerdo que nos encontramos en la playa —aún había sol y algo de calor, aunque mucho viento— con un camarada de mis padres y su hijo menor que era mi amigo. Yo iba vestido con un abrigo hasta el cuello, Mamá me lo había puesto a la fuerza, y el otro estaba sólo en traje de baño. Luchamos frente a la orilla, y aunque todo había iniciado como un juego, algo tenía de agresivo nuestro forcejeo. Quedé abajo y me tocó sufrir la arena, estaba demasiado pesado con aquel saco y el otro me dominó fácilmente.

"Era la primera vez que íbamos con el mediomundo a pescar al muelle. Los "profesionales" lo hacían con caña pero Papá había preferido la red. Cuánto disfrutaríamos después echarla al mar con su plomada, verla desaparecer bajo las turbulencias de la espuma y subirla al cabo de unos minutos llena de pejerreyes saltando. Mi tarea era atraparlos, acción

complicada a causa de su piel resbaladiza, y ponerlos en un balde que habíamos llenado con agua de mar.

"El muelle debía tener sus buenos seis metros de altura sobre el oleaje y Papá prohibía que me acercara al borde. En aquel lugar empecé a formular mis primeras preguntas filosóficas, que él resolvía con paciencia. Admiraba lo que entonces me parecía una sabiduría absoluta e imaginaba cómo sería contemplar el mundo desde sus ojos. Papá perdía su mirada joven en el horizonte haciéndome cómplice de su libertad; yo atestiguaba cómo disfrutaba el último sol del día.

"Aquella primera vez, recuerdo con claridad, la sensación había sido distinta. Permanecimos arrojando la red hasta quedarnos solos en el muelle. La tarde comenzaba a refrescar y estaba picado el oleaje. Se veía desierta la playa y la bandera roja en lo alto de la torre del salvavidas. Conseguimos, como buenos novatos que éramos, o como si el mar hubiera querido medir nuestro temple, un solo pescado, bastante pequeño. El único premio a pesar de que sumergimos infinitas veces el mediomundo. El pez murió en el suelo del muelle, ya que aún no llevábamos el balde, y Papá me miró con un gesto de derrota. Hubo un momento en que el viento se acentuó y parecía que la fuerte estructura iba a sucumbir ante la violencia de las olas. Pusimos el pejerrey en la red y Papá propuso regresar. Me di cuenta que lo decía por mí, porque él podía aguantar, procurando algo más del

aire salado que desataba sus pensamientos. Era una tarde triste, aunque nada triste hubiera sucedido, pero esa soledad y la amistad con mi padre me llenaban de un placer indecible.

"Antes de abandonar el muelle vimos un espectáculo inesperado en el agua. Un grupo de animales nadaba ferozmente, formando un bloque paralelo al horizonte. Era una franja de mar blanco que se trasladaba hacia el norte; miles de puntos que centelleaban, aparecían y se perdían. Papá me comentó que a veces iban siguiendo a los barcos a gran velocidad, silenciosos y en grupo. Me dio un nombre para aquellas criaturas: "toninas", y lo memoricé para no perder el sentido de aquel día. Cuando vimos desaparecer la manada, bajamos las escaleras del muelle llenándonos los zapatos de arena y regresamos a casa."

—Veamos de qué se trata —pensó Aix en voz alta y tecleó un par de instrucciones en el tablero de Cinco. De inmediato apareció en la pantalla lo siguiente:

"Estimado Aix, no estás en casa y me tomo la libertad de abrir un espacio-tema en Cinco suspendiendo 'teoría de los signos de vida' que Cinco traslada... según me está diciendo ahora... a memo 9. Lo siguiente, ya lo hablaremos personalmente, es un pequeño resumen que redactó mi analizador como forma de protocolo para los programas de difusión

científica y para los incultos como tú. Pero desde ya y conociéndote, he dado a Cinco TODA la información desglosada que posee mi propia máquina con el fin de que tu muchacho siga estudiando el tema y te enriquezca con sus conclusiones —y quién sabe, a lo mejor encuentre alguna respuesta satisfactoria a las trescientas siete preguntas que le he formulado por medio del programa del Instituto— cosa que he hecho violando todas las normas. He aprovechado para dejarte una botella de buen vino."

1. POSIBILIDAD TEÓRICA DE CONSTRUCCIÓN DE UN AGUJERO DE GUSANO (AG) CONTROLABLE Y TRANSITABLE.

Un agujero de gusano es un túnel que atraviesa el espacio curvo de cuatro dimensiones. Viajando en un AG se puede llegar desde un punto A a otro punto B mucho antes que un rayo de luz que recorra el camino habitual tridimensional entre los mismos puntos. De esta manera un AG puede conectar nuestra realidad con diferentes espacios y tiempos del universo. Los AG pueden desarrollarse a partir de condiciones gravitacionales determinadas.

La creación de un AG macroscópico e independiente a un AN ([4]) se logró en Ginebra hace doce

4 En este resumen no se mencionan ciertos hechos importantes. En realidad para crear las condiciones de un agujero de gusano en el

años. Aun así, el AG era incontrolable e intransitable por su promedio de vida, nunca superior a los 10 milisegundos.

Sólo la interacción de un campo de taquiones hace viable la creación de un AG macroscópico y gobernable.

(Interrumpo para contarte, mi querido Aix, que los taquiones no se descubrieron hace seis meses como creíamos, sino hace once años, sólo que tardaron ese tiempo en construir una máquina que pudiera medir sus consecuencias y solucionar el problema que generan al producir antipartículas).

La dilatación de un AG produce una diferencia de tiempo relativa entre sus dos bocas. Al lanzar a velocidades cercanas a la de la luz el AG como un resorte, este llega a un extremo y luego se contrae = regresa, y el viajero vuelve exactamente al punto de partida = presente.

Es asombroso: el fotón virtual despide un taquión, que vive escasos nanosegundos pero alcanza sostener y agrandar la boca del AG. (Allí nace el "agujero de tiempo").

laboratorio, es preciso acudir a los pseudoagujeros negros, túneles artificiales de fuerza gravitatoria intensa, pero aislados del exterior por un campo de antigravitones. (Para más información leer el libro "Pseudoagujeros negros" de E.Jiménez, Cornell U. Press o el artículo "Desarrollo de agujeros de gusano a partir de la tecnología de pseudoagujeros negros" del autor de esta novela). N. del A.

2.–LA VENTANA DIMENSIONAL (VD) COMO LÍMITE PARA EL VIAJE EN EL TIEMPO.

El viaje al pasado ya se ha efectuado numerosas veces y se continúan haciendo experimentos de rutina ya que la prohibición sobre tránsitos en Agujeros de Tiempo (AT) quedó levantada desde que se comprobó la existencia de la VD.

¿Qué es la Ventana Dimensional?

Desde el primer robot computador que se introdujo en un AT –utilizando la "Cápsula de Maxwell", vehículo especialmente diseñado para resistir el viaje– hasta el último científico que se atrevió a hacerlo, todos se encontraron con que la salida del AT no conduce a ningún sitio evidente en el espacio o en el tiempo. Las primeras cápsulas que "viajaron" no llevaban consigo el instrumental suficiente para explicar lo que se encontraba al final del "túnel". Las descripciones coincidían en que se trataba de una especie de "limbo" cuántico, alterado esporádicamente por emisiones electromagnéticas producidas por choques masivos de partículas.

Progresivamente se fueron perfeccionando instrumentos para medir con mayor precisión el tipo de actividad física del limbo y la mejora en la técnica de "lanzamiento" permitió estancias más prolongadas en la salida del AT –manifestándose, claro está, pequeños efectos relativistas–.

En junio de este año se elaboró por vez primera la teoría de la VD. Las máquinas estaban registrando

presencia de átomos en movimiento aparentemente normal y en gran número, "detrás" del limbo caótico. Todo parecía indicar que una realidad, semejante a la nuestra, a nuestro universo de materia, existía y se "movía" en todos los ángulos. Pero, al parecer, la irrupción del vehículo en el nuevo punto espacio temporal parecía estar acompañada de una burbuja —de un grosor indeterminado en el cual se encuentra el limbo— a la que se llamó, precisamente, Ventana Dimensional.

(El cuántico belga Tys escribió lo más sugerente hasta ahora sobre la VD, a ver si coincides conmigo. Dijo en el primer congreso sobre VD, hace aproximadamente tres semanas: "Del otro lado hay un mundo de luz y movimiento, donde se desarrolla, sin saber que hemos llegado tan cerca, nuestro pasado").

La teoría de la VD de Tys —que comprende la idea de que atrás de la ventana existe la sustancia del pasado espacio temporal— ahora bastante aceptada, descalifica varias hipótesis que surgieron apenas comenzo la odisea por los AT. De ellas resiste aún la del grupo de Clarke. Esta corriente afirma que el Pasado es un ente dimensional inaccesible, que de alguna manera ha desaparecido de nuestro universo y que la VD es la comprobación de ese hecho. Pero esta teoría no explica la actividad detectada a través de la VD, actividad que se mide por su interacción con la pared externa de la ventana y que hasta ahora nunca

ha penetrado la misma, hasta el área que rodea al vehículo.

Hay un hecho fundamental que nos hace pensar que detrás de la VD está el verdadero pasado, existiendo y cambiando: y es que en numerosas experiencias dentro de los AT, tras la VD se han observado y registrado diferentes tipos de actividad cuántica, todas equivalentes a los patrones de nuestro universo actual. Esto sería un indicativo casi irrefutable de que estamos viajando a diferentes fechas cada vez, aunque la propia existencia de la VD nos impida elaborar con exactitud un cuadro que relacione la magnitud de un "lanzamiento" con una coordenada espacio temporal definida. Recientemente, con las aceleraciones más fuertes, tras la VD aparece una mayor actividad energética. El mensaje parece claro: si partimos de la premisa de que a mayor estiramiento del AT, mayor retroceso en el tiempo, ese crecimiento de la actividad energética que se observa en los "estiramientos" más largos coincide con lo que sabemos acerca de la evolución del universo: que en un principio fue muy caliente —y por tanto registró mayor interacción de materia y energía— y luego se fue expandiendo y enfriando, proceso en el cual se encuentra ahora.

Hasta el momento la VD no ha sido superada y existen pocas esperanzas de que esto se consiga alguna vez. La VD, como su nombre lo indica, es el producto de una separación dimensional compleja —de ahí el valor que mantiene aún para algunos la argu-

mentación del grupo de Clarke— entre nuestro universo = "presente", con ese otro universo = pasado.

Varias asociaciones ciudadanas de diverso tipo han formado un Comité mundial en pro de la utilización sensata de los AT. Su demanda más importante a los gobiernos que apoyan la continuación de los experimentos, es que nunca se altere la VD y que sólo se trabaje en desarrollar métodos cada vez más avanzados para investigar el pasado sin intervenir en él.

Viajar en el tiempo hacia el pasado, sin interactuar con la VD, no produce alteración alguna en el presente, solamente los viajeros se ven alterados por pequeños efectos relativistas.

—Cinco —dijo Aix—, suspende el resto de los espacios tema y concéntrate sólo en el asunto de la ventana dimensional.

En la pantalla apareció una pregunta:

"¿Levantar prioridades de 'ballenas' y 'música de los siglos XVI y XVII'?".

Aix suspiró y se recargó en el respaldo.

—Descarta la elaboración de conclusiones en "ballenas", sigue aumentando la información. Suspende globalmente "músicas del siglo XVI y XVII" y transfiérelo a memoria libre.

"Trabajando" —dijo Cinco en su pantalla.

Aix se paró. Era de noche. Comió algo, de pie en la cocina, perdiendo la mirada en la luz neón de

la ventana. Subió al cuarto despacio, midiendo sus pies en los escalones. Lanzó una risa burlona y tomó la foto sobre el escritorio y después fue honesto consigo mismo y volvió a la seriedad, inmóvil en centro del cuarto.

El nombre se soltó de la trampa y comenzó a rebotar suavemente en las paredes de su memoria. Acto seguido cerró los ojos y la besó.

"Está oscuro todavía, pero el amanecer es inminente.

"Abro con sigilo el cierre de la tienda de campaña y me dirijo guiado por el oleaje fosforescente hacia la playa. Puedo adivinar la sombra de la alta torre de vigilancia que hay a un costado del campamento.

"El sol parece azulado pero rápidamente es una bola amarilla cuando se asoma detrás de la isla que cubre el centro de la perspectiva como un cinturón.

"Una bruma anda al ras de la bahía.

"No hay rastro de las ballenas.

"Parece que hubieran entrado en una inmersión global y estuvieran hablando allí abajo, en el suelo de las heladas aguas, sobre cosas que tienen que ver con su universo y no con el nuestro.

"El sol ha subido y del otro lado del cielo Venus desaparece.

"Trepo en la lancha que ha quedado jugando en el agua gracias a la marea. Aún no sé bien por qué

estoy ahí. El sol quiebra la bruma y hace una franja que cruza la cala desde mar adentro. Una columna brillante enciende el agua como una diagonal de inteligencia cósmica.

"Y entonces comienzan a surgir pequeños bultos negros en la superficie.

"En el área dorada las cabezas de las ballenas comienzan a asomarse en posición vertical.

"No entiendo lo que veo. Jamás he sabido de costumbre semejante. Rocas vivas y puntiagudas que emergen del agua.

"El bote anclado en la arena se deja llevar por la corriente internándose escasamente en la laguna.

"Pareciera que todas las ballenas, hay miles de ellas, han decidido celebrar el alba.

"Entonces recuerdo lo que he leído acerca de esta hora en el mar: los rayos del sol entran oblicuamente al agua, iluminando las partes más cercanas a la superficie. Y hacia esa luz se mueven todas las formas de vida; la terca voluntad que se diseminó por el planeta hace millones de años. En esa atracción se intuye un parentesco, que nos cuesta reconocer a causa de la diferencia. Una relación primitiva que yo he buscado con las ballenas. La vida que necesita el calor y la luz, y llega desde el fondo hacia el sol tangencial que penetra otro día más en la bahía. Es el festín de los delfines entonces. Mientras las ballenas se mantienen en posición vigía, los delfines saltan entre ellas con una agilidad desenfrenada y el mar parece hervir.

"Me tapo los ojos con las manos y rápidamente vuelvo la vista al espectáculo.

"Entonces distingo un lomo brillante que se dirige hacia la playa donde estoy.

"Frente a mí, segundos más tarde, emerge la robusta cabeza de una yubarta.

"Puedo escuchar cómo la espuma hace ruidos entorno a su cráneo.

"Una ser gigantesco está frente al bote, sosteniendo su cabeza fuera del agua. Veo las huellas y surcos de su piel. Escucho la agitación de sus músculos, su trabajosa respiración, huelo su aliento.

"Su ojo me observa con movimientos cortos. Como si tuviera miedo. Entonces la saludo. No sé qué hacer. Alzo la palma de la mano y hago un gesto, despacio. Yo quiero decirle: "te veo, no me moveré de aquí". ¿Me entenderá?

"La ballena se sumerge y no está abajo más de cinco segundos cuando vuelve a subir echando estrepitosamente el soplo. Sus movimientos agitan el bote. Pienso en arrojarme al agua. No sólo es peligroso a causa de las corrientes sino porque me congelaría. Pero aun así dudo. La ballena mantiene el ritual.

"La curiosidad de la ballena me estremece. ¿Qué es este animal? ¿Cómo es que el tiempo ha creado algo tan diferente a las demás criaturas? Trago saliva, me estalla el corazón; nos seguimos mirando. Intuyo que hay un intercambio de muchos sentimientos sólo con esa actitud; que se ha establecido

un puente por el que viajan partículas de una percepción distinta de las cosas. Cada vez que la cabeza se sumerge pienso que no volverá a salir. Pero no es así: la yubarta no se mueve del mismo sitio. ¿Qué hace allí, qué quiere de mí?

"Me inclino sobre el costado del bote y me estiro para tocarla. No alcanzo. Mis dedos están a unos escasos centímetros del gigante. El tiempo transcurre en ese susurro del amanecer consumado y baja por las gotas en la piel lustrosa de la ballena.

"Quizá esto no vuelva a sucederme en toda la vida y entonces corro desesperado en la primera inmersión en que la yubarta me da tiempo y vuelo hasta el campamento en busca de la cámara de fotos. Luis está despertando y lo arrastro sin hablar, sólo con la mirada, sólo a él, no quiero hacer de nadie más ese momento. Le pido la cámara y entiende. Salimos trastabillando de la tienda.

"El día ya está claro. Con un resplandor que se propaga en toda la costa. Mientras corremos hacia el mar observamos el bote y frente a él la ballena que vuelve a salir del agua, lentamente. Luis alcanza a intuir lo que ha ocurrido. La vemos permanecer así varios segundos. Entonces comprendo mi error. Cuando llegamos es tarde, el lomo se curva y la vigorosa cola brota del agua haciendo una fuente natural. Luego se sumerge, iniciando el regreso al mar abierto."

QUINCE

Se había levantado exultante aquella mañana. Desdeñando el frasco de sensitivas o el de despertadoras, bajó a organizar un rico desayuno. Era un día puro y los vecinos de Campo Girasol estaban silenciosos. De pronto escuchó la voz del interfono por medio de la terminal de Cinco en la cocina, que dialogaba con alguien. Habían dejado una carta en el buzón. Fue hacia la puerta.

En el suelo había un pequeño sobre con su nombre escrito a mano. Salió a tomar el aire y vio el vehículo de mensajería que cruzaba la zona residencial. Se sentó en la escalera de piedra junto a los bambúes y lo abrió. Atrás decía simplemente: Anna.

Aix leyó bajo el cielo fresco y luminoso.

"Querido amigo: Recibí tus palabras. Si no te contesté inmediatamente por láser fue porque pensé que sería más significativo hacerlo en carta. Me esfuerzo por no perder la primera emoción que me dejó tu mensaje. Yo en ese momento estaba en la Ginebra vieja, cosechando la única forma de felicidad que me queda —aparte de la que tú me has dado— que es re-

gresar. ¡Suerte que no olvidé mi antigua terminal en algún restaurante de París! Ese deseo que guardaba, que no quería alimentar demasiado, se ha cumplido. Ahora me toca a mí hacer ciertas aclaraciones. Será en forma desordenada porque si no jamás terminaría de escribirte.

"No fuiste tú el primero a quien confié el recuerdo de David y Gisella. Lo intenté con muchas personas, algunos parientes, y con mi hijo una vez. La correspondencia y la historia gustó a varios de ellos, alguno llegó a intuir cuál es la idea escondida en las cartas. Pero nunca los obsesionó como a mí. De alguna manera es comprensible que sólo cierto tipo de personas se dejen atrapar y logren depositar expectativas en la petición final de David. Me alegro que te haya ocurrido esto y a la vez me preocupa porque muchas veces yo misma he tenido que olvidarme de sus palabras para no caer en una obsesión. Lo que pasa, claro, es que en determinados días no se puede escapar al agobio, resignarse a la pequeña parcela que nos hemos procurado, sin que podamos modificar este sistema mezquino. Premios a corto plazo que parecen diseñados para olvidar de qué modo se han radicalizado las cosas, y convencernos de que no podemos hacer nada al respecto. Todo está más cerca y más lejos que nunca: los desastres son historias de otros sitios y otra gente. Esa distancia es inventada y estirada por los mismos a los que agradeciste el permiso de compra de tu analizador cinco

cuando ingresaste a la Academia. A veces, cuando recobramos la razón, que uno mismo ha ayudado a marginar, la asfixia es tan grande, que el llamado de David nos atrae de nuevo. Nos tira hacia otra cara de lo que somos, hacia lo que hemos neutralizado convencidos del modelo exitoso. Hay en él una desesperación que creíamos extinta.

"Todos consideraron siempre exagerado e infundado mi interés por las yubartas, tal vez porque la mayoría de ellos se olvidó de exagerar hace mucho.

"Al principio no pensé que contigo fuera a ser diferente. Estaba segura sí, de que si hacías el esfuerzo de traducirlas y leerlas te gustarían. Qué bueno que llegaste a la última, que llegaste a esa sorpresa de lo que nos pide David. Pero jamás se me ocurrió que aquel muchacho delgado y de rostro especial, que me interceptó nerviosamente en el pasillo de la biblioteca, fuera a ser el gemelo que siempre busqué, el que pudiera repetir la impresión que ha quedado en mí desde que leí las ideas de aquel punto del pasado. Intuitivamente, procurando esa comunión, hice participe de aquella historia —que ha construido la mía propia— a todos los que podían heredar el último mensaje de David. Lo que a veces llamo el Juego. Hasta que las mismas intenciones, el mismo gusto por los espacios sugerentes y por ese destino, que puede cambiar de forma como la bruma, nos encontraron.

"Todavía me cuesta creer que este antiguo deseo se haya cumplido. Siempre me fascinó la figura de Alfredo —todo lo que deposité a partir de la brevísima descripción de David— y siento que me ha tocado un papel similar al suyo, cosa que me enorgullece.

"Supongo que tu curiosidad creciente te hizo abrir ya el otro sobre que te di junto a las cartas. Es la narración ficticia que nuestro amigo tituló: "El amor de Gisella". No hice ninguna nota aclaratoria porque no pensé que llegaríamos a este momento. Pero ahora me impaciento por compartir contigo lo más importante. Lo hablaremos en persona a mi regreso, pero supongo que no me perdonarías que escatimara un adelanto.

"David dejó de recibir las contestaciones de Gisella justo cuando se hallaba en el momento más interesante de su contacto con las ballenas. La búsqueda de la fórmula absoluta —como él la llama— una de cuyas ecuaciones podría ser el Juego. Pero, y esto ya es suposición mía, también debió comprender que la pregunta cambia con el paso del tiempo. Algo que, imagino, puede haber sido devastador.

"Los fue separando la distancia a pesar de la resistencia que David oponía. Sus otras pasiones los envolvieron y confirmaron la ruptura. Al parecer, ella estuvo detenida mucho tiempo y cuando salió, nunca regresó definitivamente a la Ciudad de México.

"El final de David sigue siendo una gran incógnita. Durante varios años lo dieron por desaparecido en mar abierto. Dos años después de enviarle la primera carta a Gisella, obtuvo un permiso para estudiar a las yubartas durante un recorrido completo, ida y vuelta durante su migración de las aguas polares a las subecuatoriales. Consiguió el apoyo de varias sociedades ecologistas y excursionistas, y lo dejaron ir solo.

"Durante un tiempo se rumoraron anécdotas diversas sobre el muchacho que se reunía con las ballenas. Un periódico de la época llegó a publicar una foto increíble: a contra luz de la última claridad del día que termina, se ve la silueta de un bote con un hombre, y rodeando la embarcación, las oscuras sombras de siete u ocho yubartas, todas sacando la cabeza fuera del agua como inmensas columnas. En las excursiones turísticas suelen acercarse una o dos ballenas a los observadores de cubierta. Pero nadie consiguió explicar jamás, cómo este solitario navegante lograba convocar a tantas y permanecer con ellas durante horas en mar abierto. Algunos argumentaron que David usaba grabaciones para atraerlas, o sonidos. Otros afirmaron que lo escucharon a él mismo producir los llamados. Se describían insólitos conciertos en alta mar de melodías agudas y nostálgicas que llegaban a veces hasta la costa. Esta fotografía, la prueba final de lo que él quería compartirle, nunca llegó a manos de Gisella. Sin embargo existe. Logré

encontrarla después de largos años de búsqueda. No puedo describirte mi emoción cuando di con ella, y llegué al último puerto de esta historia.

"Como ya dije, por mucho tiempo se creyó que David había muerto en el mar. Pero, y el origen de esta información es dudoso, también se propuso que había desembarcado en el sur del continente, consiguiendo un trabajo para quedarse a vivir en la costa. Puede tratarse de dos personas, y ser esta hipótesis el producto de una confusión originada en los intentos desesperados que hicieron sus padres por encontrarlo.

"Existe igualmente la versión de que regresó a México y que nunca encontró a Gisella, o que no intentó hacerlo cuando se enteró que ella había vuelto a unirse con alguien después de la prisión. Todo esto lo supe por mi madre, que compartió su interés por los viejos cuentos de la familia, de los cuales, como te imaginarás, éste destacó sobremanera. Hay un detalle que mi madre remarcaba con un disimulado regocijo. Al parecer Gisella siempre guardó las cartas y las leyó una y otra vez. Es muy probable que ella haya creído la versión de la muerte de David, porque años después de sus últimos contactos por carta, le llegó a México la noticia de un cuerpo encontrado en una playa de la Patagonia, cerca de Puerto Nuevo.

"Muy distinta a la que había sido de joven, nunca tuvo las fuerzas de reconstruir su pasado. Y no volvieron a verse.

"Esa es la historia, querido amigo. El fin de la historia.

"Volveré a escribirte y aunque pasen varios meses para verte de nuevo, sólo servirá para aumentar las ansias de comentar todo lo que nos queda. Hablas de decisiones importantes en tu láser. ¿Puedo saber de qué se trata?

"Besos.

"Anna."

Aix se estiró sobre los escalones al pie de su casa, conmovido por las revelaciones de la carta.

Sintió el peso del sol sobre la liviana camisa que llevaba puesta y se acomodó en el suelo, mientras la congoja le enrojecía los ojos.

Casi todo lo que estaba por venir ya se había definido en su cabeza después del último paseo que, sin saberlo, daría por los prados del Complejo.

Cuando estuvo de nuevo en casa, Cinco le avisó del viaje de estudios que tenía que cumplir para la Academia: ocho semanas en una estación en construcción. Tendría un intenso ritmo de trabajo y debía presentarse al internado de asesoría astronáutica para recuperar la condición física. No aceptar era renunciar a la Academia. Una decisión imperdonable que lo relegaría de la ciencia y de la posibilidad de

alcanzar los viejos objetivos. A pesar de esto, y aunque le dijo a Cinco que solicitara los horarios y los exámenes, supo que su nueva meta no daría tregua y que aquella sería su última práctica de ingeniería espacial.

Estuvo decidido a visitar a Emmil en Montreal apenas Cinco terminara su teoría, con la que, sabía, podía atacar perfectamente el tema.

Esa noche, mientras planeaba los dos viajes, las conclusiones de Anna lo obligaron a regresar a las cartas de David y se quedó despierto hasta la madrugada releyendo las partes que más le habían atraído.

Las letras bajaban rápidamente por la pantalla de Cinco como la estela del tiempo y del antiguo amor de David Basle. Letras como diminutas luciérnagas en silencio, descomponiendo el presente, enajenando a Aix que ha cambiado para siempre.

Entonces:

"Fue antes de entrar a la Universidad en México, donde te conocería. Había robado a Papá la grabadora portátil. Puse un casete con los sonidos de las yubartas. Me cubrí por completo bajo la manta, iluminado con la llamita del foco rojo. Respiraba entre los lamentos, como si hubiera caído con mi globo de tela en el abismo de las ballenas. Las notas agudas penetraban en el submarino improvisado para no olvidar, desde entonces, la razón de mi ingreso a la Universidad. Dormí con el eco de sus cadencias, jurando y dudando, con la sinceridad que ya no tengo,

y la pasión que sólo, si es que sucede, podré recuperar aquí. Y luego esa triste premonición de saber que tu vida es demasiado corta y que te perderás las grandes respuestas. Si el hombre llega, si su conocimiento puede acercarse a la naturaleza y es en algún período, total, ¿creará otro principio, repitiendo el círculo?, ¿cuál es la recompensa en el tiempo incompleto? Cuánto y queremos todo. Todo o nada. Afuera algo concreto, la farola prendida de la caseta del cuidador, un cielo oscuro por la posición de la Tierra que gira irremediablemente. Afuera el mundo que captan los sentidos, queriéndonos decir algo... un secreto que no entendemos."

DIECISEIS

Cuando Emmil salió por la puerta principal, al fondo del empedrado, apoyado en la fuente, creyó ver a Aix. ¿Era él? Muchos estudiantes y profesores caminaban en uno y otro sentido, obstaculizando la visión de aquel muchacho delgado que lo estaba observando directamente. Sí, era él. ¿Y qué demonios estaba haciendo ahí?

Caminó hacia el fondo y Aix se incorporó también para ir a su encuentro. Antes de saludarse, cuando estaban a unos metros, Emmil notó que su amigo había tomado alguna sensitiva, porque tenía los ojos rojos y sonreía al parecer desde el sentimiento de superioridad característico de las pastillas.

—¡Aix!

—Hola, Emmil.

—¿Qué haces aquí? —dijo abrazándolo.

—Necesito hablar contigo.

—Qué sorpresa. Jamás se me hubiera ocurrido que tuvieras tiempo de venir aquí.

"Descuido el tiempo mucho más de lo que tú crees, estimado amigo" respondió para sus adentros.

—¿Qué pasa, Aix? —preguntó el cuántico—.

—Vamos hacia allá, hacia los parques.

Caminaron un rato hablando de la próxima salida de Aix a la estación en órbita; Emmil lo felicitó. Se perdieron por los senderos rodeados de pinos que ocultaban las instalaciones del Instituto de Astrofísica. En otra situación, Aix hubiera intentado disfrutar más las imágenes del lugar, pero los nervios lo aplastaban. Tal vez sabía que la parte infantil de lo que estaba por proponerle a su amigo lo dejaría rápidamente en desventaja. Dudaba, con la mirada perdida en el verde, y la atención muy lejos de las palabras de Emmil. Pero ¿cuál era la otra alternativa? ¿Abandonarse a una añoranza como la de Anna, en el corral sin escapatoria de su frustración, pelear la cansada escalera de la Academia habiendo perdido los alicientes? El riesgo que suponía la aventura que había imaginado le producía terror —no separado de melancolía—; pulverizaba su disfraz actual, pero prometía curar su rencor.

Al hacer un alto frente a unos oscuros ventanales, detenidos en el camino de piedra, se lo dijo:

—Emmil, quiero viajar, quiero hacer un experimento.

—De qué se trata —respondió Emmil con una sonrisa inquieta.

—Quiero, no sé cómo, tú debes ayudarme, si es factible, claro, intentar un viaje en el tiempo, un viaje al pasado.

Emmil se rió despacio y miró hacia el cielo.

—Ya sabía yo que esa información iba a volverte loco. Ya lo sabía. Mira, tengo una relación magnífica con los profesores del proyecto, me dieron un seis y estoy dirigiendo a un grupo de estudiantes mientras colaboro con el profesor Snelgrove. Creo... tenemos que hacer un par de locuras, creo que puedo hacerlo. Maldito Aix, ya lo sabía.

—Tienes que ayudarme porque...

—Últimamente se envían sólo anas-robot. La VD ya hartó a todos; pero pienso que hay posibilidades. No creas que es algo exento de todo peligro, tiene lo suyo. Es más —dijo tomándolo efusivamente del brazo—, voy a confesarte la verdad: por tu práctica como astronauta, pensaba proponértelo yo mismo. De algún modo te preparé insertando en Cinco esos datos, porque sabía que te iba a entusiasmar la idea. Si lo logramos, irás de observador con mi seis, cubriendo el lugar de algún compañero, en alguna de las rutinas que ya me aceptaron.

—¿Tú ya lo has hecho?

—No, no cumplo con los requerimientos físicos.

—Emmil —dijo Aix en un suspiro—, yo quiero viajar verdaderamente, romper la VD.

Emmil lo miró entonces con una mezcla de pavor y ternura.

No supo qué contestarle.

—Aix, por favor. En qué holograma crees que vives. Es imposible, eso sí que es imposible, para ti y para cualquiera.

—Podemos hacer la trampa, decir que...

—No se puede, Aix. Romper la VD. ¿Qué entiendes tú por romper la VD, querido amigo? Está prohibido intervenir sobre la VD sin la aprobación de un proyecto, y aparte de que hay miles que se están revisando en este momento, jamás dejarían que un ser humano atacara por primera vez la VD. Por otra parte muy pocos vehículos tienen propulsión propia, el estiramiento del "túnel" se da desde el Laboratorio. Eso sí que no se puede. Además te estoy proponiendo algo por lo que miles de estudiantes están peleando hoy, ¡un viaje como observador en un agujero de tiempo! Es un privilegio único, tu nombre pasará a los archivos de la génesis sobre la investigación de los AT.

Aix se sentía ridículo y enojado consigo mismo, pero insistía.

—Emmil, necesito ir.

Emmil se rió.

—Ir adónde. Sí, ya lo sé, todos los de aquí también soñamos con ser el primero en traspasar la VD y regresar.

—¿Y están cerca?

—Para nada. Todavía falta mucho; falta mucho para que exista un buen proyecto. Estamos hablando de siglos, probablemente. Hay excelentes ideas, pero

ninguna resuelve problemas esenciales de seguridad, ni siquiera es pensado aún arriesgar un ana-robot. Y por supuesto lo más importante: todavía hay dudas sobre la teoría de que estemos realmente acercándonos al pasado. No se sabe si "el pasado" es una dimensión que existe, y no está claro que la VD nos separa de ese otro espacio. Aún le caben muchas explicaciones a lo que hemos estado viendo. Por otro lado, si efectivamente, detrás de la VD está el pasado, nos metemos en un mar de paradojas, nadie sabe si...

—Cinco tiene una teoría. ¿Si se rompe la VD y se ingresa al pasado, dices? Cinco tiene una teoría.

—Cinco es sólo un cinco, cargado para colmo con muchos espacios-tema.

—Abandoné todo.

—¿Qué?

—Sólo trabaja en VD ahora. Te traje una copia. Se contactó con tu cinco de Quebec y éste le pasó las ecuaciones de tu espacio-tema número siete...

—Efectos relativistas en los experimentos de AT —repitió Emmil automáticamente con la mirada perdida en el vacío.

—Sí, y elaboró esto: "Teoría de los tiempos paralelos".

Cuando el día terminaba Emmil acompañó a Aix al aeropuerto. Su risa se había convertido en sombra con el paso de las horas. La firmeza en Aix revelaba

un serio desequilibrio. Se sintió violentado por su insistencia. Le parecía que tal actitud era reflejo de la desesperación, una forma de explotar. Pero lo más grave era que Aix no tenía escapatoria. Pensó que su cerebro podía estar alterado por el exceso de sensitivas, pero no había ningún indicio, además de aquella necedad, que indicara que la decisión pudiera ser producto de un arrebato pasajero. Sintió lástima por él, por la amistad, en un momento. Después, su mente, acostumbrada a las carreras del análisis, se cuestionó si no existía una parte de admiración también por Aix en aquel primer rechazo.

Había aceptado, a lo largo de la extensa discusión, iniciar un trabajo sobre propuestas de alteración de VD, recopilar la información sobre el tema hasta entonces desarrollada y enviar directamente a Cinco los datos. Había cedido en supervisar la teoría de los Tiempos Paralelos y mejorarla en los puntos flojos que tuviera. Respetó los motivos de Aix, sin cuestionarlos más desde que se convenció de su determinación. Acordó, finalmente, recopilar y sistematizar para él las docenas de artículos sobre el tema de la relación estiramiento del AT con posible coordenada temporal de encuentro con el pasado. Pero a una hora de despedir a Aix en el aeropuerto, se negaba rotundamente a llevar a la práctica lo que concluyeran a raíz de esa investigación, de aplicar con la infraestructura del Instituto lo que descubrieran en el plano teórico, o las ideas que pudieran robar

gracias al acceso ilimitado que tenía de información. No permitiría jamás que llevara a cabo su deseo de "volver", porque no tomaría él la responsabilidad de semejante acontecimiento, donde la vida de Aix y su carrera como investigador quedarían truncadas para siempre.

—Aix —le dijo en un momento—, entiende una cosa. El viaje en el tiempo es un imposible físico, y la prueba de ello es la ventana dimensional. Los cuánticos y los físicos serios, incluso los del siglo pasado, siempre lo intuyeron. Tal vez es mejor que así sea. El hombre debe desechar este viejo sueño y atacar otros numerosos problemas igual de fascinantes. Yo trabajo en esto: llevo semanas viendo resultados que con tu misma terquedad me garantizan que no hay posibilidad de alterar la VD, que estamos dramáticamente encerrados en nuestro universo tridimensional, que somos seres con límites absolutos. Escúchame, nada nos dice... no tenemos ni la remota esperanza de pisar alguna vez la Tierra primitiva, algo parecido inclusive a los tiempos paralelos que propone Cinco. Nada nos hace creer que podamos darle la mano a Newton o acompañar a Marco Polo o advertirle a Sophía Marshall que esa noche en el concierto van a matarla. Si pudiéramos hacerlo sin problemas, si el ya de por sí dificultoso control de un agujero de gusano fuera todo lo que necesitáramos para volver, saldríamos de la boca B en medio de un día luminoso de la prehistoria o saludaríamos a los primeros que

tuvieron la idea, pero no, en vez de eso, nos topamos siempre con la ventana dimensional.

—Sí, pero por algo le dicen ventana y no barrera dimensional.

En las pantallas de la enorme sala apareció el mensaje que indicaba la partida y Aix tuvo que abordar. Se despidió de Emmil con un apretón de manos.

—Ayúdame —le dijo antes de perderse de vista.

Ya en el avión, se maldijo por no haberle leído la copia de la carta que había llevado consigo. Las reglas del juego. Tal vez porque aquello sólo podía funcionar en privado. Y para comprobarlo, la extrajo de su saco y la leyó nuevamente sobre la mesa del asiento.

"Hace ya dos meses que no recibo una carta tuya. Estoy frente al mar ahora. Derrotado al fin por nuestra nueva distancia, por este silencio tuyo, tan temido. ¿Será el final? ¿Qué ha ocurrido contigo? Mi imaginación da todas las vueltas; mi perversa imaginación en forma de anzuelo, proponiendo lo peor.

"Cuando comencé a escribir sabía que lo hacía para ti, pero me he dado cuenta que sólo escribo para mí mismo esta carta.

"O no. Escribo para ti, otro que lees ahora estas líneas y viajas de inmediato al pasado. Las cartas han caído en tus manos milagrosamente. Alguien te

las ha dado porque Gisella y yo hemos desaparecido hace muchos años. Te has metido en nuestra historia. Este amor que se ofreció como una maravillosa insolencia, para que después lo dejáramos morir, lo pusiéramos en esa caja que se cierra con el paso de los segundos y los días hasta que nadie encuentra la llave. Y nos ha ido sumergiendo, jugando con nosotros, diciéndonos que nunca ocurrió, o sí, pero no con la magia que pensábamos.

"Te escribo a ti, el que vive en el futuro. Puedes ser igual a mí en este instante. Ahora estoy junto a ti y ambos desempeñamos el papel del otro. Espera, déjame contarte cómo es el lugar a donde has llegado.

"Es una costa cerrada en una bahía, casi una laguna marítima. Estamos rodeados de piedras grandes, dándole la vista a la gran esfera oceánica que se abre tras la boca de las islas, extrañando a alguien que ahora es sólo una entelequia. Hay movimientos mínimos entre las rocas que están en la orilla, intenciones del aire que comprueban apenas la marcha del presente. La bruma ya se ha retirado a las colinas que se elevan hacia el continente. El agua está serena. Si aguardas unos minutos, a lo lejos, verás la aparición de alguna ballena.

"Si estoy llegando a ti, te lanzaría un pedido. Veré si puedo explicarlo.

"Hay cierta impresión cuando me encuentro frente al mar. En cualquier playa, en cualquier costa, en los sueños o en la realidad. No puedo dejar de

mirar en busca de ballenas o delfines. Al principio confundo una ola espumosa, o algún ave que descansa sobre la superficie, con una señal de su presencia. Es una excitación muy particular. Me doy cuenta que entorno los párpados queriendo atrapar toda el área, más allá del horizonte que alcanza la vista. Esperando que se acerquen, que aparezcan. Llamándolos con el deseo. Invitándolos a llegar a este borde, para que nos cuenten algo de los abismos y del mundo circular donde viven.

"No sé quién eres o cómo te llamas, o desde qué distancia o fecha me escuchas, pero puedo asegurarte que no serás el primero en intentarlo. Yo he aprendido y me he ejercitado en hacer esto que ahora te sugiero.

"Hace tiempo fui amigo de una persona que me describió con detalle lo que experimentaba al observar la luna. Me contó cuál era el sentimiento que, muchas veces, le producía aquella imagen. Esa persona, un viejo maestro mío, murió hace unos años, y de vez en cuando, al toparme con la luna en el cielo, he probado sentirla a su manera. En ese momento salgo de mí temporalmente para que él se recupere y vuelva frente a su luna. Como acostumbraba; cubierto en mí; le devuelvo su espíritu, fugaz pero íntegramente. Y yo tengo ahora la misma necesidad.

"Si la representación logra ser precisa, puedo despedirme de este mar y dejar para siempre el amor

de Gisella. Si tú existes, es posible perderlo todo. Si nos reconstruyes y recreas lo que te he pedido, lo que en este instante se me ha escapado, regresará a mí algún día.

DIECISIETE

Un año después del encuentro en Montreal, luego de numerosas comunicaciones, Aix volvió a ver a Emmil. Fueron las últimas horas para aquellos amigos. Emmil había cambiado, estaba de ánimo sombrío y susceptible. Los problemas que tuvo que enfrentar después de la fecha fatal lo convirtieron para siempre en un solitario y su tendencia natural a la introversión se acentuó. Pese a todo, guardó su alto rango científico y en la actualidad es el principal especialista del mundo en cuántica de taquiones.

En la última tarde, Emmil equiparó la idea de Aix con el suicidio.

—He pensado mucho en el suicidio, ahora que estuve en la estación orbital —le respondió Aix—, y tengo una idea clara al respecto. Vivimos en el gran siglo del suicidio. Todos se han suicidado al firmar su sentencia cortoplacista, indiferentes a las ideas o las penas de esa abstracción que han pasado a ser los otros. Ya sé que en mi caso las cosas han ido empeo-

rando, me obligan a urdir un escape. Pero creo que igual estás de acuerdo conmigo. La única arma que he encontrado contra el suicidio que nos rodea es la ciencia, para la cual hace falta tener una voluntad privilegiada, como la tuya.

—Hermano —era la primera vez que Emmil lo llamaba de esa manera—, tú también —y se detenía interrumpido por la agitación— también tienes esa voluntad.

—No es así, nunca fue así. Siempre envidié tu carácter, tu fortaleza...

—Y yo tu vitalidad. No puedes darlo todo por perdido...

—¡Al contrario! —exclamó Aix con los ojos encendidos— ¡No te eches para atrás ahora, por favor! Lo arriesgo todo para tenerlo todo. Doy por perdida mi presencia aquí, mis frustraciones locales, pero abro la gran puerta. Convoco al reino de lo imposible. Y en eso sí me distingo. Sé que las matemáticas y las leyes de la probabilidad me condenan, pero al fin, algo cobrará sentido.

—Vamos, Aix, tienes veinticinco años, puedes intentar otras cosas todavía. Si tú mismo lo dices, ¿no te das cuenta que estás escapando?

Aix lo miró directamente y respondió:

—Es mi huida, mi decisión.

Emmil no ponía en duda sus argumentos y aún así aquello era un disparate. Quería sentir que una razón profunda y objetiva, a la que no podía arribar

por algún defecto en sus cuestionamientos, sustentaba lo que iba a suceder. Y la única forma de ponerse a la altura de Aix en tal decisión, en semejante manera de ver la vida, era ser su cómplice, desechando la cautela y dejándose golpear por su pasión.

—Déjame contarte —dijo Aix en un tono extraño—, lo que he pensado del suicidio, allá arriba.

"Quiero creer que hay dos tipos de enfrentamiento con el final por voluntad propia. El primero está desencantado de la vida, el segundo se agarra desesperadamente a ella y es tal vez la expresión más rotunda de continuación de la vida. Creo que la segunda opción es la mía, como ha sido la de otra gente, porque pensamos en realidad escapar a la muerte buscando una razón divina para arriesgarnos.

Emmil escuchaba en medio de un letargo donde coexistían su cariño y su alarma. Había peleado todo un año y finalmente lo vencían. Aix y él sabían que un viaje en Axxon, diseñado con todos los detalles, hubiera podido sustituir (y mejorar), por un buen tiempo al menos, las mejores fantasías depositadas en aquella locura. Aix le había respondido socarronamente: "precisamente de esa patraña autocomplaciente es que estoy despidiéndome".

Caminaron en silencio un buen rato. Ya sabían que la decisión era irrevocable. La cercanía del final llevó a Aix a relatar una idea que había tenido después de cumplir su primera meta.

—En la estación se me ocurrió una historia que tiene que ver con esto —dijo—, tal vez tendrías que escribirla si te gusta.

"Un vehículo interestelar en un futuro no muy lejano, arriba a las proximidades de la estrella binaria 61 Cygni —al parecer existe un sistema planetario más o menos viejo allí, estuve leyendo algo al respecto—. Durante sus excursiones a los planetas más exteriores, la tripulación ha descubierto dos mundos inorgánicos con paisajes increíbles y cadenas montañosas que superan seis veces a los Himalaya. Bautizan a los gigantes como... Huygens y Galileo, y dejan allí una base para futuras expediciones.

"Habría que describir antes del desenlace una escena más o menos así: uno de los tripulantes no puede dormir. Presiente la luz encendida en el recinto contiguo, donde descansa el comandante. Camina hacia la parte trasera de la nave y se asoma al cuarto de análisis de muestras, donde un ana-ocho trabaja a gran velocidad.

Emmil sonrió ante la utópica idea del ana-ocho.

—Desde allí llega la deslumbrante fuente electromagnética de 61 Cygni y a veces de su compañera —continuó Aix bajando la voz—, y se coloca los anteojos filtro. Luego va en dirección contraria, hacia la cabina principal, y se detiene ante el vasto océano de

estrellas mudas que se ordenan en nuevas estructuras, y que guardan el código ancestral para descifrar su origen. Y casi descubre la fantasmal sombra que la nave proyecta hacia los confines sin regreso. Allí sus pensamientos comienzan a cambiar. Ya está cerca la idea del suicidio aunque falta el descubrimiento que pondrá el motor en marcha.

"Sabe que no podrá dormir hasta conocer los resultados que ofrezcan los experimentos con arena de Huygens expuesta a reactivos bioquímicos. Llevan varias jornadas en el sistema y si las muestras dan resultado positivo, el hombre tendrá las primeras pruebas de vida en otro sistema solar. Una biología que no se haya estancado, que siga evolucionando. Si no obtienen respuesta allí, queda una última y remota esperanza en Kepler, el mundo más cercano a la estrella principal. Es difícil que haya células en esta tierrita blanquecina, piensa, ¿vida a partir de silicio? Programa su alarma y dormita unas horas. Con el tenue sonido despierta y recorre los pasillos a saltos torpes por el escaso efecto gravitatorio que genera la nave, hasta que llega al laboratorio. La cara de sus compañeros es elocuente. Nada.

—¿Y bien? —preguntó Emmil.

—Hay algo en la luminosidad verde de Kepler, el último planeta.

—Qué tiene que ver todo esto, Aix.

—Escucha la idea. Resulta que... hay vida en Kepler. Hay clorofila y fotosíntesis en ese mundo

acuático y tibio. Cierto tipo de plantas está transformando la atmósfera y expandiendo el reino del oxígeno. ¡Han comprobado la teoría de los "signos de vida"!, ¿recuerdas?, en la que trabajábamos antes que los taquiones consumieran todos los espacios-tema. Es una noticia conmovedora para los tripulantes, inesperada y decisiva, pero sobre todo para mi personaje. Y entonces acepta la idea que ha venido germinando.

"Un día antes de su muerte, cuando la nave está por regresar, el comandante lo ve trabajando en uno de los vehículos independientes y le pregunta qué hace. Está ensamblando un aparato láser alterado por él para cumplir con una tarea insólita: repetir para siempre, alimentado por las celdas solares, la Séptima sinfonía de Beethoven.

"La expedición tiene prohibido intervenir en la vida autóctona de un planeta en caso de encontrarla, por tanto sólo han dejado señales de su paso por el sistema en Huygens. Esto es muy poco para él. Utilizando una excusa logra salir en el vehículo. Recién les advierte de su idea cuando es muy tarde. Ya no pueden alcanzarlo y la nave tiene que regresar, entre otras cosas porque carece de combustible para maniobrar. El otro vehículo independiente tampoco puede interceptarlo en su recorrido porque no tendría potencia para llegar a la velocidad del trasbordador principal. Se despide y prende el láser.

"Los acordes van apareciendo mientras inicia una órbita perfecta. A lo lejos, la nave, su último contacto con el mundo donde nació, se aleja de él para siempre, llevándose todos los recuerdos de la Tierra. Se separa de lo conocido para ingresar en una apuesta incierta y fascinante. El oxígeno durará dos días y se irá quedando dormido. 61 Cygni brilla detrás de Kepler y sus lunas dentro del mar del vacío. Imagina cuando la vida de Kepler se convierta en inteligencia e intercepte su cadáver congelado. Sabrán entonces que otra civilización habita la galaxia y querrán identificarla. El sol desde allí es parte de una constelación extraña. Lleva planos consigo y mapas estelares que señalan al sol visto desde el ecuador del planeta. Entonces su muerte adquiere una función imprevista, y se carga de sentido. ¿Te das cuenta?, el tipo ha quedado para siempre circundando el planeta que contiene la repetición de la vida. Vida que tarde o temprano lo alcanzará.

A las seis de la tarde Aix y Emmil ingresaron al Hangar de Prácticas III del Instituto de Cuántica de Montreal, propiedad también de la Agencia Espacial Europea.

—Aix —preguntó Emmil en un momento—, si verdaderamente las cartas llevan un mensaje claro, ¿no sientes que tu papel debe ser quedarte aquí, volver a vivir desde aquí...?

—Emmil, vamos a crear una cuerda entre dos tiempos; o tal vez seamos un nuevo invitado en un mundo que, sin que muchos lo sepan, ya existe. Es la primera vez en la historia que esto es posible.

—¡Te he dicho que nadie sabe si es posible o no! —estalló Emmil.

—Tan lejos estábamos y ahora podemos resolverlo, ¿te das cuenta? —volvió Aix, impasible—. Respóndeme algo: la teoría que inició Cinco, tu teoría, los tiempos paralelos, la relatividad del transcurso, ¿son ciertos?

—Sí —afirmó Emmil, fiel a sus ideas y traicionando la posibilidad de la mentira como último recurso.

—Entonces sólo hay riesgo para mí.

—Así es.

—Déjame tomar mi riesgo, Emmil, soy dueño de él y los dos acordamos respetar esa libertad.

Simultáneamente vislumbraron la soberbia de aquella confianza ciega en los postulados de una teoría nunca confrontada. Como si hubieran sido siempre los dueños del mundo sólo por estar enterados del último escalón ganado penosamente a la verdad. Esa escalera sin fin para Emmil, y de necesario desenlace para Aix.

Después de lo dicho, Aix forzó el abrazo que los ató para siempre como la firma de tantos códigos y emociones compartidos. La firma del final, y también, de un vago comienzo.

Se tuvieron desde entonces con gran fuerza en el recuerdo.

EPILOGO

Las cartas de Alexander Soubercaseau, Aix, resolvieron los problemas legales y sus confesiones liberaron a Emmil Market de toda responsabilidad. Ninguno de los ciento treinta técnicos involucrados en el experimento —el Doctor Snelgrove entre ellos—, o incluso el Primer Ministro, pendiente con obsesión de las expediciones en agujeros de gusano, esperaron que una misión de rutina pudiera convertirse en una tragedia. La cápsula se desintegró por completo al colisionar con esa red energética que aún sigue llamándose ventana dimensional. A partir del desastre el parlamento canadiense aprobó una ley sobre control político en los temporalmente suspendidos viajes en agujeros de tiempo. La Ley duró menos de dos años, y actualmente la ventana dimensional sigue estudiándose con analizadores robot. La Agencia Espacial Europea retiró los fondos al proyecto de Snelgrove, pero SONDA respaldó inmediatamente la inversión construyendo el Centro de Lanzamientos de Agujeros de Tiempo, en Labrador.

Desde el primer momento, como es obvio, se hizo patente que el crimen de Soubercaseau no trajo ninguna consecuencia para lo que, gracias a él, seguimos considerando "presente inmutable". Desde luego esta es la razón drástica por la cual la teoría de Market es la más aceptada en la actualidad. El hecho sólo costó al cuántico la suspensión de un año, misma que el Consejo Universitario en Montreal ordenó levantar tres meses antes de cumplirse íntegramente. En el juicio en su contra pudo comprobarse que Soubercaseau lo engañó, así como a todo el personal técnico del Instituto y a los profesores que aprobaron su viaje. La causa de la suspensión de Market fue haber propuesto a su amigo para suplir al Doctor Alan Zeligmman en uno de sus viajes de rutina sin haber intuido el estado de ánimo que ocasionaría tal desenlace. La hipótesis de esta novela es libre y ha sido negada por Market en público y no es válida para reabrir el juicio.

La teoría de "los tiempos paralelos" le valió a Market el Einstein del año siguiente. Básicamente sostiene que las líneas temporales se desarrollan independientes unas de otras, separadas por la ventana dimensional. Si un vehículo lograra traspasar la ventana y arribar al pasado, se perdería por completo de *su* presente y no afectaría a éste en lo más mínimo.

Market dedicó el premio a su malogrado camarada y quiso compartirlo públicamente con Cinco, a quien trasladó íntegro al estrado en Amsterdam.

Insistió en que la Teoría merecedora del reconocimiento quedara firmada por Market-Cinco. Las palabras de la analizadora frente al abarrotado auditorio fueron: "Gracias a Alexander Soubercaseau por su amistad, al Doctor Market y su Analizador personal generación cinco, y al Analizador seis del Instituto de Cuántica de Montreal. Deseo que la Teoría abra nuevos campos de investigación. Quiero dedicarla a David y Gisella."

Hasta aquí llega la información de los datos y documentos recopilados.

Es imposible impedir que la imaginación siga en busca de la conclusión de esta historia, sobre todo después haber desarrollado en forma novelada hechos verídicos. También me ha costado separarme de los personajes e intentar borrar las preguntas sobre sus destinos.

Después de la difusión que tomó mi relato al ser traducido a lenguaje directo y, por consecuencia, el interés que surgió en torno al caso y al documento Snelgrove, mucha gente se comunicó conmigo y no pocos me enviaron su propia versión sobre el final inconcluso de la novela. Algunas me parecen ingeniosas, las conservo y no dejo de releerlas.

Emmil visitó a Anna por primera y última vez varios meses después del suceso. La vio en su departamento del viejo Quebec y le entregó una carta de Aix que ésta leyó delante suyo. Había allí algo para él también. Notó en ella un disimulado sentimiento

de culpa, pero intuyó un secreto placer en la mujer por la posibilidad de tal aventura, y ocultándole las pruebas del desastre, procuró convencerla de que los medios de comunicación habían mentido y que Aix había alcanzado su objetivo.

—Emmil —dijo Anna con tono suave—, Aix te dice:

—Querido amigo: ¿estás con Anna escuchándome? Nunca me atreví a leerte algo de David, quizás porque está en el idioma de los perdidos y eso impide enfrentarlo a tu lógica. Pero ahora, que ya me has ayudado —te estaré infinitamente agradecido— me atrevo a sondearte con algo que me atrajo de sus cartas, la razón de mi partida. Su mensaje más puro. Tal vez, amigo del alma, Anna, y otros que acaso lleguen milagrosamente a estas palabras, lo que quiero que lean a continuación fue escrito por mí, que he desaparecido y soy parte ahora de ese rumor que ustedes llaman pasado.

Me separó de los otros la intensidad que quería ganarle a cada segundo, una fatal impaciencia, no poder ocultar las verdaderas intenciones. Exigiendo una alteridad que desafía nuestra naturaleza. Tirando de la cuerda del amor de los otros, que cuando llegan al borde no dan ese paso por temor a arriesgar lo que han hecho de sí mismos y cuidan como un tesoro.

Yo tomaba de la mano a las personas y proponía jugarse todo lo conquistado. Pedía que soltaran sus amarras a cambio de una sola noche, donde descubriríamos la eternidad atrapada en esa cápsula misteriosa del amanecer. Jugar a la fragilidad. ¿Cómo iban a perder su credencial, a cambio de qué abismo, para enfrentarse a qué sustancia común? Y no aceptaban, claro, o aceptaban a medias y alzaban los ojos ante la amenaza de la metamorfosis.

Entonces volvía solo a casa, sabiéndome incompleto y pegándole a los muebles sin poder batir la frustración. Recurría esas noches, a las canciones más tristes de otros que han sufrido el desgano que sucede a la pasión sin eco. Algunas canciones pertenecían a una época de alumbramiento, cuando antes de salir de mi país, antes de cumplir los catorce años, comenzábamos con Pablo y otros amigos y amigas a descubrir la excitación que produce el cruce de miradas en la penumbra de una reunión. Los nervios de conocer por primera vez la forma del cuerpo de una mujer, de apretarla con una violencia que pide una parte de ti que aún no eres. Aquella niña... con ella probé el primer beso. Era el tiempo en que ningún imposible nos desanimaba.

¿Por qué habré querido siempre más? ¿Puedes responder esa pregunta? El otro día la lancé como un conjuro al mar, bajo las nubes, ansioso por encontrar la señal de las yubartas. Te diría que la formulé a ellas, a las ballenas. ¿Tendrán ellas lo que busco?

Siempre persiguiendo algo más: una sensación más aguda en el encuentro de mi lengua con otra; una nota perdida en la canción que ya he oído mil veces. Una clave en la corteza de los árboles, aquel atardecer que desciendo solo la montaña donde conocí el silencio, preguntándole al bosque por el sentido de sus ecos, el murmullo de plantas y troncos caídos. Ya soy adulto, tengo diecinueve o veinte. Pero busco que un tic tac lejano me guíe entre los pinos hasta la casa de salidas infinitas. En mí está la responsabilidad de hallar allí el reloj ancestral, y darle cuerda al mundo.

Siempre pidiendo más en el encuentro amoroso, ¿recuerdas? Arrancando del cansancio un ánimo que sólo explica la búsqueda de un instante mayor. Un intervalo en la percepción común que nos haga ponerle nombre a esa fecha, que permita que el último rayo antes del fin, sea el recuerdo de aquel día.

Las excursiones al mar abierto son cada vez más frecuentes. Allí donde convoco a las yubartas procurando imitar su idioma, aquello que han llamado lamentos y que aún no sabemos qué es.

En el mar, en el amanecer donde salgo a helarme y despedir las últimas estrellas... ¿Estará aquí?, ¿escrito en una simbología obvia y que por tanto no hemos descubierto todavía? El secreto, ¿está en esta tierra, distinta a la ciudad, donde aún dejamos al viento correr desde el desierto al mar?

No sé si lo descifraré alguna vez, o si existe. Por momentos estoy convencido que es una pauta propia, cambia con cada individuo y se revela en algún momento a cada uno de los que insisten; en cambio, otras veces, creo que se trata de una ecuación universal, allí siento mayor prisa. Esa ley quisiera encontrar: la fórmula que explique el curso de las cosas y el origen, y relacione la subjetiva conciencia humana con el cosmos. Un tesoro que otorga el único placer perecedero. Sé que allí está, adentro de mi primera sospecha de niño, en la mirada traviesa, en el mar que se me escapa.

Hoy ha bajado las escaleras de la tarde esa venerada nostalgia que afirma mi condición de solitario. Y mientras me asegura que no volveré a verte, me arranca del pozo donde guarda mi última alegría, el deseo de hacer una letra de amor. Rompimos en la noche con nuestra comunión, hicimos una intimidad tan preciosa que escapa a nuestro propio entendimiento.

Cargada y antigua esta nostalgia pone sobre el aire las preguntas de siempre. Estoy enamorado de ti hasta el último día y no podré volver a sentir la vida de otro como siento y quiero la tuya.

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer a todos los que leyeron el manuscrito y me impulsaron a publicarlo. Muy especialmente a mi viejo profesor de filosofía de Montreal, Victor P. Saviñon, quien me hizo recomendaciones fundamentales sobre la estructura de la novela. Mi hermana Flavia McIntyre revisó cada uno de los borradores aportando consejos de valor esencial. Gracias por su generosidad. Quiero mencionar que una vez, siendo niña, ella me comentó una teoría propia e intuitiva sobre el viaje en el tiempo. Proponía que un regreso al pasado no traería repercusión alguna en nuestro presente. Algo muy parecido (sin ecuaciones) a los tiempos paralelos.

Había recuperado el espíritu en aquel pueblo costero al que no visitaba desde la infancia. Se entregaba a viejas tareas postergadas: leer poesía, usar el telescopio, pintar.

Al atardecer, luego de seguir las líneas del sol entre los arcos de piedra, se sentaba frente a la ventana de la planta baja. Aprovechaba la paz de la siesta para dibujar el farallón clavado en las olas, que se veía desde la casa. Antes que terminara el día caminaba hacia el puerto siguiendo los sinuosos labios de la costa.

Había sitios emblemáticos para la memoria, que obligaban una pausa, como la íntima playa donde había jugado de niño, solitaria ahora por el invierno.

Llegaba al puerto y se sentaba en una banca, adormecido por la calma del embarcadero. Se asomaba al agua cristalina, donde aun los peces azules de su recuerdo nadaban entre los yates. Podía estar horas en ese universo transparente.

Antes de regresar perdía la vista en el oleaje evocando sus primeros encuentros de niño con el mar, donde buscaba los lejanos continentes en el horizonte.

Todas las noches soñaba de forma reveladora. Momentos que quería vivir otra vez y milagrosamente, como una última recompensa, aparecían con nitidez en las horas de descanso. Su afán de recuperar hechos pasados provocaba sueños que no debían ser suyos, imágenes que estarían en la cabeza de alguno de sus mejores amigos. El amor inconcluso, esa constante que se había repartido entre todos ellos, lejanos ahora o desaparecidos.

Llegaba a casa a escuchar la música que abanderaba aquel tiempo de cofradía. Atrás, en otra parte, lo esperaba un presente atenazado por cariños falsos.

Una de esas tardes vio, como en una pantalla de cine, a un viejo amigo caminando hacia él, acompañado por un desconocido. El visitante era un hombre delgado, de pelo castaño, que parecía vivir dentro de un aire diferente al de ellos. Por supuesto, la sorpresa de ver a Chema de pronto allí, podía justificar cualquier sensación extraordinaria.

Se dieron un largo abrazo mientras el calor se atenuaba con los últimos minutos del día. No preguntó mucho, dejándose llevar por la emoción inesperada. El extraño los observaba prudente, con paciencia.

Esa noche Chema sacó un arrugado papel, y le explicó que aquélla era la razón por la que habían ido a buscarlo. Obediente, siguió los pasos de una ceremonia aprendida en la adolescencia.

Despertó temprano, luchando por volver al sueño donde había expulsado un llanto catártico. Soñó con el desconocido, influido por el ritual de la noche anterior: desde el balcón observaba una pelea en la calle. El acompañante

de Chema se defendía contra varios agresores con orgullo, retándolos con su coraje. El había saltado para ayudarlo, descubriendo de inmediato que se prometían, como niños, la amistad de los mosqueteros.

Ahora sólo quería volver a leer aquel raro nombre, de una sola sílaba, junto al suyo, el de David y Chema en la hoja del desaparecido maestro.

* * *

Leyó el número del edificio y las piernas se le doblaron.

Muchos de los hechos que suponía la realidad, estaban alterados o no habían sucedido, entorpeciendo sus pesquisas. Aunque había escuchado la voz de ella por teléfono, no sabía cómo sería, cómo lo recibiría.

Practicó el juego antes de tocar el timbre. No lograba concentrarse pero hacía el llamado a todas aquellas cosas para que entraran en él como si siempre hubieran sido propias.

Una voz femenina le contestó por el portero eléctrico:

–Ahora bajo.

Se apoyó en la pared de ladrillos.

Ella estuvo allí en un segundo y a la vez demoró siglos en bajar.

Era como la había imaginado pero más baja de estatura. Parecía rondar los treinta.

Lo saludó amablemente, con un beso.

–Al fin di contigo –le dijo él.

–Me da mucho gusto conocerte, Alejandro. Estoy algo nerviosa, desde que me llamaste me han vuelto tantas cosas a la cabeza... ¿caminamos?

–Sí , como quieras, podemos tomar algo.

–Vamos, aquí cerca hay un buen lugar.

–Vi a David hace un año la última vez, cuando regresé de la capital los biólogos me contaron que... había desaparecido en la temporada de las yubartas, mar adentro.

Gisella alzó la vista. Se aferró a la taza de café como si fuera la única parte visible de una gigantesca columna. Aquella vieja herida, tantas veces disimulada, abierta ahora en un brusco giro. En ese momento dudó si toleraría el regreso de David.

–¿De dónde eres, Alejandro?, porque tienes un acento muy marcado.

–No sé muy bien a qué lugar pertenezco, pero nací y estuve la mayor parte de mi vida en Canadá.

–¿Por qué decidiste buscarme a mí?

El liberó parte de la carga con una breve risa. Creyó que la garganta se le cerraba.

–Es un poco complicado explicarlo. Yo sé lo que significabas para David, de alguna manera debo completar... debo darte un mensaje de su parte.

–¿Un mensaje?

–Bueno, no es un mensaje definido, son ciertas ideas que él quiso que llegaran a ti, después de todo.

Por primera vez se atrevió a mirarla directamente. Confrontó la imagen que se había formado, con aquellos ojos reales, abiertos en una enorme pregunta.

Ella parecía desconfiar de aquel viaje al ayer. Le contó que estaba ocupada en obtener la beca para salir del país y retomar su vocación. Como si debieran apurarse en aquel ejercicio.

Pero existía un imán en las noticias que él traía. Se podía percibir cómo otra Gisella, escondida en la actual, quería abrir aquella puerta.

Después de esa primera entrevista volvió al hotel con terror de que el interés se disolviera. Podían convertirse en habitantes de la misma ciudad sin cruzarse otra vez.

¿Por qué no logro sacarte, despedirte?, ¿por qué siempre has estado allí, siempre volveré a ti, a buscarte en esa plaza donde nunca me atreví a confesar lo que sentía? ¿Estaré condenado a escenificar una y otra vez el reencuentro? Me acostumbro a tu silencio, pero no me acostumbro a olvidar nuestros días. Centro todos mis esfuerzos en nuevas tareas que me apasionan, y cuando creo haber sanado, regresa tu memoria y este empeño sin lógica. Hubo veces en que creí calmar la ansiedad que trae tu recuerdo. Pero –quisiera que pudieras oír la risa que me da el escribirlo– es evidente que te adueñaste de ciertas raíces de mi mente y no escaparás de allí...

Alguna vez levantaremos una foto, y encontraremos la luz de aquellos que armaron nuestra experiencia. Sentiremos de qué forma el camino se ha prolongado y nos ha marginado de ellos. Intentaremos adivinar lo que fueron sus vidas, lo que ha quedado atrás pero sostiene nuestra propia existencia. Estaremos en la casa que fue de nuestros abuelos, donde íbamos de pequeños, y daremos con lugares entrañables que la mente se ha encargado de mantener –tal vez con el fin de tales reencuentros– pero que el hilo del tiempo ha separado de nuestra dimensión. Ese atrás, intenso reflejo. Las pruebas están en nosotros, y sólo el silencio de objetos y sitios que hicimos nuestros alguna vez pueden comprobarnos los días del corazón y del frenesí. Qué rápido fue, cuánto valió la pena y sin embargo no podemos recuperarlo. Todo lo ocurrido a los nuestros, lo vivido por ellos se condensa en los espacios que fueron suyos como un peso invisible.

Meditaba sobre la cama prolijamente tendida, viendo hacia el techo. El impasse en el que estaba lo adormecía, sin que notara el paso de las horas. Apenas sentía los ajenos rumores de la calle o los otros huéspedes del hotel.

Y como si hubiera intuido su declive, Gisella lo llamó. Cuando levantó el auricular sintió cierta dulzura en su voz.

–Alejandro, vamos a vernos.

–¿Qué hacía David en la última etapa, cómo andaba de ánimo?

Pudo darse cuenta que durante aquellos días Gisella había estado lejos del presente.

Intentó responderle con el mayor cuidado a su demostración de confianza:

–Semanas antes de dejarlo, David escribió algunas ideas asombrosas...

–¿Hablaba de mí? –preguntó ella.

–Claro que hablaba de ti. Podría decirte que tú eras el sentido último de todo lo que decía. Estaba... no sé si científicamente acertado, pero creía estar a punto de establecer cierto tipo de contacto con las yubartas del sur. Así fue que consiguió el permiso para seguirlas en su viaje migratorio. Eso ocurrió, si no me equivoco, hace ocho años, en el mes de julio...

–Tú cómo lo conociste.

–Yo llegué cuando él llevaba un año y medio allí, como parte de un equipo de la Universidad.

–Nunca me habló de ti en las cartas.

–Creo que desde que yo lo vi, ustedes se escribieron las últimas dos cartas.

Gisella respiró hondo.

–Estoy bastante confundida, Alejandro, perdóname. Por un lado no te conozco y me cuesta hablar de ciertos asuntos; por el otro, tú representas el último contacto con David, y sabes tantas cosas que me interesan, que son mías.

–También ése era el objetivo de encontrarte, poder hablar de esto. Además... hay algo muy importante que aún no te he dicho, que...

–Dímelo, por favor.

Alejandro sonrió.

–Para mí es difícil también, necesito, no sé, pasar a otros planos de conversación.

–¿Otros planos?

–Quiero decir que, este encuentro... Hay una idea de David que me gustaría realizar. Realizar contigo.

¿Cómo iba a explicarle el juego? ¿Así?, ¿abruptamente?, ¿en aquella vulgar mesa de acero, en aquel bar cualquiera, sin ninguna ceremonia? Se controló, no era ese el mejor momento para equivocarse.

–Alejandro, me parece que no hablas claro, que hay mucha información que debes darme.

–Tienes razón, por supuesto. David me hizo una confesión, antes que yo regresara a la capital.

–¿Sí?

–El me dijo que alguna vez le habría gustado volver contigo y contarte el secreto de las ballenas. Que de nada servía toda la emoción que acumulaba, o sus descubrimientos, si no los compartía contigo.

Gisella le contestó con un nudo en la garganta:

–¿Y qué querías que hiciera, que alimentara ese romanticismo patológico que tenía? ¿Sabes cuánto duró nuestro amor?

–Sí...

–¡Tres días! Una noche muy intensa, sin duda, que no tendrá igual, una noche que no quiero quitarme de encima, ¿pero construir un amor así, semejante nostalgia, por sólo tres días? Y además, ¿seguir torturándose cuando

era evidente que no nos veríamos en mucho tiempo? Yo fui a prisión, Alejandro, y a él lo expulsaron de México. Lo obligaron a enfrentarse repentinamente a un vacío de identidad mucho antes de lo esperado y cuando le estaba dando la cara a lo que sucedía aquí, cuando se estaba haciendo de aquí. ¿El te contó todo esto?

–Sí, me lo contó.

–Y qué más.

–También me contó que nunca iba a volver a enamorarse. Era algo que sentías cuando entrabas a su casa. Tu presencia en aquel espacio lo cubría todo.

–Mira, Alejandro, yo sufrí mucho ya por él, no hace falta que me digas esto.

–Pero es verdad. Eras lo que más pesaba en su vida. Ya no interesa el tiempo que estuvieron juntos, o las normas establecidas para desarrollar la relación ideal. Eras lo que más le importaba en el mundo. ¡Y también por culpa de una historia extraordinaria, fuera de lo común! Tú, Gisella, con la que sólo había tenido una noche. Si él lo había construido así, ¡qué importa! ¿Acaso no hemos soportado la casualidad gracias a estas rebeliones? Te había elegido a ti. ¿Tú has podido olvidarlo?, ¿te has olvidado alguna vez de él?

–No –respondió Gisella detenida en sus palabras, sin poder contenerse–, no, nunca.

Gisella y Alejandro volvieron a construir el tiempo. Llegaron al mar por la mañana, a una casa que los padres de

ella tenían frente al Pacífico. Dejaron los bolsos en sus respectivos cuartos, abrieron hambrientos unas latas y salieron a comer en la arena, frente al trueno apagado y tranquilizador de las olas.

Aunque no lo dijeran, sabían que estaban cumpliendo un ritual. Ella recuperó muchas de las palabras de David. Le fueron volviendo a la superficie de la memoria: recobraba sus temas gracias a este extraño invitado al que empezaba a hacer su amigo.

Después de comer se levantaron y caminaron hacia el norte, refrescados por la llovizna salada de las olas. Alejandro comenzó a contarle que nunca podía despedirse de David:

—Cuando dejé Puerto Nuevo y también la esperanza de volver a verlo, aunque debo confesarte que esa esperanza no logra morir, fui en busca de su familia. Sus padres me entregaron una copia de un libro suyo. Allí mezclaba sueños con aventuras reales. Era un mapa de sitios y situaciones donde había aparecido aquella emoción superior que él llamaba "la sustancia". Relacionaba todos estos rincones con la presencia oculta de un gran reloj. Siempre regresaba a una casa de habitaciones interminables, donde los tiempos se enredaban. Uno de aquellos cuartos tenía una puertita en una pared inclinada. Era un refugio donde podía protegerse de cualquier amenaza. David entraba allí y se quedaba acurrucado, en la íntima oscuridad del recinto. Y escuchaba al fondo los graves ecos del reloj, sosteniendo la marcha de las cosas.

"Entonces, con el poco dinero que junté y guiado por esa geografía arbitraria, me dispuse a reconstruir sus pasos. Sentía que lo único valioso era volver a las intenciones de David en aquel pasado que, según algunos, parecía un invento.

"El hablaba de un aire magnético, un vértigo que lo protegía en su infancia, mientras su familia sobrevivía el exilio en Europa. Su vista se cargaba en los museos y calles empedradas para volver en sueños a proponerle fantasías, amores precoces, viajes en mundos exóticos. Leía Tom Sawyer y la saga de los tres mosqueteros. Jugaba a ser Artagnan y era un espadachín con su padre en las plazoletas cargadas de leyendas. Una de esas tardes conocería la nieve.

"Para mí no había mayor placer que hurgar en todos los recovecos que había descrito meticulosamente. Intenté percibir las huellas invisibles de su paso por allí, y de los símbolos que había marcado para el futuro, para nosotros. Por supuesto seguía estimulado por la mayor de las tareas: encontrarte a ti.

"David narraba en su libro la temporada que pasó en Ginebra con sus abuelos. Jamás había sido tan feliz. Tenía siete años. Su abuelo le enseñó a jugar ajedrez. Se quedaban despiertos hasta la madrugada, acompañados por la abuela que los abastecía de café con leche helado. Al paso de los días demostró gran habilidad para el ajedrez y comenzó a vencer al maestro. Era época de Navidad. Regresaban a casa después de la fascinación de la nieve, de haber admirado el rosa intenso con que se teñía el lago al

atardecer. La abuela los esperaba con una sopa exquisita que el abuelo tragaba hirviendo.

"Al terminar las vacaciones David y su familia tuvieron que regresar a su país, clandestinos. Antes de partir al aeropuerto, David salió al jardín con el tablero bajo el brazo y le propuso al abuelo la última partida. Fue la imagen con que siempre lo recordaría su abuela, que moriría antes de verlo otra vez. Desde entonces David guardaba religiosamente una pieza, el rey blanco, que desapareció con él en alta mar.

"Pasé mucho tiempo trabajando en lo que podía y gastando mis sueldos en el viaje. Conocí todos los parques, las plazas de veinte ciudades, estuve en los bosques donde él se había perdido. Y una vez, después de recorrer salas y salas en un museo lleno del olor de los siglos, entre baúles medievales y armarios pintados con escenas de circos, me encontré con un extraño reloj que señalaba el movimiento de los cuerpos celestes. Tuve la seguridad de estar frente a la misma imagen que había despertado en David la idea de la máquina gigante, donde desembocaban todos sus cuentos. La fuente del inmutable tic tac que viaja por las arterias de la casa eterna. Adiviné las raíces subterráneas del reloj que se abrirían en túneles con destinos diversos: el océano donde navegan las voces de las ballenas, la puerta invisible del espacio que lleva a otros tiempos y lugares, la mansión empotrada en la montaña boscosa, de habitaciones infinitas, donde el final y el principio coexisten en un precario equilibrio.

Gisella lo escuchaba, perpleja por aquella insólita vocación. Por momentos sentía que podía descubrir el secre-

to que aún no revelaba. Tenía intuiciones que descartaba por descabelladas.

Cómo había alimentado aquel ser su memoria, y cuántas ideas perdidas recuperaban su valor. Aunque el misterio de su presencia le impedía liberarse al llamado de confianza, lo escuchaba con deleite, mientras caminaban la playa vacía, admirando esa vitalidad adolescente.

–También fui a buscar a sus amigos, a Pablo y a Chema. ¿Te contó algo de ellos?

–Sí claro, me acuerdo de Pablo, del cariño que le tenía. Yo nunca he dejado de leer las cartas, Alejandro.

Regresaron a la casa y Gisella fue a darse un baño. Anochecía y el aire se había enturbiado, como si fuera a estallar una tormenta.

Alejandro se asomó desde un balcón y percibió los rumores del trópico. El viento que enfriaba la tierra.

Quizás los animales saben del vendaval que está por explotar. Imaginó a los delfines, mar adentro, respirando entre las olas que reflejaban el cielo volcánico. La tormenta parecía la mañana y de pronto, como un gas potente, iluminaba toda la playa. Aunque la razón sabía que los relámpagos son inconscientes, no podía dejar de sentir que había contra ella una feroz alianza en el cielo. La luz se perdía enfrentándolo con la lluvia y sus olores. Afuera, la naturaleza salpicaba las ventanas, iluminaba como repentinos y exiguos nacimientos las desconocidas sombras de la casa. Los rayos tocaban la puerta, querían pasar a decir furiosos secretos.

Gisella lo encontró en la sala. Estaba escuchando una sonata para cello. Pensó que la música lo había desarmado. Se estuvieron mirando en silencio. Alejandro tenía un remolino en su interior. Era tan evidente su regocijo por haberla encontrado. Le creyó entonces, aunque no sabía qué creer. Súbitamente sintió atracción por su espíritu y tuvo el deseo de abrazarlo. A la vez descubrió que tenía presente a David. Había vuelto a David empujada por él, y la tristeza era poderosa como el recuerdo. Sabía que jamás volvería a ser amada como en aquellos días, como la noche de la que tanto se hablaba, a la que deseaba regresar; que el momento más importante ya había ocurrido y nada podría cambiar eso.

–Alejandro –le dijo por fin–, qué sentido tiene todo esto...

El guardó silencio, sujetándola con la vista.

La tormenta los separaba aún más del mundo. Los truenos pusieron a Gisella ansiosa.

–Escucha la música –le pidió él–, es como si tuviera palabras definidas; qué directa es, cómo altera el ritmo, cómo corre y luego se detiene. ¿No sientes como si explicara las cosas, como si nos explicara a nosotros? No sientes que esta música es irremediable, franca, como... ¿Recuerdas el segundo movimiento de la Séptima?

Ella lo miró paralizada. Procuró entonces descifrar sus gestos, comprender quién era la persona que tenía enfrente.

–Pensaba en toda la gente que he dejado atrás –continuó Alejandro–, en Canadá. Pensaba en cómo se me ha ido

separando la vida, involuntariamente, cuando antes le hacía caso a un sólo torrente; cómo he comenzado a crecer, y a caer en la trampa de alejarme de aquellos incentivos casi orgánicos que dieron origen a lo mejor de mí. Eso es crecer: hacerle caso a la experiencia, perder la necesidad de los bosques o la premura por volver al mar. Calmas los arrebatos, te haces reacio a cambiar. ¿No reconoces ese modelo en tu propia secuencia personal: no eran jóvenes los estudiantes del FEI y más viejos los corazones que ordenaron la represión? Pero en mi caso, Gisella, ha ocurrido algo que rompe la balanza. Yo sé que lo imposible es mentira, una artimaña que obedece a una herencia falsa. Porque también ese brillo oculto en nosotros, que con desesperación intuimos en las cosas del mundo y que nos identifica con él, ha permitido que coloquemos nuestras propias respuestas, arbitrarias, pero bellas. Eso es lo mejor de nosotros: una imaginación que no encuentra el consuelo hasta que alcanza sus propias quimeras. Yo sé que puede lograrse, soy una prueba de eso.

–¿Qué quieres decir?

–Si te dijera que existe una cadena, una cadena en el tiempo de hombres que entrelazan destinos. Si te dijera que he visto el comienzo de la eternidad, el sistema de perpetuar las sensaciones.

La tormenta parecía permitir aquellas palabras.

–¿Qué quieres decirme, Alejandro? –repitió Gisella.

–No quiero decir nada que no hayas intuido alguna vez. Todos estos años, con tu retrato de niña, cuando tenías doce o trece, calculando cómo explicártelo.

–¿Qué retrato?

–La fotografía tuya, de niña, que tenía David, que le habías dedicado...

–Ese retrato nunca se lo devolví a David –exclamó ella temblando–, lo firmé al dorso, pero... nunca... ¿cómo es que?...

Gisella miraba en todas direcciones, intentando desenredar los nudos de ese pasado que ahora se modificaba.

–¿Eso es lo que buscabas al recorrer los sitios donde él había estado –preguntó–, y recuperar sus sensaciones? ¿buscabas?... –y al momento se detuvo atravesada por una idea perdida o escondida en ella hacía años.

–Una propuesta en una de las cartas de David –recordó en voz alta; Alejandro sonrió–, un pedido increíble...

Entonces el miedo se transformó en otra rara sustancia, no menos intensa y alzó la vista que había clavado en el suelo para encontrarse con la de él.

Una inquietante idea cruzó su mente: ¿y si aquel hombre nunca había conocido a David personalmente? Si fueron amigos, como decía, si conocía tanto de ellos, ¿cómo era posible que David nunca lo hubiera mencionado?

–En esta temporada –le dijo él–, las yubartas pasan por estas costas rumbo al sur. Tal vez podamos pedirle a algún pescador que nos interne mar adentro en su lancha. Y si tenemos suerte, podremos oír sus cantos vibrar en la madera. Se estarán diciendo cosas en su propio lenguaje; un idioma que David logró comprender hace mucho tiempo.

–¿Por qué me buscaste?

–Ya me lo preguntaste una vez.

–Quiero oírlo de nuevo. Por qué.

–Porque debía volver a ti, y tú debías reparar un viejo error.

Muy cerca veo construir uno de aquellos hilos del tiempo, y me pregunto otra vez sobre el final de esta tierra y los sueños que aquí vivieron. Sin embargo he pensado que esta luz podrá sobrevivir haciéndose delgada y se convertirá en un puente entre ambos tiempos. Un grupo de delfines surca ahora el mar agitado frente a la casa en la arena, y sé que alguno de sus cerebros dejará sonando su voz de flauta aun después de que mi conjuro haya desaparecido.

Dentro de esta ley, que se alimenta de mi antiguo frenesí, puedo confirmar la presencia de la mujer que más he añorado en alguna de las habitaciones. Y bañándome frente al interminable mar de la Tierra, creo otra vez en la recuperación de las conciencias, y mi antigua obsesión forma parte del oleaje libre.

ÍNDICE

El llamado.....página 11
El amor de Gisella..... página 105
Los tiempos paralelos..... página 149
Epílogo..... página 235

Made in the USA
Charleston, SC
21 January 2014